FACETAS

Vol. 4 1971 No. 3

LA ECONOMIA NORTEAMERICANA

Peter F. Drucker
EL NUEVO CAPITALISMO

Melvin Anshen
UN PAPEL SOCIAL PARA LA EMPRESA PRIVADA

Leonard Silk
DEBATE DE ECONOMISTAS DE EE. UU. SOBRE POLITICA

Victor R. Fuchs
LA NUEVA REVOLUCION LABORAL

Orson Welles
EL CINE, EL ARTE Y LA VIDA

John W. Bennett
EL DESAFIO DE LAS COMUNAS

René Dubos
¿SE ESTA SOBREADAPTANDO EL HOMBRE AL MEDIO?

Jaime Potenze
EL TEATRO ACTUAL NORTEAMERICANO

Tres Novelistas Hablan Sobre el Escritor

Robert Penn Warren

John Dos Passos

Saul Bellow

FACETAS ES UNA PUBLICACION TRIMESTRAL DE CRITICA Y ANALISIS DE TEMAS INTELECTUALES Y CULTURALES DE INTERES ACTUAL EN LOS ESTADOS UNIDOS. LAS OPINIONES EXPRESADAS EN SUS PAGINAS SON LAS DE LOS AUTORES, Y NO NECESARIAMENTE REFLEJAN EL PUNTO DE VISTA O LA POLITICA DEL GOBIERNO NORTEAMERICANO.

Editor: Nathan Glick

Editor Asociado: Robert Gilkey
Director de Arte: Everett D. Fairchild
Asistente Editorial: Katherine Montgomery

Oficina Editorial: Agencia de Información de los EE. UU., 1776 Pennsylvania Avenue, N. W., Washington, D. C., 20547

Nota sobre derechos: El material tomado de otras publicaciones no puede reproducirse sin permiso. Toda solicitud de reproducción deberá dirigirse directamente a tales publicaciones, o al Servicio de Información de la Embajada de los EE.UU. para su trámite.

FACETAS

1971

Vol. 4 No. 3

sección especial: **LA ECONOMIA NORTEAMERICANA**

Peter F. Drucker	3	**El Nuevo Capitalismo**
Melvin Anshen	18	**Un Papel Social para la Empresa Privada**
Leonard Silk	28	**Debate de Economistas de EE. UU. Sobre Política**
Victor R. Fuchs	39	**La Nueva Revolución Laboral**
William Letwin	48	**Pasado y Futuro del Hombre de Negocios Norteamericano**
Orson Welles	59	**El Cine, el Arte y la Vida**
John W. Bennett	74	**El Desafío de las Comunas**
René Dubos	83	**¿Se Está Sobreadaptando el Hombre al Medio?**
Peter Gay	90	**El Mensaje de la Ilustración**
Jaime Potenze	98	**El Teatro Actual Norteamericano**

Tres Novelistas Hablan Sobre el Escritor

Robert Penn Warren	107	**1. ¿Son Necesarios los Escritores?**
John Dos Passos	113	**2. ¿Qué Constituye a un Novelista?**
Saul Bellow	121	**3. El Señuelo de la Alienación**

LIBROS

Carl Gershman	123	**Un Estudio del Separatismo Negro**
John C. Smith	125	**El Atleta y el Filósofo**
George Woodcock	126	**¡Adiós a la Vanguardia!**

NOTA AL LECTOR:

Hace algunos números, publicamos una sección especial sobre "Las Empresas Norteamericanas en el Extranjero". Ahora, volvemos nuestra atención a los aspectos internos de la economía norteamericana, que acaso no sean de menor interés para otros países. El mundo contemporáneo se entrelaza cada vez más, y los acontecimientos que ocurren en un país pueden tener efectos incalculables sobre naciones alejadas por miles de kilómetros. Por lo tanto, las condiciones de la economía norteamericana bien pueden influir seriamente sobre el comercio mundial, la balanza de pagos, los préstamos para el desarrollo económico, las corrientes monetarias internacionales y las actividades de las empresas multinacionales.

También de otra manera, menos obvia, las corrientes económicas norteamericanas afectan a otras naciones. En cierta manera, los Estados Unidos se han convertido en una especie de laboratorio en el que pueden estudiarse los problemas del futuro. ¿Qué nuevas formas tomarán las empresas en corporación? Peter Drucker detalla ciertos asombrosos cambios que generalmente han pasado inadvertidos. Melvin Anshen considera que los hombres de negocios están adoptando nuevos papeles en respuesta a un difundido interés por la contaminación del medio, la protección del consumidor, la planeación urbana y la discriminación racial.

En otros artículos, Victor Fuchs examina las repercusiones a largo plazo de la primera economía en la historia que tiene la parte más considerable de su fuerza laboral en las ocupaciones de "servicio", no en la manufactura, la minería y la agricultura reunidas; y Leonard Silk compara varios enfoques a problemas tan inmediatos como la inflación y el desempleo. Finalmente, William Letwin, habiendo seguido los diversos papeles del hombre de negocios norteamericano desde las épocas de la colonia hasta la actualidad, pregunta si será desplazado por el administrador, el tecnócrata o el planeador.

Cualquier comentario que nuestros lectores deseen hacer sobre alguno de estos temas será bien venido.

Pasar directamente de la importancia del hombre de negocios a la importancia del escritor acaso no sea una transición tan súbita como a primera vista pueda parecer. Nuestra época se caracteriza porque todos los papeles tradicionales han sido puestos en cuestión. En este número, tres destacados novelistas analizan su oficio y su misión. De diferentes maneras, sugieren que, para ser útil en su época, el escritor debe rechazar las tentaciones de la ideología y responder tan sólo a las realidades, limitadas pero auténticas, de su propia experiencia y pensamiento.

N. G.

La Economía Norteamericana

EL NUEVO CAPITALISMO

Por Peter F. Drucker

La economía norteamericana de hoy es considerablemente distinta de la que fuera hace 25 o siquiera 10 años, escribe el autor. Refutando un reciente argumento de J. K. Galbraith en *The New Industrial State* (El Nuevo Estado Industrial), considera que la vida económica internacional se está transformando por nuevos grandes mercados de capitales y de carreras en las "industrias del conocimiento", transformación que se refleja en nuevas índoles de combinaciones de empresas y en las compañías multinacionales.

Peter F. Drucker es profesor de administración de empresas en la Escuela de Negocios para Graduados, de la Universidad de Nueva York, y destacado asesor de administración en los Estados Unidos y en el extranjero. Sus diversos intereses en la economía, la política y la educación se reflejan en libros como *America's Next Twenty Years* (Los Veinte Años Próximos en los Estados Unidos), *Managing for Results* (Administración con Vistas a los Resultados), *The Age of Discontinuity* (La Epoca de la Discontinuidad) y *Men, Ideas and Politics* (Hombres, Ideas y Política) (1971, Harper and Row). Su artículo se ha abreviado del que apareció en *The Public Interest.*

En los 25 años pasados, la estructura económica norteamericana ha sido fundamentalmente cambiada por una tercera ola de fusiones industrial-financieras, considerablemente distinta de sus dos predecesoras de este siglo.

La primera ola de fusiones, que alcanzó su clímax entre 1900 y 1910, fue la de los "magnates", cuyos prototipos eran la U. S. Steel, de J. P. Morgan, y la Standard Oil Company, de John D. Rockefeller. En estas combinaciones, un predominante industrial o financiero trataba de ocupar una posición privilegiada en la economía, dominando un material principal o una industria de importancia. Fueron ésas las fusiones "ofensivas".

La segunda ola de fusiones, de la década de 1920 fue, en cambio, de carácter "defensivo". Su prototipo, de hecho su primer ejemplo, fue la

© 1970 por National Affairs, Inc.

General Motors, que se formara entre 1910 y 1920 mediante la fusión de varias compañías automotrices de medianas dimensiones, para la defensa común contra el casi monopolio de Henry Ford. El objetivo de estas fusiones "defensivas" era crear en varias industrias un "número dos" que pudiera sostenerse contra los gigantes creados por la primera ola. Y aunque muchas de las creaciones de este período —como la propia General Motors— a su vez llegaron a ser las compañías principales de su industria, las fusiones "defensivas" causaron una menor concentración del poder en las principales industrias del país y dieron mayor vigor e igualdad a la competencia. A menudo dieron por resultado una "oligópolis"; pero a menudo frustraron al "monopolio".

La tercera ola de fusiones, que se iniciara después de la Segunda Guerra Mundial, tomó direcciones muy diferentes, especialmente en la década de 1960. Un tipo fue el de la "fusión de diversificaciones", en la cual una gran compañía, aunque no una de las principales en su industria, se fusionó con compañías de dimensiones similares, pero en ramas de negocios totalmente diferentes. Un clásico ejemplo de esta clase de actividades mezcladas ha sido IT&T, cuyas iniciales representan la original International Telegraph and Telephone. Originalmente, ésta fue una compañía que dirigía negocios de teléfonos en el extranjero, sobre todo en los países de habla hispana. También manufacturaba equipo telefónico para esas compañías. En realidad, en su principio fue el equivalente en el extranjero de la American Telephone and Telegraph Company, el Sistema Bell. Durante los últimos 40 años, la compañía gradualmente abandonó o perdió una compañía telefónica tras otra. En cambio, llegó a ser una manufacturera mundial de aparatos de electrónica, con una gran producción total, pero sin pasar de un tercer o cuarto lugar en cada uno de sus mercados o tecnologías. Entonces, en los últimos 10 ó 15 años, se extendió mediante la adquisición de compañías que no tienen nada que ver, a primera vista por lo menos, con su ramo principal. Adquirió Avis-Rent-A-Car, la cadena de hoteles Sheraton y Levitt, la principal constructora de casas privadas en el país.

La "Fusión por Absorción"

Las fusiones de diversificación de esta índole, aunque siguieron adelante durante los sesentas, pasaron su clímax alrededor de 1964 ó 1965. Desde entonces, hasta fines de 1969, las fusiones que pasaron a ocupar los titulares fueron algo un tanto diferente: "fusiones por absorción". Esta fusión se le impone a una administración renuente, y que a veces resiste a voces, organizando una revuelta de accionistas contra ella. Y, la que la "absorbe" casi invariablemente es una compañía mucho más pequeña, un verdadero extraño, de hecho, característicamente, un auténtico advenedizo que ni siquiera existía unos pocos años antes.

En realidad, la "absorción" es menos una mezcla de negocios que un *golpe de estado.* Un dirigente de guerrilla, que prácticamente no posee

ninguna parte de la compañía que adquiere, logra que los accionistas extranjeros de grandes compañías con acciones del público, echen a sus propios "administradores de negocios profesionales" y lo pongan a él al frente. Los más exitosos de estos nuevos capitanes de guerrillas pasaron de una "absorción" a otra. Empezando con nada, edificaron "conglomerados" que mostraban ingresos totales de miles de millones.

Así surgió a la vida todo un nuevo grupo de empresarios. No son "propietarios", pero saben cómo movilizar a la verdadera multitud de accionistas de ciertas compañías de propiedad pública, contra su administración. Una y otra vez han logrado desbancar a una "administración profesional" en nombre de una "administración del activo", es decir, prometiendo llevar al máximo las ganancias financieras. Y su objetivo no es la multiplicada productividad de la "diversificación". Es el "conglomerado" construido por la manipulación financiera y basado en el control financiero.

Las Nuevas Compañías de "Desarrollo"

Sin embargo, quizás de más importancia aún sea el surgimiento de otro grupo de nuevos empresarios, mucho más numerosos que los "empresarios del activo", y quizás más positivos, aunque no tan pintorescos ni espectaculares. Son éstos los hombres que han estado edificando nuevos negocios de "desarrollo", en grandes cantidades. Desde luego, todo el tiempo están surgiendo nuevas empresas. Pero estos nuevos negocios han empezado como negocios de "desarrollo", y desde un principio fueron apoyados por grandes inversiones del mercado de capitales.

En todos los años, desde 1965 a 1969, estuvieron surgiendo aproximadamente 9.000 flamantes empresas "de desarrollo" nuevas. Estos empresarios entraron en el mercado de capitales con cantidades hasta de un millón de dólares antes de que su negocio comenzara siquiera, rindiera su primer producto, o hiciera su primera venta. Uno o dos años después, la mayoría de ellos volvió a hacer una considerable aportación monetaria, desde un millón hasta diez millones por cabeza.

Contra la opinión del público en general, las industrias "basadas en la ciencia" (tales como la de la "enseñanza" o de la aplicación de computadoras) constituyen tan sólo una pequeña fracción de las nuevas empresas de "desarrollo" de la década de 1960. Entre los negocios "populares" más codiciados por los "inversionistas sofisticados" se encontraban las concesiones de restaurantes, publicación de revistas y libros, los hospitales y casas de salud, las casas prefabricadas y los hogares móviles, las firmas manufactureras y el corretaje de bolsa.

Muy pocas de estas compañías pueden compararse con Xerox, la compañía de desarrollo *por excelencia* de la economía norteamericana de la última postguerra: una compañía que todavía en 1950 tenía un millón de dólares de ventas, tenía menos de 15 millones de ventas en 1960 y, en 1969, sus ventas eran de cerca de 1.500 millones. Pero muchas de estas

nuevas compañías crecieron, en un breve período, a un respetable término medio: 50 millones, 60 millones, 70 millones, a veces hasta 100 millones en ventas. Un número aún mayor creció hasta el grado en que sus fundadores pudieron venderlas, con considerables ganancias, a compañías más antiguas, más serias y menos "dinámicas", tendientes a la "diversificación" o en unos cuantos casos, llegaron a ser "empresarios por absorción" por derecho propio. Desde las aventuras de las compañías ferroviarias y banqueras del siglo XIX, no había existido ninguna comparable explosión de nuevas empresas que, desde el principio, obtuvieran un gran apoyo financiero.

La "Sabiduría Convencional" de J. K. Galbraith

Ni la "fusión por absorción" ni las nuevas empresas "de desarrollo" realmente hubieran podido existir, de acuerdo con lo que "todo el mundo sabe" acerca de la estructura de la economía norteamericana. Esto queda de manifiesto por la brecha entre los actuales acontecimientos y los anuncios magisteriales acerca de lo que podía pasar.

1967 fue el año en que proliferaron las "absorciones" y en el cual aparecieron en el mercado de capitales los más numerosos negocios de "nuevo desarrollo". Fue también el año en que apareció el libro de mayor venta, en todos los tiempos, de un economista académico norteamericano: *The New Industrial State* (El Nuevo Estado Industrial), de John Kenneth Galbraith. Este libro sostiene dos tesis fundamentales. Una: la administración profesional en la gran empresa está tan firmemente enraizada que no se la puede desafiar, y mucho menos derrocar, ni en el interior ni desde el exterior. Los dispersos accionistas "públicos" están completamente al margen, hasta el punto en que la empresa no necesita intentar llevar al máximo sus ganancias, sino que puede dirigir el negocio cómodamente, para perpetuarse en el poder. Segunda: *El Nuevo Estado Industrial* afirmaba que nuevos negocios sencillamente no pueden cobrar existencia en esta economía de grandes empresas que manipulan el mercado, tanto el de bienes como el de capital. Y los pequeños negocios que logren surgir, ciertamente no podrán desarrollarse.

No obstante, lo que hace particularmente significativo el contraste entre las tesis de este muy leído libro y la realidad del momento mismo en que apareció, es el hecho de que Galbraith, en este libro, no era el innovador, iconoclasta, y analista de la "sabiduría convencional" que había sido en sus libros anteriores. Las dos tesis de *El Nuevo Estado Industrial,* por sugestivamente redactadas que hayan sido, fueron las tesis más convencionales y comúnmente aceptadas acerca de la estructura económica norteamericana. De hecho, se remontan a los días anteriores a la Primera Guerra Mundial, cuando John R. Commons, padre de la economía institucional norteamericana, fuera el primero en proponerlas. Desde luego, son los fundamentos de las obras de Thorstein Veblen en los días de la Primera Guerra Mundial. Recibieron su más completa do-

cumentación en la obra clásica de la estructura corporativa norteamericana: *The Modern Corporation and Private Property* (La Empresa Moderna y la Propiedad Privada), de Berle & Means, que apareció en 1932. Volvieron a aparecer en tres libros que, por una razón o por otra, despertaron un tremendo interés en todo estudio de la empresa norteamericana durante los últimos 25 años: *The Managerial Revolution* (La Revolución Administrativa) (1941), de James Burnam, y mis propios libros, *The Concept of the Corporation* (El Concepto de la Gran Empresa) (1946) y *The New Society* (La Nueva Sociedad) (1950). En otras palabras, por esta vez, el Galbraith de *El Nuevo Estado Industrial* encarnó la voz misma de la "sabiduría convencional". Pero esto hace más evidente aún que algo de gran significado tuvo que ocurrir en la estructura misma de la economía norteamericana en estos últimos años.

De hecho, ni siquiera la "fusión de diversificaciones" es realmente compatible con la prevaleciente doctrina, generalmente aceptada, del "administracionismo". Esa doctrina afirma que una administración bien firme en una compañía cuyas acciones en gran parte pertenecen al público, no necesita el mercado financiero exterior. Las compañías grandes y bien establecidas, según la sabiduría oficial de los últimos 40 años, son capaces de financiarse a sí mismas por medio de "ganancias retenidas". Pero si esto en realidad fuera correcto, las "fusiones de diversificaciones" no podrían haber aparecido.

La doctrina aceptada también sostiene que tal compañía no tiene que competir por una administración. La administración que puede perpetuarse a sí misma puede ofrecer una carrera segura a ciertas mediocridades competentes. Sin embargo, en cada una de estas combinaciones, una administración superior abdicó voluntariamente, pues, desde luego, la nueva compañía general sólo necesitaba una administración en su cúspide. Ninguna administración suprema se suicidaría si estuviera al margen del control de los accionistas, en primer lugar, y si fuera capaz de adjudicarse los recursos necesarios para estar segura en su puesto. Y, en realidad, en estas condiciones, ninguna lo ha hecho. Simplemente, estas condiciones, no son —o ya no lo son— las del mundo real.

La Economía de la Elección

Los acontecimientos de los últimos 10 años, en mi opinión, son las primeras respuestas al surgimiento de dos nuevos importantes "mercados en masa": (1) un mercado general de capital e inversiones, y (2) un mercado general de carreras para gente preparada que efectúa un trabajo especializado. Como todas las primeras respuestas, probablemente sean erróneas, o por lo menos inadecuadas. Pero son respuestas a verdaderos nuevos retos... y esos retos no desaparecerán.

Toda economía, sean cuales fueren su estructura y su grado de desarrollo, tiene tres aspectos. Un aspecto es el de los bienes y servicios: su producción, distribución y consumo. Se trata del "aquí y ahora" de la eco-

nomía. El segundo aspecto consiste en invertir riquezas para el futuro: la formación e inversiones de capital. Finalmente, en toda economía, hay trabajo, hay empleos y hay carreras. Cada uno de estos aspectos, a cualquier nivel que opere la economía, necesita alguna manera de invertir sus recursos. Pero sólo cuando una economía ha llegado a la etapa en la que produce, en cada aspecto, más que lo necesario para subsistir, cuando las opciones empiezan a ser importantes. Sólo entonces puede haber un "mercado" o un "planeamiento". Y un "mercado en masa" sólo puede surgir cuando haya suficiente abastecimiento en cada campo para que grandes números de personas puedan hacer elecciones significativas.

El nivel del "mercado en masa" respecto al primer aspecto, la producción y consumo de bienes y servicios, no se alcanzó en ningún lugar del mundo hasta hace unos 200 años. Esto fue la esencia de lo que los libros de texto de la historia económica llaman la "revolución comercial" de principios del siglo XVIII, concentrada, desde luego —hasta las Guerras Napoleónicas—, casi exclusivamente en Inglaterra y en los Países Bajos. Pero aun en Inglaterra el bienestar del pueblo era relativo, hasta bien entrado el siglo XIX; de hecho, hasta la aprobación de las Leyes de Granos de 1846, por las fluctuaciones de precio del pan ordinario. Aun en Inglaterra, en otras palabras, la gran masa del pueblo, hasta bien entrado el siglo XIX, tenía bien poca opción, respecto a bienes y servicios, y aún no era capaz de formar un mercado en masa. El mercado se determinó por las existencias, y no a la inversa. Por cierto, en Japón el precio de la unidad básica de arroz siguió siendo la medida normal del bienestar económico hasta la Primera Guerra Mundial.

El surgimiento del gran mercado de bienes y servicios del siglo XVIII explica por qué de pronto surgió una disciplina económica, pues, mientras no haya opciones significativas, no podrá haber economía. Pero la economía, incipiente, clásica, neoclásica o marxista, no produjo una teoría del dinero, el capital y la inversión, y mucho menos una teoría de la dimensión de los empleos y oficios. No había necesidad de ello, porque la variedad en estos dos campos aún no había llegado al nivel en que se pudiera hacer una elección significativa. Aún en economías altamente desarrolladas, ya en 1930, la gran masa del pueblo, respecto a capital e inversiones, quedaba determinada por el abastecimiento de que podía disponerse, antes que por la capacidad de colocarlo, hasta un grado significativo, entre varias opciones. Y toda teoría de principios de la economía, desde Adam Smith, pasando por Marx hasta llegar a Marshall, en el cambio de siglo, presuponía que los empleados, necesariamente, eran más escasos que la mano de obra disponible, ya se expresara esto por medio de la "ley de bronce de los salarios" o de la mucho más elegante pero esencialmente idéntica ecuación de la "utilidad marginal".

Así, la economía —a través de todo el siglo XIX— podía tratar al capital por una parte y al trabajo por la otra, como si estuvieran determina-

dos por la economía "real", la economía de bienes y servicios, como si no tuviera autonomía ni dinámica propia.

Difusión de la Propiedad del Capital

En esta perspectiva, el desarrollo de la economía monetaria, que culminara en la obra de Keynes a principios de los treintas, determinó un sustancial cambio de estructura: el surgimiento de la dimensión de la economía del capital y la inversión en un verdadero sistema de mercado, en el cual podían hacer elecciones considerables cantidades de personas. Para Keynes —aún más para un post-keynesiano como Milton Friedman, hoy— la dimensión del capital y la inversión es la "real" economía, en que los bienes y servicios dependen tanto de ella como, en anteriores economías, el capital y la inversión se consideraban dependientes de la dimensión bienes y servicios.

Cuando Keynes publicó sus grandes obras a principios de los treintas, el capital y la inversión aún eran, en gran parte, un gran "mercado de especialidades" para una pequeña minoría, aunque tan sólo unas décadas antes había existido uno mucho más grande. Cuando la Bolsa de Valores de Nueva York anunció, alrededor de 1945, que aspiraba a una "propiedad en masa de las acciones", se proponía aumentar la proporción de los accionistas de cerca de un uno por ciento a un tres o cuatro por ciento de la población norteamericana. La cifra es hoy de 80 por ciento o más. No hemos "nacionalizado" el capital, pero sí lo hemos "socializado" en este país. Una séptima parte de la población —treinta millones de norteamericanos— son accionistas directos.

Pero el instrumento mediante el cual esta gran cantidad de norteamericanos son propietarios de los "medios de producción" lo constituyen el día de hoy los intermediarios financieros: sobre todo, los fondos mutualistas y fondos de pensión. Son ellos los verdaderos "capitalistas". Estas instituciones son, por así decirlo, los "compradores profesionales" para la gran masa de consumidores financieros. Y, a fines de 1969, eran propietarios de entre 35 y 40 por ciento del capital de las empresas norteamericanas. Como resultado, la propiedad financiera en este país se halla distribuida hoy, aproximadamente, al mismo grado de igualdad —o desigualdad— en que se distribuía el consumo de bienes y servicios a principios de los veintes, en el primer gran auge del "consumo en masa". Los ricos, es decir el 20 por ciento más próspero de la población, probablemente siguen poseyendo o controlando más del 35 por ciento de las acciones de los negocios norteamericanos. Los pobres, el 10 por ciento que forma la escala inferior de la población, carece de capital invertido. El grupo medio, que comprende cerca del 70 por ciento de la población, es propietario, directamente o a través de intermediarios, de cerca de la mitad de los bienes financieros de los negocios norteamericanos. El restante 15 por ciento es propiedad de no americanos, en su mayoría inversionistas institucionales europeos.

Pensiones y Fondos Mutuales

Un ejemplo de este desarrollo y su velocidad es el fondo de pensiones de los profesores de los *colleges* norteamericanos, la Asociación de Pensiones y Seguros del Maestro. Administra los fondos de retiro de 300.000 personas, en su gran mayoría los profesores de *colleges* de las instituciones y universidades privadas, y cada vez más, asimismo, de los maestros de las instituciones estatales y municipales. En 50 años, amasó un fondo de pensiones de cerca de 2.500 millones de dólares en pensiones usuales, invertido en su mayor parte en bonos, hipotecas y otras tradicionales inversiones de seguro de vida. En 1952, añadió un "Fondo de Retiro del College", es decir, un común fondo mutualista, y empezó a ofrecerlo a los profesores participantes. Hoy, este fondo administra una gama de acciones comunes de más de mil millones de dólares; incidentalmente, a este nivel se encuentra aún entre las administraciones de regular importancia y no de grandes dimensiones. Y casi todos los participantes en los fondos de pensiones también han llegado a ser inversionistas por medio del Fondo de Retiro del College.

Lo que pocas veces se comprende es que no se trata simplemente de una expansión cuantitativa de la "propiedad". Es, antes bien, un cambio cualitativo en el carácter de los "propietarios". No son "capitalistas"; son, en cambio, "inversionistas". No obstante, su principal interés en la economía no radica en sus inversiones, sino en su trabajo y en sus ingresos de allí provenientes. Lo que pueden invertir en la economía es, por así decirlo, "extra". No dependen de él. Por lo tanto, pueden permitirse correr ciertos riesgos con su dinero. De hecho, el rasgo económico más sobresaliente de este grupo es el de "especulador", es decir, invierte para obtener aumentos de capital y no un ingreso y seguridad, porque con la inflación y los impuestos graduados, unas ganancias adicionales de sus inversiones representan un escaso incentivo para ellos. "El desarrollo" es decir, la oportunidad de un alza de capitales, vale casi el doble para este grupo de medianos ingresos, de acuerdo con su valor real, que un ingreso adicional. Cuanto mayor sea la presión inflacionaria de la economía, más se verá que la conducta del "especulador" resulta la única línea verdaderamente "conservadora" de acción para un inversionista, ya actué individualmente o por medio de un fondo mutual o de pensiones.

Los nuevos grandes mercados de capital o inversión, por lo tanto, deben significar algo muy diferente por su "actuación" o por su "valor" de lo que el tradicional "capitalista" o el "administrador profesional" quiere significar con estas palabras. Estas nuevas esperanzas pueden parecer "especulativas" en términos tradicionales, pero reflejan las realidades económicas del nuevo "consumidor en masa" financiero: el empleado de clase media. Pueden ser poco realistas, pero son perfectamente racionales.

Quizás más importante a la larga —aunque mucho menos observado por el público en general hasta ahora— es el surgimiento de un "gran

mercado" de carreras para trabajadores especializados; es decir, para personas con una educación de bachillerato. Hace apenas 40 años, en vísperas de la gran depresión, había pocas carreras en las cuales realmente pudiera obtenerse un buen sueldo por aplicar un conocimiento al trabajo. Esencialmente, eran las antiguas profesiones: el ministerio, la enseñanza, la medicina y el derecho, a los cuales, en los primeros años del siglo, se había unido la ingeniería. Los graduados en la Universidad de Yale que eran contratados por Wall Street en la década de los veintes para trabajar como vendedores, no eran contratados por sus conocimientos: eran contratados por sus conexiones.

Un Gran Mercado de Carreras

La mano de obra femenina y masculina con una educación superior, y preparada para un trabajo especializado, se ha multiplicado casi por veinte desde 1920. Pero la cantidad de empleos y oportunidades de hacer carrera aumentó aún más rápidamente. En los últimos diez años, las opciones para los trabajadores especializados casi han parecido, prácticamente, ilimitadas. La presión que sufren los jóvenes de hoy para hacer elecciones de esta clase —y sin una verdadera información— seguramente es uno de los factores que han contribuido a la inquietud en las universidades. Los jóvenes están literalmente abrumados por todas las oportunidades que les dicen "abrázame".

El surgimiento de verdaderas opciones para abrazar carreras y empleos es tan nueva que no hay ninguna teoría económica, hasta hoy, de un verdadero "mercado de trabajo". Hasta hace muy poco, la mayoría de la gente en los Estados Unidos —y esto sigue siendo cierto entre las masas del mundo en vías de desarrollo— no tenía que hacer opciones para ocupar un empleo. Aun donde los empleos eran numerosos, y no escasos, el empleo que estaba a la disposición de un joven —y este empleo sería el de toda su vida— en gran parte estaba determinado por la ocupación de su padre y la posición económica de su familia. Para la gran masa del pueblo, esto simplemente significaba que el hijo seguía al padre, y, desde luego, en la mayoría de los casos, que el hijo seguía al padre detrás del arado. Unos cuantos bien dotados, o afortunados, o audaces podían romper con esta norma, y, a este respecto, la sociedad norteamericana siempre ha tenido mayor movilidad que cualquier otra. Pero aun en la sociedad norteamericana, tal movilidad constituía la excepción.

Hoy, por muy desigualmente que estén distribuidas las oportunidades en la educación, la mayoría de los jóvenes tienen acceso a una preparación de bachillerato, y con ella, a una movilidad y una considerable flexibilidad de escoger carrera. Y también este cambio es más cualitativo que cuantitativo. Es un giro de "buscar un trabajo", a "esperar de una carrera", de "ganarse la vida" a "desear hacer una contribución". Se supone hoy que los empleos andan a la caza de hombres y que por lo tanto, cada vez más tienen que satisfacer los valores, exigencias, esperan-

zas y aspiraciones del trabajador especializado. En rigor, la reciente diversificación y combinación por asalto no hubieran sido posibles si no hubiera existido un creciente número de hombres cuyas demandas de oportunidades de hacer carrera no pudieran ser satisfechas por empleos seguros y aun bien pagados, con los tradicionales patrones. Pero, para observar todo el impacto de este cambio, haremos mejor en salir de los Estados Unidos, donde la movilidad siempre se ha dado por sentada (de hecho, más allá de su auténtica incidencia), y mirar hacia Japón.

La Experiencia Japonesa

En Japón, especialmente para las personas con un título y para los administradores, "un empleo" durante largo tiempo significó "un empleo de por vida". El joven que se graduaba en un bachillerato era, por así decirlo, "adoptado" en un "clan", ya fuera un ministerio del gobierno, una empresa o una universidad, donde automáticamente permanecería el resto de sus días. Sólo por una razón se podía dejar el empleo: para hacerse cargo del negocio de un padre anciano o enfermo. Sólo se le permitiría la salida por un comportamiento realmente inconveniente o por un verdadero delito.

Estas siguen siendo las reglas oficiales. Pero ya no son observadas por los jóvenes japoneses educados. En realidad, ellos esperan que la organización en que ingresan les dé "empleo de por vida". Pero, por su parte, cada vez más exigen el derecho de desplazarse, con la debida etiqueta, desde luego. Cada vez más esperan, lo que constituye otra innovación, una "escala de carreras" apropiada para su preparación y calificaciones, antes que un avance por escalafón.

Sony, fabricante de artículos electrónicos, fue la primera compañía japonesa en percatarse de esto. Combinando diestramente las tradiciones japonesas con los nuevos valores del joven trabajador especializado, combina la seguridad del "empleo de por vida" para quienes lo desean, con una abierta política de contratación para aquellos que desean abandonar a sus antiguos patrones. También combina la paga y categoría por escalafón con asignamientos de trabajo y escalas, de acuerdo con las calificaciones y la elección personal. Probablemente éste sea el verdadero secreto del rápido desarrollo de Sony y de su éxito, contra determinada resistencia a los recién llegados entre toda la fuerza del "Establecimiento" japonés. Este acaso sea un ejemplo del que nosotros, en Occidente, podamos aprender mucho.

Un Ejemplo de la Empresa Multinacional

La empresa multinacional y el fideicomiso de inversiones en el exterior son prueba de que estos dos nuevos grandes mercados no están limitados a los Estados Unidos sino que, en varios grados, son comunes a todos los países desarrollados. La empresa multinacional basada en los Estados Unidos, que emplea capital europeo para comprar negocios euro-

peos, envía fondos al nuevo inversionista extranjero, así como la "fusión de diversificaciones" o la "fusión por absorción" enviaban fondos al nuevo inversionista norteamericano. Da al inversionista europeo una oportunidad de obtener ganancias de capital. Le da un mercado a su inversión, en tanto que los mercados de capital de la mayoría de los valores europeos en los países europeos se han restringido hasta el punto de no ser líquidos; y, acaso algo más importante: le hace declarar públicamente sus resultados y su estado financiero, lo que fue impuesto por primera vez a las empresas norteamericanas por la legislación de valores de la década de 1930, y así, publica la información de un análisis financiero y económico sobre la cual insisten y deben insistir los "inversionistas sofisticados", y especialmente las fiduciarias de dinero ajeno.

Pero, por encima de todo, las empresas multinacionales explotaron por todo el mundo los nuevos "mercados de carreras". Especialmente en Europa, donde los negocios tradicionales aún consideran a los empleos de administración como favores que hay que otorgar, las empresas multinacionales comenzaron sobre la suposición de que tenían que crear carreras atractivas para hombres sumamente preparados, que tenían muchas para escoger. A esto se debe en gran parte su éxito. En muchos países, las empresas multinacionales en una década han llegado a ser los líderes de la industria, no por adquisición, sino desarrollando nuevos negocios después de su planeamiento. Esto, como hoy se acepta generalmente, es una realización empresarial, más que tecnológica o financiera: resultado de la capacidad de una compañía para atraer buen personal joven, conservarlo, y permitirle trabajar de una manera productiva.

Corrientes para los Setentas

Para 1970 ya era obvio que los mercados tanto de capital como de carreras estaban en proceso de readaptación. El desencantado inversionista "de desarrollo" aprendió, en un mercado de valores en grave estancamiento, que ningún negocio puede crecer indefinidamente a un ritmo elevado, que las tasas de desarrollo generalmente se reducen más rápidamente que su ascenso inicial.

Sin embargo, las corrientes que caracterizaron a los mercados financieros de la década anterior probablemente continúen, aun cuando las formas cambien. Esos mercados probablemente estarán cada vez más dominados por los "inversionistas" antes que por los "capitalistas", y ello significa que la gente está interesada primordialmente en el "desarrollo del activo" antes que en mayores ganancias. También puede predecirse que llegará a ser un mercado cada vez más competitivo, conforme los compradores estén mejor informados. Las compañías que necesiten dinero —y ello significará, con el tiempo, toda compañía— por lo tanto tendrán que trabajar para hacerse a sí mismas "mercadeables" en este nuevo "mercado en masa". Es muy improbable que el interés por la

actuación financiera y la "mercabilidad" financiera decrezca en los próximos 10 ó 15 años. Lo menos que podemos esperar es que un dólar estable y un control de la inflación reduzcan de alguna manera la necesidad de las fiduciarias, y especialmente de los fondos de pensiones, de continua alza del valor en papel de sus acciones.

Propiedad y Control

Puede predecirse que estos nuevos mercados generarán nuevos problemas a la política pública. Tres en particular ya son claramente visibles, y para ninguno de los tres tenemos una solución. De hecho, con respecto a ninguno de ellos hemos emprendido siquiera nuestra tarea casera.

El primero y más *nuevo* de estos problemas será el papel y la responsabilidad de los nuevos poderes financieros, las "fiduciarias" del consumidor financiero en masa, que es el verdadero "propietario" de hoy.

Los negocios de propiedad de una mayoría en los Estados Unidos (y en Europa) estarán cada vez más controlados por personas que no son ni propietarios ni administradores, sino fideicomisarios. ¿Cuál será su papel? Puede argüírse que, al tratarse de fideicomisos, no pueden ni deben intervenir en la administración de las compañías en las que invierten. Si no les gusta como se conducen sus asuntos, pueden vender sus acciones de la compañía, pero carecen de autoridad para ejercer el control. Pero si estas instituciones no ejercen ningún control, ¿quién lo hace... o puede hacerlo? La administración queda incontrolada e incontrolable, o la función de supervisarla va a dar al empresario "por ataque". Evidentemente ninguna de las dos soluciones es aceptable. Y sin embargo, no hay otra a la vista.

El segundo y *más importante* problema —importante por su impacto— será el de la empresa multinacional. No es excesivo predecir que, dentro de cada país desarrollado no comunista, una quinta o una cuarta parte de la producción manufacturera total en otros 20 años será producida por compañías "multinacionales" en sus operaciones. De hecho, esto ya es una realidad antes que una previsión en diez países (los Estados Unidos, Inglaterra, Canadá, Alemania, Italia, Holanda, Bélgica, Suiza, Noruega y Suecia), se está convirtiendo en realidad rápidamente en un undécimo país (Japón), y aún le falta algo para ser un hecho consumado sólo en dos (Francia y Brasil).

Eso significa que en los países desarrollados, una gran parte de la economía está sujeta a decisiones que se toman más allá del dominio del gobierno nacional Pero, a la inversa, también significa que las decisiones gubernamentales en la mayoría de los países desarrollados afectarán seriamente las operaciones de los "cuarteles generales" multinacionales en ese país.De ello resulta un serio problema, porque algunos gobiernos consideran a "sus" empresas multinacionales como instrumentos de su propia política económica en el mundo, mientras que al mismo tiempo resienten amargamente que las subsidiarias de las multinacionales "ex-

tranjeras" radicadas en su terreno, hasta cierto punto, estén más allá de su completo control

Este no es un problema de "capitalismo". En realidad, la misma ambivalencia caracteriza las relaciones económicas dentro del bloque soviético. Las empresas multinacionales que los rusos han tratado de edificar por toda la Europa Oriental encuentran resistencia, principalmente por razones políticas. Ponen una parte de la economía polaca, checa o de Alemania Oriental fuera del ámbito de las decisiones y el control de los gobiernos polaco, checo o alemán oriental. Las empresas multinacionales, sean "capitalistas" o "comunistas", ponen la racionalidad económica delante de la soberanía política.

La empresa multinacional es, por mucho, nuestro más efectivo instrumento económico de hoy, y probablemente sea el único órgano del desarrollo económico que realmente se desarrolla. Es la única institución no-nacionalista, en un mundo estremecido por el delirio nacionalista. Coloca las decisiones económicas más allá del alcance efectivo del proceso político y de quienes toman sus decisiones: los gobiernos nacionales. Esto bien puede ser exactamente lo que necesitamos para amordazar al monstruo nacionalista. Pero los miembros nacionales y sus órganos, sean legislativos o ejecutivos, difícilmente lo verán de esta manera. Y de cómo resolvamos esta tensión entre la racionalidad económica y la soberanía política en los próximos años dependerá un tremendo impacto tanto en la economía cuanto en el funcionamiento del gobierno.

Concentración y Competencia

El tercero y más *difícil* problema formulado por el surgimiento de los nuevos mercados y los nuevos empresarios es el de la concentración y la competencia. En los otros dos campos, tenemos que encontrar nuevas respuestas. Con respecto a la concentración y la competencia, tenemos que olvidar las respuestas viejas. Y esto es mucho más difícil, sobre todo porque las antiguas reglas se han sostenido con un fervor casi religioso, y han llegado a ser casi cánticos sagrados entre grandes grupos de economistas, políticos, abogados y hombres de negocios.

Dos conceptos han guiado nuestros enfoques a los problemas de la concentración y la competencia durante muchos años: "La Concentración de los Bienes Manufactureros" y la "Concentración del Poder en el Mercado". Las medidas creadas por estos dos aspectos de la concentración económica gozan de una amplia aceptación, como si nos dieran, en conjunto, una radiografía de la estructura ósea de nuestra economía, y una guía segura para el diagnóstico y el tratamiento. Pero la primera medición ya no es digna de fe, y la segunda ha resultado engañosa.

Durante largo tiempo, la "concentración de los bienes manufactureros" permaneció bastante constante. Pero de acuerdo con los enemigos del monopolio, dio un tremendo salto adelante en los últimos 20 años. En 1950, las 200 mayores "compañías manufactureras" controlaban el

40 por ciento del activo de las manufactureras del país. En 1970, las 200 principales controlaban el 60 por ciento: el mayor aumento en concentración económica jamás registrado en este país o en ningún otro.

Sin embargo, lo extraño es que esta tremenda concentración no haya ido acompañada por ningún aumento en la concentración del poder económico en ningún mercado especial de bienes, es decir, en ningún solo mercado en el cual operen compañías manufactureras. En la mayoría de estos mercados, la concentración probablemente se ha *reducido* en los últimos 20 años. En mercado tras mercado, nuevas compañías han desafiado a las grandes compañías antiguas y les han arrancado una pieza aquí u otra pieza allá de sus negocios tradicionales. Esto puede decirse ya se hable de la publicación de libros o de los productos farmaceúticos, de los materiales para construcción o de las ventas al menudeo.

No obstante, al mismo tiempo, las compañías que figuraban como "manufactureras" en 1950, en gran parte eran compañías que en realidad sí estaban manufacturando. Hoy, como resultado de las mezclas de "diversificación" y "por asalto" un número muy considerable de compañías que aún figuran como "compañías manufactureras" en realidad tiene poderosos intereses —en algunos casos, su mayoría— fuera de la manufactura, en negocios de servicio y, sobre todo, en las finanzas. En otras palabras, de acuerdo con el verdadero "activo manufacturero" en el país, las 200 mayores compañías de hoy casi ciertamente tienen una parte menor de la industria manufacturera de la que tenían hace 20 años.

Pero aunque no haya habido ni una mayor concentración de las acciones manufactureras norteamericanas ni una mayor concentración de mercados, las combinaciones de diversificación y por asalto —y la expansión multinacional— *sí* han producido claramente una considerable concentración en la capacidad de tomar decisiones. Han conducido a la creación de grandes negocios, que actúan en muchos campos y países, pero que, sin embargo, están incorporados a una entidad legal y son dirigidos por una sola administración suprema. Sin embargo, el resultado a menudo es una competencia *mayor* aun en las economías de bienes y servicios. Y el resultado casi siempre es una competencia más encarnizada —de hecho, una desconcentración— en la economía de capitales e inversiones y en la economía de trabajo y carreras.

Adaptando la Teoría a la Realidad

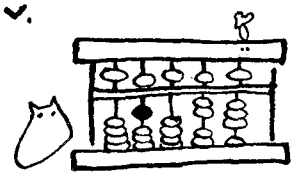
Las presiones hacia el conglomerado y la especie de operación multinacional aumentarán, no descenderán. La tecnología avanza en esa dirección, especialmente en las industrias de materiales y productos químicos. Otra poderosa fuerza que empuja los negocios hacia la concentración será la preocupación por el ambiente. Para purificar el medio —aire, agua, espacios abiertos y ciudades —se requerirá un esfuerzo concertado de "sistemas" en todos los campos, es decir, las compañías que puedan movilizar los grandes recursos tecnológicos y económicos a través de

toda una gama de especializaciones, disciplinas, técnicas y mercados. Por encima de todo, las presiones de los nuevos grandes mercados, de capitales y carreras, exigirán una continua concentración a lo largo de los nuevos lineamientos, es decir, a lo largo de la línea de diversificación en la industria y diversificación en la geografía.

Por lo tanto, tendremos que pensar cuál especie de "diversificación" es deseable, productiva y sensata, y cuál es simplemente manipulación financiera y construcción de imperios. ¿Cuál especie hace que la economía sea más abierta, más flexible, más competitiva y cuál otra favorece la concentración y el monopolio? ¿Cuál crea empresas administrables que dan mejor rendimiento, y cuál crea monstruosidades administrativas?

Lo que debemos desear está razonablemente claro. Preferimos la diversificación a la difusión. Preferimos el federalismo antes que la tiranía centralizada o la dispersión. Queremos "administración de acciones" antes que manipulaciones financieras. Y tendremos que aprender a "cambalachear", es decir, a equilibrar la concentración en una dimensión económica con la competencia en otra.

Los acontecimientos económicos de los últimos diez años significan más que un cambio de la estructura institucional. Han cambiado la básica realidad económica. Esto requerirá nuevas ideas, y el liberarnos de muchos conceptos tradicionales, ideas y políticas respecto a lo que es "monopolio", "concentración" y "competencia", por ejemplo, y respecto a las relaciones entre la economía mundial y la nación-estado. Requerirá que se desarrollen nuevas teorías y nuevos conceptos políticos, pues hasta ahora no tenemos ninguna teoría económica que abarque o que siquiera conecte las tres dimensiones de la economía y que integre así los nuevos "mercados en masa" de capital y carreras a los viejos mercados en masa de bienes y servicios, precios y productividad.



UN PAPEL SOCIAL PARA LA EMPRESA PRIVADA

Por Melvin Anshen

Según las reglas económicas tradicionales, la empresa privada sólo es responsable de la producción y de las ganancias. El profesor Anshen opina que estas reglas están siendo objeto de un ataque grave y legítimo. Y argumenta que los hombres de empresa tienen la responsabilidad de ayudar a resolver problemas sociales tales como la contaminación del medio ambiente, la discriminación racial y el deterioro urbano.

Melvin Anshen es profesor en la Escuela Superior de Comercio de la Universidad Columbia y ha sido consultor de varias grandes empresas. Llevó a cabo investigaciones para la Junta de Producción de Guerra de los EE. UU. durante la segunda guerra mundial, y en la actualidad es consejero de la Oficina Federal de Preparación para Emergencias. Sus libros comprenden *Private Enterprise and Public Policy* (La Empresa Privada y el Sistema Público) y *Management and Corporations 1985* (La Administración y las Empresas en 1985). Su artículo está extractado del número de noviembre de 1970 del *Columbia Journal of World Business.*

Tradicionalmente, la responsabilidad fundamental de los ejecutivos de empresa ha sido obtener una ganancia máxima de la inversión de los propietarios. Hoy en día, los altos funcionarios de las empresas tienen ante sí la demanda de modificar o incluso de abandonar esta meta de ganancias elevadas, y de mostrar un serio interés en el bienestar de la comunidad.

Esta demanda tiene muchas formas. Puede aparecer como presión:

- para contener aumentos de precios destinados a cubrir costos cada vez mayores;
- para dar apoyo financiero especial a propiedades y a comercios de los ghettos;
- para ofrecer adiestramiento y empleos especiales a los desempleados perpetuos;
- para invertir en equipo diseñado a fin de reducir al mínimo la contaminación del medio ambiente mediante la regulación o la eliminación de los desperdicios industriales que intoxican el aire y el agua;

Copyright © 1970 by the Trustees of Columbia University

- para contribuir en forma generosa al sostenimiento de organizaciones y de actividades educativas y artísticas de beneficencia;
- para negarse a solicitar o a aceptar contratos de defensa o relacionados con la defensa;
- para evitar o poner fin a inversiones en países cuyas prácticas raciales o políticas ofendan a elementos de la masa de ciudadanos;
- para obtener la representación del "público" o de los "consumidores" en las juntas directivas;
- para lograr que los altos funcionarios sirvan sin compensación en las juntas públicas o en otras comisiones no empresariales.

El elemento común de todas estas presiones es su alejamiento, incluso su contradicción, de las consideraciones económicas que se han tomado como criterio adecuado para la determinación del uso y de la distribución de las riquezas privadas. Rechazan la tesis de que las decisiones que se toman con vista a aumentar las ganancias privadas también aumentan los beneficios públicos. Niegan la labor de la "mano invisible" de Adam Smith.

Esta serie de presiones no está limitada a supuestas deficiencias de los elementos tradicionales de las decisiones administrativas. También expone dudas fundamentales sobre la capacidad intelectual de los administradores de empresas —que está reflejada en su educación, en su experiencia y en sus normas de conducta— para responder en forma adaptable y creadora a nuevos objetivos, a nuevas normas para la distribución de riquezas y a nuevas medidas de su desempeño.

Sería consolador concluir que el surgimiento de estas presiones en este momento constituye un fenómeno temporal, estimulado por una guerra no deseada, por la increíble yuxtaposición de la opulencia y de la pobreza en la sociedad, por el rápido aumento del nivel de vida que sobrepasa al de los ingresos percibidos, por el enorme deterioro urbano y por causas similares. No obstante, sería más realista sugerir que nuestra sociedad "post-industrial" se está acercando a una redefinición básica del papel y de la responsabilidad de la empresa privada.

El Surgimiento de Valores No Económicos

Por lo menos dos acontecimientos subyacentes apoyan esta opinión. Uno es el triunfo visible del sistema de empresa privada, su extraordinario éxito en la aplicación de la ciencia y de la tecnología a las riquezas bajo una hábil administración. El reconocimiento popular de estos antecedentes no puede sino formular preguntas inquietantes sobre modos y medios de dirigir esta gran potencia creadora de riqueza hacia la eliminación de la pobreza, de las condiciones de vida urbanas y rurales degradadas y degradantes y de todas las grandes desigualdades económicas y sociales.

El segundo acontecimiento es la amplia aceptación, contraria a la mayor parte de las anteriores predicciones económicas y psicológicas, de que la opulencia general no conduce sólo a un deseo insaciable de más bienes económicos. También conduce a un interés en lo que está empezando a llamarse calidad de vida, en un sentido que comprende valores distintos de los económicos. Según la frase popular del momento, el crecimiento del "Producto Nacional Bruto" no es una medida suficiente del desempeño social.

Un modo de comprender todo el fenómeno es considerarlo como una naciente demanda de una nueva serie de relaciones entre la empresa privada, el gobierno, las organizaciones no económicas y los individuos. Semejante serie de relaciones, de carácter y composición variables, ha existido a todo lo largo de la historia. Sin algún plan implícito y ampliamente aceptado para vivir juntos, la existencia del hombre con sus congéneres sería insoportablemente caótica.

Redefiniendo el "Contrato Social"

Los filósofos y los teóricos políticos han observado la persistencia y la necesidad de este concepto organizador. Incluso han acuñado una útil frase descriptiva: "el contrato social". Han señalado que el contrato tiene una naturaleza fundamentalmente implícita, a pesar de que los hombres frecuentemente han tratado de hacer explícita la expresión implícita mediante decretos, constituciones y cuerpos de leyes. Todas las expresiones explícitas han resultado temporales, limitadas y de alguna manera inadecuadas. Cuando se ha intuido la necesidad de redefinir las condiciones del contrato, no se ha dudado en hacerlo. En ocasiones, la medida correctiva ha sido profunda y revolucionaria, como en el caso de la Unión Soviética y de la China. En otras circunstancias, el remedio ha sido gradual y por partes, como en los Estados Unidos, mediante la reinterpretación de la constitución permanente. Hoy, en muchas partes del mundo, existen presiones variables para una reformulación del contrato social implícito según su influencia sobre las instituciones tradicionales, incluyendo las metas y las responsabilidades tanto de la empresa privada como de las dependencias públicas.

Las condiciones del contrato social histórico para la empresa privada, que están siendo objeto de ataque crítico (como en *The New Industrial State* [El Nuevo Estado Industrial] de J. K. Galbraith), son claras en extremo. El crecimiento económico, resumido en la gran medida del producto nacional bruto, se consideraba como punto de partida de todo progreso. La suposición obvia era que el progreso social (incluyendo los beneficios relacionados con las ideas sobre la calidad de vida) era una consecuencia del progreso económico, y que no se podía alcanzar sin él. El adelanto tecnológico fomentaba el progreso económico y también estaba fomentado por él en un sistema cerrado y autooriginador.

El motor del crecimiento económico se identificaba como el anhelo de ganancias mediante la empresa privada, libre y competidora. Las riquezas naturales y humanas se compraban en un mercado abierto y se administraban en interés de las ganancias máximas. Las limitaciones se aplicaban sólo en los márgenes y estaban concebidas para asegurar la continuación del sistema (como en una legislación y en una administración anti-monopolio) o para proteger a los que no podían protegerse en el mercado abierto (como en las leyes que prohibían el trabajo infantil, que garantizaban el derecho de los obreros a organizarse o que restringían los perjuicios deliberados a los consumidores). Estas y otras limitaciones similares eran "las reglas del juego", un término sugerente. Las reglas protegían el juego y garantizaban su continuación como actividad constructiva.

El contrato social implícito estipulaba que la empresa privada podía actuar libremente dentro de las reglas. Sujeta sólo a las limitaciones de conducta impuestas por las reglas, la responsabilidad de la empresa privada era buscar y producir ganancias. Al hacer esto en competencia, la empresa rendía beneficios para la sociedad en forma de productos y de servicios deseados por consumidores que obtenían el poder de compra para satisfacer sus deseos trabajando en empleos creados por la iniciativa privada.

Los beneficios sociales se consideraban tan grandes que nunca hubo una objeción seria a los gastos del sistema que sufragaba la sociedad. Durante la mayor parte del período (hasta la gran depresión de los años treintas), no hubo ninguna gran demanda pública de que las firmas privadas absorbieran alguna parte de los gastos de desempleo o de los obreros retirados. Durante un período aún más largo (hasta los últimos años) no hubo ninguna gran demanda pública de que las firmas privadas contribuyeran con alguna parte de los gastos derivados de la contaminación del medio ambiente. El contrato estipulaba que la iniciativa privada no era responsable de estos gastos ni de otros similares. Decía que la única y específica responsabilidad de la empresa privada era procurar un crecimiento económico relativamente estable. Mientras este crecimiento tuviera lugar, los únicos gastos que tenía que sufragar eran los gastos internos de la adquisición de materias primas en el mercado y de la elaboración y venta de productos y de servicios al mercado. Los gastos externos del sistema ni siquiera se reconocían como gastos. No se daba ninguna cuenta de ellos. Cuando aparecían en forma de penuria personal extrema de individuos y de grupos, se cubrían por medio de la caridad privada, o no se cubrían.

Progreso Social contra Crecimiento Económico

Aunque la investigación y el análisis científicos de los efectos colaterales del progreso económico todavía tienen un largo camino por recorrer,

la creciente documentación formal e informal ha empezado a influir sobre la serie de ideas generales que constituyen las condiciones del contrato para la empresa privada. La cláusula del contrato que estipulaba la primacía del crecimiento económico, y que dio carta blanca a la libre empresa dentro de amplias reglas de conducta económica competidora, se encuentra ahora en tela de juicio. Está poniéndose en claro que en el nuevo contrato, el progreso social (la calidad de vida) tendrá el mismo peso en la balanza que el progreso económico.

Esta igualdad presagia algunas revisiones radicales de las reglas del juego. Por ejemplo, ya no será aceptable que las corporaciones dirijan sus negocios pensando únicamente en los gastos internos tradicionales, obligando al público a sufragar los gastos externos. Indudablemente, desde los treintas, algunos gastos internos han sido parcialmente recuperados por las firmas industriales, como en el caso de la indemnización de desempleo. Pero la mayor parte no lo ha sido, y esta situación está al borde de la revisión. Esto significa, como ya está empezando a ocurrir, que los gastos relacionados con la contaminación del medio ambiente se transferirán del sector público a las firmas industriales que originan la contaminación. También significa que las empresas cuyas actividades económicas pongan en peligro la seguridad (desde los automóviles hasta las plantas de energía atómica) se verán obligadas a sufragar los gastos de la reducción de peligro ajustándose a niveles estipulados de riesgo aceptable o de especificaciones obligatorias de fabricación y de desempeño.

Pueden preverse nuevas reparticiones de la responsabilidad, más sutiles, y con el tiempo más radicales. El complejo grupo de problemas socio-económicos relacionados con la urbanización, con los cambios de población y con las necesidades de las minorías poco privilegiadas ya está abrumando la capacidad administrativa, y quizás agotando las riquezas, de los gobiernos de las ciudades, de los condados y de los estados. Hay una creciente evidencia de que el público espera que la empresa privada contribuya con su inteligencia y con sus riquezas al mejoramiento y a la solución de estos enormes problemas. La historia parece indicar que estas esperanzas pasarán a ser demandas.

Primeras Respuestas de la Empresa Privada

Algunos dirigentes empresariales imaginativos están empezando a reconocer que una respuesta pasiva a semejantes presiones puede ser peligrosa. Se dan cuenta de que una sociedad trastornada puede aceptar remedios políticos desastrosos semejantes a las panaceas de los charlatanes. Aparte de las consideraciones humanitarias, ven el propio interés de la empresa privada en la iniciación de programas correctivos locales y en su participación en la creación de planes para programas correctivos conjuntos públicos-privados a nivel nacional. Estas primeras respuestas

son visibles en esfuerzos corporativos dispersos para adiestrar y dar empleos a las personas poco favorecidas, para financiar construcciones y fábricas en los *ghettos* y para dar consejo administrativo a los hombres de empresa de las minorías.

La mayor parte de estas respuestas no son empresas económicas del tipo que se asocia tradicionalmente con los compromisos de capital privado. Si fueran inversiones auténticas, seguramente el volumen sería mucho mayor, y se hubieran hecho antes de que las tensiones sociales llegaran al extremo actual. Así pues, deben verse como compromisos casi filantrópicos tendientes a aliviar una miseria casi intolerable y a conservar un ambiente relativamente pacífico para el sistema de la empresa privada.

En tanto que los compromisos sigan teniendo este carácter serán vulnerables a la demostración de su insuficiencia, así como los programas de caridad privada demostraron ser insuficientes para hacer frente a las demandas de principios de la década de 1930. La miseria social de las ciudades y de muchos de sus habitantes contiene por lo menos una carga igual de dinamita en la economía opulenta de hoy a la que contenía el enorme desempleo que no pudo resolver la caridad privada en la gran depresión. Así, se puede predecir con cierto fundamento que las iniciativas de la empresa privada deben surgir en una escala que empequeñezca los compromisos asociados con la escala familiar de las contribuciones de caridad. A su vez, la sociedad se valdrá de los instrumentos de la legislación y de los impuestos para obligar a las empresas a hacer contribuciones de capacidad administrativa y de riquezas financieras mayores que cualesquiera de las que se tenga noticia hasta la fecha. Este tipo de procedimiento fue precisamente el que dio origen a la ley de Nuevo Trato de los treintas. Los problemas de la dislocación fundamental son más críticos ahora, y es probable que las medidas correctivas sean mayores.

Este procedimiento comprenderá una amplia revisión de las condiciones del contrato social para la empresa privada. Ataca el concepto central de que la tarea de la administración de la empresa privada es aumentar las ganancias. Presagia una redefinición de la naturaleza y de la esfera de la responsabilidad administrativa y de las ganancias. Los cambios inherentes a este pronóstico definen una revolución en el pensamiento y en la práctica administrativas que puede calificarse de única en la historia de la empresa moderna.

Pocos administradores están preparados por el adiestramiento y la experiencia para conceptualizar la estructura y el desempeño de la empresa privada en las condiciones de un contrato social de este carácter. Pero, por otra parte, pocas personas de otras profesiones tienen una preparación mejor. Todo el sistema, desde el proyecto grande hasta la simple contabilidad, debe ser valorado nuevamente. El administrador que tenga un espíritu creador se verá motivado a enfrentarse a todos los aspectos

del problema, y el motor de su motivación será la consideración de las alternativas.

Peligros y Esperanzas

La más funesta de estas alternativas para el progreso tanto económico como social es la total sustitución de las metas, estrategias y acciones privadas por las públicas; lo que el Presidente Eisenhower una vez describió proféticamente como el esfuerzo para lograr la seguridad de los reclusos de la penitenciaría. En una transformación semejante, el dinamismo de las iniciativas de la empresa privada y del dominio de los consumidores en el sistema del mercado desaparecería, y con él, si los ejemplos de los estados comunistas significan algo, la libertad política y personal de los ciudadanos de una democracia. Sin llegar hasta este extremo, podemos imaginar fácilmente traslados en gran escala de las actividades económicas del sector privado al público, acompañados de burocracias que inhiban la experimentación y no quieran correr riesgos.

Estas son perspectivas sumamente desagradables. Pero las fuertes presiones que se están ejerciendo para la revisión fundamental del contrato para la empresa privada sugieren que no va a ser posible mantener el *statu quo* intacto frente al embate del cambio. Los valores económicos y sociales del sistema de empresa pueden conservarse sólo mediante una adaptación flexible de los elementos del sistema que han contribuido a causar un descontento público extremo o que no han encontrado modos rápidos de aliviar el deterioro humano y físico de nuestros días. Esta adaptación podrá ser constructiva y practicable si los que entienden y respetan la energía del sistema de empresa se enfrentan de lleno al problema y participan en la búsqueda de soluciones. Hay muchos seudoarquitectos que empiezan a trabajar en una completa ignorancia, y aun desprecio, del sistema de empresa. Por muy molesta que sea su retórica, lo que constituye el verdadero peligro es su ignorancia, no su animosidad.

Si lo que se expone en este análisis es válido, la lección principal para la administración privada es clara. Debe participar activamente en la restructuración del contrato social. No puede haber mayor peligro que el de permitir que las nuevas reglas sean formuladas por el pequeño grupo de críticos armados sólo de malevolencia hacia el sistema existente, o por el grupo más grande sinceramente motivado por su interés en aliviar los males sociales, pero enormemente obstaculizado por su ignorancia de la técnica y del dinamismo de la empresa privada.

No obstante, los esfuerzos públicos recientes para revisar algunas de las reglas de la conducta de la industria privada (como en el empaque de comestibles, las condiciones de crédito para el consumidor, la contaminación del aire y del agua y la seguridad de los automóviles) sugieren que las firmas industriales y sus administradores sólo podrán participar en la revisión de las reglas si ofrecen su ayuda voluntariamente, cuando su demostrada resistencia a cualquier cambio haya sido superada.

La experiencia de la Asociación Médica Norteamericana (AMN) sirve para esclarecer este punto. Décadas de oposición oficial a cualquier programa público de ayuda financiera para las necesidades médicas de los ancianos crearon una desconfianza tan extendida de los motivos de la AMN que quienes estaban mejor capacitados profesionalmente para elaborar un programa Medicare efectivo y eficiente no tuvieron autorización para participar en el proyecto. Sus intenciones, no su competencia, carecían de verosimilitud. Si la dirección de la empresa privada está comprometida públicamente a una defensa general del *statu quo* frente a un descontento creciente, entonces los administradores que posean la competencia técnica para hacer sugerencias valiosas no podrán contribuir ni siquiera marginalmente.

Los Gastos de la Contaminación

Un estudio de dos de los terrenos en que los administradores conscientes e interesados pueden hacer contribuciones creadoras a la revisión de las condiciones del contrato pondrá de manifiesto tanto la complejidad de los problemas como la riqueza de las oportunidades. La contaminación del medio ambiente es un buen ejemplo. En el lapso de unos cuantos años, el asunto ha pasado del dominio de un grupo pequeño de especialistas en ecología natural y humana al estadio de gran preocupación pública. El Presidente Nixon le dio una enorme importancia en su mensaje de 1970 del Estado de la Unión. Se han puesto en vigor leyes en todos los niveles del gobierno, y hay muchos proyectos de ley. De uno u otro modo, la tendencia es transferir un gasto social a las firmas industriales que contribuyen a la contaminación mediante sus operaciones de fábrica o las características de elaboración de sus productos.

Estas medidas se están tomando en la ignorancia de la magnitud y de la incidencia específica de los gastos. Esto corre parejas con una ignorancia casi igual de los gastos y de la efectividad de las técnicas disponibles para suprimir o eliminar las fuentes de contaminación. Finalmente, hay un mínimo de experiencia legislativa y administrativa en la diversidad de instrumentos de transferencia de gastos que incluyen impuestos, incentivos y cargos directos. Resultados caóticos e injustos están prácticamente garantizados.

Si la postura de la administración corporativa oscila entre la oposición y el consentimiento pasivo, el ataque total al problema tenderá a ser sumamente ineficaz, y los gastos finales para la industria y para sus clientes serán considerablemente mayores de lo necesario. Sólo mediante el reconocimiento abierto del problema total en toda su complejidad, la aceptación franca de la responsabilidad de su creación y la manifestación sincera de un deseo de contribuir con conocimientos industriales y competencia técnica al análisis de otras soluciones, podrá la administración corporativa obtener el derecho de participar en la restructuración del contrato social. Y sólo de este modo habrá una oportunidad razonable

de idear soluciones que sean técnicamente efectivas, económicamente eficientes y socialmente equitativas.

La Crisis Urbana

Un segundo terreno en que la competencia industrial puede hacer una contribución es el grupo de problemas relacionados con la pobreza en medio de la abundancia, con las minorías desempleadas o subempleadas y con el deterioro urbano. Menos claramente definido que el problema del medio ambiente, este terreno posee un potencial mucho mayor de desorganización violenta que podría desgarrar mortalmente la urdimbre de nuestra sociedad.

No es fácil predecir con certeza cómo se introducirá efectivamente la empresa privada en este terreno, manteniendo al mismo tiempo su fundamental orientación lucrativa. Una posibilidad interesante es transferir el concepto del contratista de defensa al sector de no defensa. Por ejemplo, la economía bruta de la construcción de viviendas urbanas de bajo precio puede descartar la inversión no subsidiada iniciada por la empresa privada. Sin embargo, no puede descartarse a la empresa privada como contratista, remozadora y operadora bajo contratos negociados o por oferta de competencia. Ha habido una experimentación limitada en arreglos de este tipo, en la vivienda, en la educación, en el análisis y en el planeamiento de sistemas urbanos y en otros campos. Una exploración más libre en diversas circunstancias y en las relaciones público-privadas podría descubrir un potencial atractivo para aliviar y eliminar las causas fundamentales del enorme descontento social, manteniendo al mismo tiempo un amplio grado de iniciativa privada y la trama familiar de relaciones entre ingresos y egresos. Los verdaderos gastos sociales que quedaran, y que representarían la capa de subsidios que se necesita para absorber los gastos restantes de un nivel de base aceptable de bienestar general, podrían repartirse entonces mediante el sistema de impuestos.

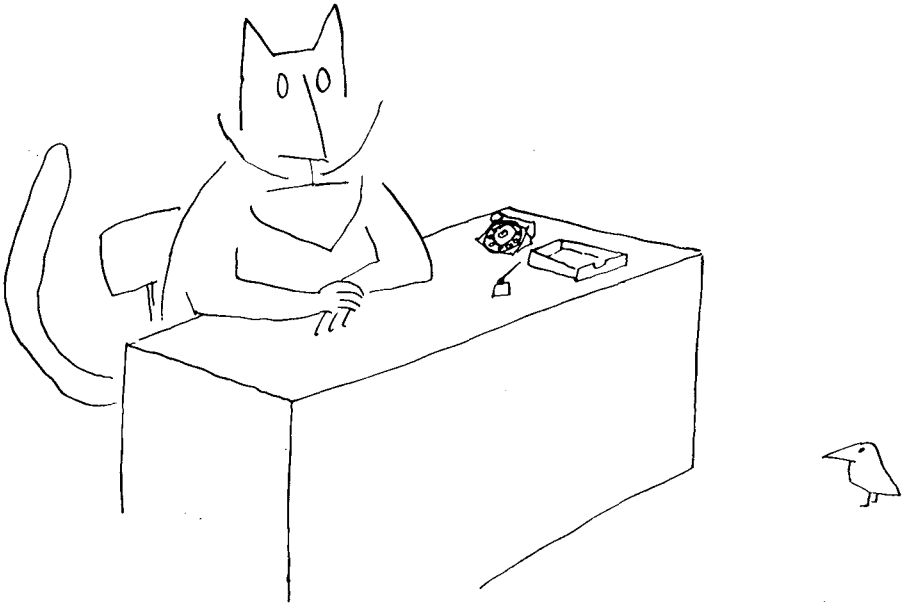
Obviamente, ésta no es la única posibilidad en perspectiva. La iniciativa privada ha hecho sólo unos cuantos experimentos limitados en la aplicación de incentivos. Un análisis y un ensayo más extensos podrían sugerir al menos las circunstancias especiales en que este instrumento podría complementar o reemplazar efectivamente al sistema del contratista público. Una tercera posibilidad la sugiere el concepto representado por Comsat —los satélites de comunicaciones—, una empresa público- privada. Otras opciones, incluyendo combinaciones de las anteriores, aguardan una planeación ingeniosa.

La Necesidad de Innovación

El incentivo para que la administración industrial se inscriba como participante en este proceso es notablemente egoísta. Algunas de las líneas de ataque propuestas o que aún han de proponerse pueden destruir otros elementos de la sociedad, incluyendo el sistema de empresa priva-

da. La administración está en posición de contribuir con análisis racional, con competencia técnica y con innovaciones imaginativas. Los intereses servidos mediante la continuación del sistema de empresa coinciden aquí con otros intereses sociales.

Estas y otras innovaciones comparables exigen de los administradores privados una voluntad de pensar en nuevos papeles económicos y relaciones sociales que muchos verán como grietas peligrosas en el muro de la costumbre. Sin embargo, no es descabellado sugerir que no estamos considerando nada que sea más aventurado que las exploraciones y los compromisos que los administradores han estado acostumbrados durante mucho tiempo a suscribir en la administración de riquezas. La única diferencia importante es que los riesgos son mayores. En lugar del cálculo marginal de pérdidas y ganancias lo que puede estar en juego es la conservación de la civilización que ha dado origen a tantas riquezas y desarrollo.



DEBATE DE ECONOMISTAS DE EE. UU. SOBRE POLITICA

Por Leonard Silk

Durante la pasada década se acentuó notablemente la influencia de la teoría económica académica en la determinación de la política de los Estados Unidos. En el artículo que aparece a continuación, un calificado observador da cuenta de los debates entre los "keynesianos" y los "monetaristas" y analiza los buenos y los malos resultados obtenidos al poner en práctica sus ideas durante la gestión de los presidentes Kennedy, Johnson y Nixon.

Leonard Silk es columnista de finanzas y miembro del consejo editorial de *The New York Times*. Entre 1954 y 1969 fue director y presidente del consejo editorial de la publicación *Business Week*. Ha escrito, entre otros, los siguientes libros: *Contemporary Economics* (Economía Contemporánea), *The Research Revolution* (La Revolución de la Investigación), *Veblen* y *A Primer on Business Forecasting* (Fundamentos del Pronóstico en los Negocios). El Dr. Silk ha impartido la cátedra de economía en el Simmons College, la Universidad de Columbia y el Instituto Carnegie de Tecnología.

En algunos sectores profesionales —como el de los médicos y el de los abogados— existen reglas explícitas o tácitas que impiden poner en tela de juicio la capacidad profesional o las sugerencias de los colegas; no así entre los economistas, quienes siempre parecen estar dispuestos a desprestigiarse entre sí atacándose públicamente. Disputan lo mismo intramuros que a la vista de todos y hacen partícipe a la opinión pública de sus desacuerdos para dirimirlos; llegan incluso a exagerarlos para ganar aplausos, en tanto que se olvidan de dar a conocer al pueblo aquellos asuntos importantes en los que básicamente están de acuerdo. A pesar de esto último, no es posible sostener que la división y las contradicciones entre los economistas no constituyen sino un mal entendimiento del público, consagrado en mil bromas de mal gusto.

Es bien sabido que muchas de las controversias entre los economistas no son producto de verdaderos desacuerdos en materia de doctrina o análisis económico; son resultado —particularmente en las cuestiones importantes— de la diferencia de valores políticos, sociales y morales de

los contendientes. Indudablemente las cosas marcharían mejor si los economistas expresaran abiertamente sus valores en lugar de ocultarlos y condicionar sus análisis para dar apoyo a conclusiones que son fundamentalmente de valores. Sin embargo, el público raras veces se deja engañar. Sabe colocar a los economistas el marbete de derechistas conservadores, centristas, liberales o izquierdistas (también identifica con facilidad a los que tienen ligas con algún partido político), y supone que sus tendencias o valores políticos influyen en la naturaleza de sus análisis y recomendaciones.

No obstante, los economistas se esfuerzan por alcanzar un alto grado de objetividad y capacidad científicas. Si bien la economía nunca puede estar libre de inclinaciones o valores políticos, no se le puede considerar como un mero instrumento esotérico para racionalizar posturas políticas. En realidad, el antiguo nombre de la disciplina —"economía política"— expresa la inevitable pugna entre los valores y el análisis mejor que su nombre moderno, "economía".

La Revolución Keynesiana

El origen del fundamental desacuerdo entre los economistas norteamericanos de hoy se remonta a la Gran Depresión de los años treinta, cuando el economista británico John Maynard Keynes inició la llamada Revolución Keynesiana al oponerse a la idea de que había que dejar que las ondas de expansión y contracción económica propias de los sistemas capitalistas se desvanecieran por sí solas. El pertinaz desempleo masivo de los treintas determinó que esta doctrina de *laissez-faire* se hiciera políticamente insostenible. La nueva doctrina keynesiana rezaba en su parte medular que el gobierno ya no podía confiar en los procesos de ajuste automático del sistema económico, sino que debía poner en práctica medidas fiscales y monetarias racionales para promover el retorno a un alto nivel de ocupación.

Keynes sostenía que sólo el gobierno podía acometer con posibilidades de éxito la tarea de incrementar la demanda de bienes y servicios —y consecuentemente de trabajadores—, aumentando el gasto público, reduciendo los impuestos y poniendo más dinero al alcance del pueblo. Esto implicaba una buena disposición para aceptar grandes déficits en el presupuesto público. La doctrina keynesiana concede la máxima importancia a las modificaciones en los gastos del gobierno y en el sistema impositivo y no a la existencia monetaria, o sea primordialmente los depósitos a la vista más la moneda en circulación. La existencia monetaria es controlada por un banco central; en el caso de los Estados Unidos dicho control lo ejercen mancomunadamente el Consejo de la Reserva Federal (organismo integrado por siete personas nombradas por el presidente, pero que es esencialmente independiente de éste) y los representantes de los doce bancos regionales de la Reserva Federal.

De acuerdo con el concepto keynesiano, los cambios en la existencia

monetaria constituyen solamente *uno* de los factores que influyen en la economía nacional y no el factor preponderante. Al decir de Keynes, si los individuos y las empresas carecían totalmente de confianza en el futuro, los aumentos de la existencia monetaria poco podían hacer para alentarlos a elevar sus gastos y reducir su tasa de ahorro. Basados en esta idea, los keynesianos se mostraban escépticos en cuanto a la eficacia de la política monetaria para conjurar una depresión inminente. En consecuencia, daban preferencia a la política *fiscal* —modificaciones al presupuesto de egresos del gobierno y a los impuestos— sobre la política monetaria.

El Ataque de Kennedy al Desempleo

Todos los economistas llamados a Washington por el Presidente John F. Kennedy en 1961 eran keynesianos. El primer Consejo de Asesores Económicos del Sr. Kennedy estaba integrado por el profesor Walter W. Heller de la Universidad de Minnesota, el profesor James Tobin de la Universidad de Yale y el Sr. Kermit Gordon, a la sazón colaborador de la Fundación Ford y en la actualidad presidente de la Institución Brookings de Washington. Fuera de la Casa Blanca, el principal consejero económico del Presidente Kennedy era el profesor Paul A. Samuelson, del Instituto Tecnológico de Massachusetts, quien habría de convertirse en 1970 en el primer norteamericano ganador del Premio Nobel de economía.

El Presidente Kennedy envió como embajador a la India a otro prominente economista norteamericano, el profesor John Kenneth Galbraith de la Universidad de Harvard. Galbraith, que en otros tiempos militara en las filas de la Revolución Keynesiana, había empezado a plantear graves objeciones a la atención desmedida que, a su juicio, daban los economistas keynesianos a la producción nacional global y a su índice de aumento, en lugar de atender a los usos que se estaba dando a la capacidad de producción del país y a la distribución del ingreso. Galbraith denunció un estado de cosas al que calificó de "escualidez pública" —ciudades feas, medio ambiente contaminado, descuido del arte y la cultura— en medio de la prosperidad privada; este mismo tema lo había desarrollado previamente en su obra *The Affluent Society* (La Sociedad Opulenta).

Al iniciar su mandato, empero, el Presidente Kennedy consideró que el desempleo era el principal problema económico de la nación y para combatirlo utilizó los procedimientos keynesianos clásicos que le recomendaron sus economistas, habiendo obtenido eventualmente resultados sorprendentes. Desde Nueva Delhi, el profesor Galbraith siguió insistiendo en que el gobierno debía gastar más en programas sociales lo que, a su parecer, permitiría matar dos pájaros —el desempleo y la escualidez pública— con una sola piedra; sin embargo, los economistas keynesianos que asesoraban al Presidente Kennedy dieron gran énfasis a las reducciones de los impuestos y se mostraron partidarios de todos los progra-

mas públicos cuya aprobación pudiera obtener el Presidente de un Congreso reacio.

El joven Presidente se había comprometido a "poner de nuevo en marcha al país" y a restablecer el empleo total, como primera gran meta económica. Sus asesores económicos, apoyados por los políticos del régimen, consideraron que no sería posible lograr que el Congreso elevara el gasto público en medida suficiente para obtener el efecto estimulante necesario para reducir el desempleo a su nivel más bajo. El Presidente decidió entonces luchar por la aprobación de una reducción general de los impuestos, mientras el profesor Heller, presidente del Consejo de Asesores Económicos, lanzaba una eficaz campaña de información y convencimiento dentro y fuera del gobierno. El Presidente Kennedy fue asesinado antes de conseguir que el Congreso aprobara la reducción de impuestos; fue el Presidente Lyndon B. Johnson quien lo hizo aprobar por el Congreso rápidamente, a principios de 1964. Aparentemente la economía respondió a la reducción de 14.000 millones de dólares de impuestos tal como los keynesianos —a quienes ya se conocía como los "Nuevos Economistas"— habían previsto; la actividad económica se aceleró, disminuyó el desempleo y hasta el déficit del presupuesto federal se redujo al crecer el ingreso nacional y producir recaudaciones fiscales más abundantes. El prestigio de la doctrina keynesiana y de los Nuevos Economistas alcanzó su más alta cima.

La Inflación Johnsoniana

A finales de 1965 el desempleo se había reducido considerablemente hasta llegar al cuatro por ciento de la población económicamente activa, o sea el nivel que Walter Heller había mencionado inicialmente como la meta del "empleo completo" y que más adelante llamaría "meta parcial" al verse sometido a las críticas de los políticos. Pero aunque el desempleo era ya sólo del cuatro por ciento y seguía declinando, los precios empezaron a elevarse. Los asesores económicos del Presidente Johnson (el profesor Gardner Ackley de la Universidad de Michigan había sucedido a Walter Heller como presidente del Consejo de Asesores Económicos y los otros dos miembros eran el profesor Otto Eckstein de Harvard y el profesor Arthur Okun de Yale) querían ahora que la política económica se invirtiera gradualmente, es decir que dejara de estimular la actividad económica para ejercer en cambio, una acción moderadamente restrictiva. Siguiendo su doctrina keynesiana, a la que consideraban esencialmente simétrica, empezaron a abogar por una *elevación* de los impuestos en lugar de una reducción. Temían que la decisión del Presidente de intensificar la guerra de Vietnam sobrecargara a una economía en que el desempleo era ya casi nulo, al aumentar rápidamente los gastos bélicos.

Pero el Presidente no se mostró dispuesto a seguir el consejo de sus economistas. Prefirió favorecer una economía de "armas y mantequilla",

esperando poder costear la que aún era una guerra relativamente pequeña con los recursos adicionales resultantes de una economía en expansión. Al parecer, el Sr. Johnson tomó tal camino por dos motivos principales: para evitar un enconado debate sobre Vietnam en el Congreso y para evitar que el propio Congreso, poco inclinado a elevar los impuestos, rechazara su proyecto de la "Gran Sociedad" contra la pobreza y otros programas sociales que él consideraba la principal aportación de su gobierno al progreso del país.

Vana fue la esperanza del Presidente Johnson, de contar con recursos adicionales para costear la guerra de Vietnam y los programas de asistencia social simultáneamente, sin elevar los impuestos ni provocar la inflación. Cuando la inflación empezó a ganar velocidad, el Presidente y sus economistas se percataron de que era más difícil de lo que habían pensado hacer girar la política económica hacia la restricción. En agosto de 1967 el Sr. Johnson solicitó el aumento de impuestos que tan insistentemente le habían recomendado sus consejeros, pero no lo obtuvo hasta el verano de 1968. Por desgracia, para entonces el auge económico y la inflación —lo mismo que las precauciones del público— habían llegado a un grado tal, que el impuesto adicional del 10 por ciento a los ingresos personales y de las empresas no dio los resultados que se esperaban.

La guerra, la inflación y los altos impuestos sellaron la suerte de los Demócratas, aparte de causar grave daño al prestigio de los economistas keynesianos, cuyos bonos quedaron muy por debajo del punto que alcanzaran en virtud de la eficaz reducción de impuestos de 1964. Los hechos reales, que no las abstractas teorías, suelen mostrar la conveniencia de las doctrinas económicas. La Depresión de los años treinta acabó con la fe que se tenía en la fórmula de *laissez-faire* de la economía clásica; de igual manera, la inflación de los últimos años del gobierno johnsoniano causó grave descrédito a la doctrina keynesiana.

La Economía más Nueva

Así como el desempleo fue el problema número uno que afrontó John F. Kennedy cuando llegó a la Casa Blanca en 1961, el principal problema del país al asumir la primera magistratura Richard M. Nixon en enero de 1969 era la inflación. Durante su campaña electoral, el Sr. Nixon fue asesorado en materia de política económica por el profesor Milton Friedman, de la Universidad de Chicago, y por varios de sus simpatizantes y discípulos. El profesor Friedman llevaba ya varios años tratando de organizar un movimiento contrarrevolucionario para derrotar a la Revolución Keynesiana, a la cual criticaba por descuidar y degradar relativamente a la política *monetaria* y por aceptar una intervención excesiva del gobierno en la economía privada.

Los economistas que nombró el Presidente Nixon para integrar su Consejo de Asesores Económicos (el Profesor Paul McCracken de la Universidad de Michigan como presidente y el Dr. Herbert Stein de la

Institución Brookings y el profesor Hendrik Houthakker como miembros), estaban convencidos del acierto de la teoría del profesor Friedman, según la cual el crecimiento gradual de la existencia monetaria detendría el proceso inflacionario sin ocasionar una depresión económica ni un grave aumento del desempleo.

La "economía más nueva" de Friedman iba a someterse a la dura prueba de tratar de detener la inflación. Pocos días antes de la toma de posesión del Sr. Nixon, el Dr. McCracken hizo el agudo comentario de que "hay una especie de ley malévola que controla el ritmo de la vida política y pone a algunos de nosotros en un cargo en momentos en que no es fácil alcanzar la gloria". Pero el Presidente Nixon estaba decidido a poner un alto a la inflación sin convertirse en víctima de la "ley malévola". En la primera conferencia que concedió después de tomar posesión en 1969, declaró: "Quiero subrayar que estoy convencido de que se puede controlar la inflación sin causar un aumento importante del desempleo". Su política económica empezó a conocerse como "gradualismo", según parece a raíz de una declaración que hiciera el Dr. McCracken el 28 de enero de 1969, en la que dijo que la tarea de detener la inflación "tendrá que hacerse con calma. Tendrá que realizarse gradualmente". La escena estaba preparada para el cambio del keynesianismo al friedmanismo.

Por sus características fundamentales, la doctrina Friedman es una versión actualizada de las varias veces centenaria Teoría Cuantitativa del Dinero, cuyo enunciado dice que los cambios en la existencia monetaria originan a su vez cambios previsibles en el gasto total de los negocios y los consumidores y, por lo consiguiente, modifican el nivel general de los precios. La versión del profesor Friedman es, por supuesto, más compleja. Si se hace que la provisión de dinero aumente a mayor ritmo que la producción potencial de bienes y servicios reales, postuló Friedman, los precios se elevarán. Pero si el aumento de la existencia monetaria se mantiene a un ritmo menor que la producción potencial, se provoca el aumento del índice de desempleo y la reducción de los precios. Para evitar tanto la inflación como la deflación y promover en cambio un crecimiento económico relativamente constante, el profesor Friedman propuso una regla muy simple: hacer que el Sistema de la Reserva Federal mantuviera el aumento de la existencia monetaria a un ritmo semejante al del crecimiento potencial de la producción de bienes y servicios reales.

Dinero, Precios y Empleos

Era natural que la teoría del profesor Friedman resultara muy atractiva para un gobierno que no quería recurrir al aumento de los impuestos para detener la inflación. Además, no exigía que la administración interviniera en la fijación de los salarios y los precios por parte de los sec-

tores laboral y empresarial, como habían tenido que hacer los gobiernos de Kennedy y Johnson en un esfuerzo por establecer "indicadores" antiinflacionarios para la industria y los trabajadores. Según la teoría de Friedman, dicha intervención gubernamental, en la medida en que realmente era capaz de influir en determinados precios y tabuladores de salarios, no haría más que desviar los recursos y perjudicar injustamente a determinadas compañías o grupos de trabajadores; por otra parte, no modificaría en absoluto el nivel general de los precios, por corresponder esta función al sistema de aumento de la existencia monetaria en proporción al aumento del producto de toda la economía nacional.

Durante el primer año de gobierno del Presidente Nixon, se mantuvo una tasa de aumento de la existencia monetaria muy baja. Según los cálculos del Banco de la Reserva Federal de San Luis, la existencia monetaria —considerada como la suma de los depósitos a la vista y la moneda circulante— se incrementó a un ritmo del 2,6 por ciento entre febrero de 1969 y febrero de 1970. Empero, el índice de precios al consumidor subió a un ritmo aproximado del seis por ciento hasta la segunda mitad de 1970, en que disminuyó al 4,6 por ciento. A pesar de ello, en el primer trimestre de 1971 todavía no se podía apreciar con claridad si la tasa de inflación seguiría descendiendo.

Por otra parte, era incuestionable que el país había sufrido una marcada reducción del producto económico real y un fuerte aumento del índice de desempleo (del 3,5 por ciento a principios de 1969 al 6,2 por ciento a finales de 1970). No obstante, en los primeros dos meses de 1971 el desempleo bajó al 5,8 por ciento. Se empezaron a apreciar indicios de recuperación al darse a la política económica un carácter más estimulante; entre febrero de 1970 y el día último de febrero de 1971 la tasa de aumento de la existencia monetaria se elevó al 5,7 por ciento.

El Plan del Nuevo Juego

En noviembre de 1970, el Presidente Nixon comentó: "Ahora soy keynesiano". Tanto él como sus consejeros económicos subrayaron que estaban siguiendo el concepto de un "presupuesto de empleo completo", de acuerdo con el cual las recaudaciones igualarían a los gastos sólo si se registraba una actividad económica de empleo total, en tanto que se aceptarían déficits presupuestales considerables si había un alto índice de desempleo. Fue fácil ver que a los economistas del Sr. Nixon no les agradó que se calificara de "keynesiana" a su política fiscal. Herbert Stein, miembro del Consejo de Asesores Económicos que elaborara a principios de la postguerra un proyecto de presupuesto de empleo completo para un grupo empresarial denominado Comité para el Desarrollo Económico, insistió en que la doctrina tenía buenas raíces conservadoras y republicanas.

Al mismo tiempo, los economistas del Presidente se dedicaron a persuadir al Consejo de la Reserva Federal (ahora bajo la presidencia del su-

cesor del Sr. Martin, el profesor Arthur F. Burns, que había sido presidente del Consejo de Asesores Económicos del Presidente Eisenhower y consejero del Presidente Nixon) de que elevara la tasa de aumento de la existencia de dinero mucho más allá del índice del tres al cinco por ciento fijado por la fórmula de Friedman aplicada inicialmente... y también más allá de lo que el propio Dr. Burns juzgaba prudente. Los miembros del Consejo de Asesores sostenían que para alcanzar el empleo completo a finales de 1972, era indispensable elevar la tasa de aumento monetario a más del seis por ciento y acaso hasta el nueve por ciento. Asimismo, negaban que una tasa tan elevada de aumento monetario significara la inevitable reactivación del fenómeno inflacionario.

Para protegerse un poco más de la inflación, la administración del Presidente Nixon empezó a abandonar su postura de fuerte oposición a las restricciones de salarios y precios, para adoptar —no sin reticencia— una "política de ingresos". Uno de los consejeros económicos del Presidente explicó el cambio de esta manera: "Con el propósito de garantizar más aún que la tasa de inflación siga descendiendo a medida que la economía real asciende, la administración está utilizando cada vez más su influencia para restringir en forma directa la elevación de los precios y los salarios en determinadas industrias".

Empero, los pasos dados hasta hoy según la "política de ingresos" no han bastado para satisfacer al Presidente Burns del Consejo de la Reserva Federal, que es el crítico más importante del gobierno en materia económica debido a que controla en alto grado la existencia monetaria. En marzo de 1971, el Dr. Burns declaró ante el Comité Senatorial de la Banca y la Moneda: "Considero que nuestra política fiscal y monetaria no es suficiente para contener la inflación". A continuación, instó al Presidente Nixon a integrar el tipo de consejo revisor de salarios y precios que es, a su parecer, indispensable para el buen funcionamiento de una política de ingresos. Expresó el Dr. Burns que las conclusiones de tal consejo podrían servir no sólo para crear una base legislativa real para establecer directrices de control de salarios y precios, sino también para respaldar al Presidente en la lucha contra las acciones potencialmente inflacionarias que pudieran emprender los trabajadores o los industriales. Walter Heller, Gardner Ackley, Arthur Okun y los demás asesores de Kennedy y Johnson estuvieron plenamente de acuerdo, por supuesto.

Aunque todavía existen importantes diferencias de matiz entre los economistas del gobierno y sus críticos, es patente que los asesores del Sr. Nixon han sido obligados por los acontecimientos políticos y por los sucesos de la vida real —particularmente el aumento del desempleo más allá de lo calculado y el descenso del índice inflacionario con mayor lentitud de lo esperado— a divorciarse de sus iniciales políticas económicas friedmanianas (o por lo menos friedmanescas).

¿Cuánto Crecimiento?

El monetarismo del Profesor Friedman ha perdido terreno en el ámbito de la opinión económica profesional. En una conferencia reciente, el profesor Paul Samuelson expresó que el profesor Friedman había saltado a la palestra como "un aspirante supuestamente calificado al sitio de Keynes", pero que sus "ideas de que sólo las tasas de cambio de la existencia monetaria pueden tener efectos previsibles sobre el agregado del Producto Nacional Bruto monetario (es decir, en dólares circulantes), no han convencido a la mayoría de los economistas". Añadió el profesor Samuelson que el año pasado un periodista le preguntó: "¿Está muerto Keynes?" y él replicó "Sí. Lo mismo que Newton y Einstein".

Indudablemente, los conceptos del profesor Samuelson se pueden considerar tendenciosos, sea por su antigua filiación keynesiana, sea por sus lazos con el Partido Demócrata. No obstante, es indiscutible que hoy día reina la confusión en las filas monetaristas, aparte del patente disgusto que siente el profesor Friedman por la decisión que tomaron los economistas "friedmanescos" del gobierno de acelerar el ritmo de aumento de la existencia monetaria muy por encima de la tasa de crecimiento potencial de la economía, con el propósito de reducir el desempleo con mayor rapidez. En respuesta a mi pregunta sobre el particular, el profesor Friedman me contestó por escrito lo siguiente: "Puesto que ya se cometió el error de permitir que la inflación cobre fuerza, no veo forma alguna de evitar un período de crecimiento económico lento si se ha de controlar la inflación. De hecho, no veo cómo se puede evitar la adopción de una política de crecimiento lento aunque no se controle la inflación. La alternativa es acelerar la inflación hasta llevarla a niveles sin precedentes; tarde o temprano cederá y entonces se verán ustedes ante un nuevo período de escaso crecimiento".

Pero el gobierno del Presidente Nixon quiere un crecimiento económico acelerado. Se está alcanzando un Producto Nacional Bruto de un billón 65 mil millones de dólares en 1971, cifra que representa un aumento del nueve por ciento en relación con 1970, dividido *aproximadamente* en partes casi iguales entre el crecimiento real y la inflación. Entre el último trimestre de 1970 y el último de 1971, el aumento llegará al 12 por ciento, tasa que para algunos economistas es simplemente improbable y para otros insensata (porque aceptaría o causaría demasiada inflación). Por supuesto, lo anterior no significa necesariamente que el actual gobierno esté equivocado; los acontecimientos futuros darán la razón a quien la tenga.

Cuestiones Microeconómicas

Mientras la cuestión "macroeconómica" de lograr el empleo completo y la estabilidad de precios para la economía global sigue ocupando el centro del escenario, una cantidad cada vez mayor de economistas se in-

clina a creer que las cuestiones más importantes para el futuro económico del país son las "microeconómicas", es decir, las relativas a sectores determinados de nuestra heterogénea economía.

Los problemas de sectores específicos son en cierta forma "galbraithianos". Ciertamente, el profesor Galbraith, que tras muchos años de reprender a sus colegas por descuidar el estudio de los problemas sociales, morales y estéticos de la rica sociedad de los Estados Unidos acaba de convertirse en presidente electo de la Asociación Económica Norteamericana, sigue condenando al mero crecimiento económico y abogando por la felicidad social. Hace poco tiempo habló así a un joven periodista inglés: "Aun ustedes tienden a relacionar la felicidad con el monto de los egresos. Es un vicio, algo que recogieron de los textos de economía. Dentro de un sistema racional de vida, algunas personas se sentirían satisfechas si pudieran trabajar moderadamente y después sentarse a la puerta de su casa; si les fuera dable hablar, pensar, dibujar, pintar, pergeñar unas letras o hacer el amor, todo ello con tranquilidad y medida. Ninguna de esas actividades exige una economía en expansión".

Hoy día ya son muchos los economistas norteamericanos que piensan, como lo ha hecho siempre el profesor Galbraith, que los problemas económicos más apremiantes e insolutos que aquejan a los Estados Unidos son la impostergable necesidad de dar una vida digna a los pobres —incluyendo a los negros y a los miembros de otros grupos minoritarios que suman muchos millones—, y el urgente ataque a los desagradables efectos del crecimiento de la industria, del ingreso y de la población, como son, entre otros muchos, las carreteras y los aeropuertos congestionados, el aire viciado, el agua contaminada, las playas atestadas, los barrios congestionados, el incontenible crecimiento de las ciudades y los problemas de salud física y mental.

El Uso de Incentivos

Por supuesto, el economista no puede resolver solo los problemas arriba citados, pero sí puede hacer una valiosa aportación. Tal como dijera recientemente el Dr. Charles L. Schultze de la Institución Brookings, que fuera director del presupuesto en el gobierno de Johnson, el hecho de que las modernas economías generalmente produzcan riqueza material a costa de hacer insalubre el medio ambiente, no es resultado de alguna "gigantesca conspiración de los magnates capitalistas", sino de la circunstancia de que los señalamientos y los incentivos propios del sistema económico pasan por alto los males de la contaminación. El Dr. Schultze sugiere que tal vez lo que se necesita es un "análogo del mercado", un sistema deliberado de recompensas y castigos para manejar la clase de adopción de decisiones que se requiere para resolver los grandes problemas sociales que afectan a los países que cuentan con una economía heterogénea como la de los Estados Unidos (así como a los que tienen una economía centralizada).

Empero, no existe el menor asomo de aprobación unánime de los economistas norteamericanos para el sistema de incentivos que sugiere el Dr. Schultze como el medio más adecuado de atacar los problemas sociales (ya sea en casos generales o particulares). Algunos economistas, cuyos valores aún pertenecen a la tradición conservadora del *laissez-faire,* verían reducido a su mínima expresión el entrometimiento en el sistema de fijación de precios de la libre empresa, si se establecieran nuevas recompensas y penas de carácter social. Por su parte, otros economistas —los de izquierda— sostienen que no es posible resolver los grandes problemas de una sociedad industrial avanzada tratando cada caso individualmente, tal como sugiere el Dr. Schultz pues lo que se requiere es un cambio radical del sistema político-económico.

En resumen, es muy poco probable que el paso de los problemas macroeconómicos a los microeconómicos (o sea de las cuestiones nacionales a las de los sectores) haga disminuir las controversias entre los economistas sobre los fines y los medios y los intereses políticos antagónicos seguirán ocultos inmediatamente debajo de la superficie de las disputas sobre los conceptos y los métodos analíticos de índole económica. Pero esto no significa que, con el tiempo, no pueda lograrse una mejor comprensión de los problemas particulares (microeconómicos) y aun —si la comprensión llega un poco más lejos— algo que se asemeje a un consenso entre los economistas profesionales, así como entre los políticos y el electorado.

A pesar de las diferencias políticas entre los economistas, ya existe esa especie de consenso en el terreno de la política macroeconómica. El intento realizado por el gobierno del Sr. Nixon de apartarse radicalmente de las políticas económicas de sus dos predecesores —y su posterior readopción de políticas monetarias, fiscales, de ingresos y de asistencia social no demasiado diferentes a las de Kennedy y Johnson—, indica que es muy poco probable que ocurran marcadas discontinuidades en el proceso evolutivo de la política económica de los Estados Unidos.

LA NUEVA REVOLUCION LABORAL

Por Victor R. Fuchs

Mirando al futuro, varios sociólogos han escrito en *Facetas* acerca de la "sociedad post-industrial" (Daniel Bell) o "la edad tecnetrónica" (Zbigniew Brzezinski) o el "impacto del futuro" (Alvin Toffler). En el siguiente artículo, un economista prevé un giro duradero y mundial, de producir bienes a prestar servicios. Examina las consecuencias de esta nueva revolución laboral, que ya se ha iniciado en los Estados Unidos.

Victor R. Fuchs es profesor de economía en la Universidad de la ciudad de Nueva York y director asociado de investigaciones en la no-gubernamental Oficina Nacional de Investigaciones Económicas. Es autor de *Production and Productivity in the Service Industries* (Producción y Productividad en las Industrias del Servicio) y *The Service Economy* (La Economía del Servicio), los cuales al mismo tiempo documentan y desarrollan el tema de este artículo.

Dos grandes revoluciones pueden reconocerse por la manera en que el hombre ha procedido para satisfacer sus necesidades materiales. En la primera, se convirtió en granjero, dejando a un lado la caza y la recolección. En la segunda, que aún está lejos de completarse, dejó de cultivar tan sólo alimentos y fibras para producir otra clase de artículos. Sus fábricas y minas ocasionaron la "revolución industrial". Cuando menos de la mitad de la fuerza laboral de una nación se emplea en la agricultura —punto decisivo, que los Estados Unidos alcanzaron hace casi un siglo— puede decirse que ha visto la llegada de esta segunda revolución.

Una tercera revolución —o cambio económico con un potencial aparentemente revolucionario— pasó a ser hecho consumado hace más de una década. En ese punto, los Estados Unidos cruzaron la línea que marca la creación de la primera "economía de servicio" mundial: es decir, una economía en que más de la mitad de la poblacióu laboral no está empleada en las granjas, fábricas o minas produciendo bienes de consumo, sino en la escuela o la clínica, en el banco o la tienda, prestando servicios gubernamentales y al consumidor.

En 1947, en los Estados Unidos trabajaban aproximadamente 58 millones de personas. En 1970, la cifra es de cerca de 79 millones. Virtualmente todo el aumento fue experimentado por las industrias de servicio: ventas al mayoreo o al menudeo, bancos y seguros, educación, salubridad, etc. El número empleado en la producción de bienes ha sido relativamente estable, con pequeños aumentos en la manufactura y la construcción, compensado por bajas en la agricultura y la minería.

El asombroso aumento de los servicios se revela en algunos notables contrastes en las cifras de empleo. Por ejemplo:

• El *aumento* del empleo en el campo de la educación entre 1959 y 1969 fue mayor que el número total de empleados en las industrias que producen metales básicos (acero, cobre y aluminio), en cada uno de esos años.

• El *aumento* del empleo en los servicios de salubridad entre 1959 y 1969 fue mayor que el número total de empleados en la manufactura de automóviles en cada uno de esos años.

• El *aumento* del empleo en las compañías financieras entre 1959 y 1969 fue mayor que el empleo total en la minería en 1969.

El giro hacia los servicios ha sido particularmente rápido en el período de la última postguerra, pero corrientes similares han podido verse al menos durante el pasado siglo en los Estados Unidos. El empleo en la agricultura declinó durante todo ese período. El sector de los servicios aumentó continuamente, en tanto que la industria experimentó dos corrientes claramente distintas antes y después de 1920. Antes de esa fecha, el empleo en el sector industrial iba creciendo rápidamente en relación con el resto de la economía, y estaba creciendo aún más rápidamente que el empleo en el sector de los servicios. No obstante, después de 1920, las pérdidas en la agricultura quedaron compensadas por aumentos en los solos servicios, y en las décadas recientes ha habido cierta tendencia, en el sector de los servicios, a crecer, a expensas de la industria y de la agricultura

Bienes vs. Servicios

Buscando una explicación a la expansión del sector de servicios, algunos economistas consideran la relación entre las normas de erogación y los niveles de ingresos. Al subir los ingresos, afirman, la demanda de bienes tiende a ascender más rápidamente que la demanda de servicios; por lo tanto, aumenta la proporción de los servicios en la producción total. Respecto a algunos artículos, especialmente los alimenticios, los hechos evidentemente corresponden a la teoría. Como hiciera observar el economista del siglo XVIII Adam Smith en su *Riqueza de las Naciones:* "el deseo de alimento está limitado en todo hombre por la escasa capacidad del estómago humano". No está igualmente claro si esto puede decirse de los artículos en general. Aunque la demanda de cualquier producto en particular, tal como automóviles o radios, puede llegar a un

punto en que mayores ingresos no causarán muchas ventas adicionales, nuevas especies de bienes, tales como lanchas o televisores en colores pueden encargarse de la diferencia.

La otra principal explicación del cambio al empleo en los servicios es que la producción por hombre crece más rápidamente en la producción de bienes que en los servicios. Por lo tanto, aun cuando la proporción relativa de producción sigue siendo la misma entre los dos sectores, se necesitarán menos trabajadores en el sector de los artículos, y más trabajadores estarán a disposición de los patronos en los servicios. Las pruebas existentes parecen indicar que la producción por hombre, en realidad, ha aumentado mucho más rápidamente en las industrias de bienes que en las de servicios. Sin embargo, no podemos estar seguros de esto, ni siquiera seguros de lo que ha ocurrido a las proporciones relativas en la auténtica producción de bienes y servicios, porque en muchos servicios la producción y los cambios de producción son difíciles de medir con precisión. La producción de los cultivadores de trigo puede medirse por fanegas de trigo. Pero, ¿cómo puede calcularse con exactitud comparable la producción de los médicos, los profesores o los trabajadores sociales?

La "revolución" de los servicios es todavía un fenómeno tan nuevo que el problema que crea para poder precisarlo económicamente aun tiene que ser completamente apreciado, no digamos ya resuelto. Pero sí pueden discernirse algunas considerables repercusiones del desarrollo de una economía de servicio. En los Estados Unidos, esto abarca especialmente la organización de las empresas, las características de la fuerza laboral, la naturaleza del trabajo, el ciclo de los negocios, y ciertos aspectos del desarrollo económico.

La Organización de los Negocios

Las dimensiones de la "firma" y la naturaleza de la propiedad y el control son característicamente distintos en los sectores productores de artículos y de servicios. En la producción de artículos, con algunas notables excepciones como la agricultura y la construcción, la mayoría de la producción depende, en los Estados Unidos, de grandes empresas lucrativas. La propiedad a menudo está separada de la administración, y un considerable poder en el mercado a menudo está en manos de unas cuantas firmas en cada industria. En cambio, en el sector de los servicios, las firmas característicamente son pequeñas, generalmente administradas por los propietarios, y a menudo no son corporativas. Más aún, ciertas instituciones no lucrativas, como las escuelas, hospitales y dependencias del gobierno, suman una tercera parte del empleo en el sector de los servicios.

Muchos escritores en los Estados Unidos y en el exterior han presupuesto que existe una inevitable tendencia a establecer firmas cada vez mayores, suposición aparentemente basada en el desarrollo de la manufactura. Pero el giro hacia los servicios puede significar una reversión

de esta corriente. De hecho, las grandes empresas no son ni nunca han sido la forma predominante de la organización industrial en América. La mayoría de la gente no trabaja ni ha trabajado nunca para las grandes empresas. La mayor parte de la producción económica no depende ni ha dependido nunca de las grandes empresas. En el futuro, los hospitales, universidades, institutos de investigación, dependencias del gobierno y organizaciones profesionales, que son la característica de una economía de servicio, probablemente superarán a las grandes empresas.

La creciente importancia de las organizaciones no lucrativas probablemente tenga algunas nuevas consecuencias sobre una economía organizada básicamente alrededor del sistema de pérdidas y ganancias de la libre empresa. Habrá que inventar nuevas técnicas para dar adecuado control social e incentivos a la eficiencia y a la igualdad en tales organizaciones. Una organización lucrativa que tiene una actuación mediocre en algún aspecto importante se enfrenta a una extinción casi segura, pero no son tales disciplinas de competencia las que rigen el desempeño de un hospital, por ejemplo, o de una oficina del gobierno.

La Fuerza Laboral

Algunas de las más sorprendentes comparaciones que pueden hacerse entre los sectores de bienes y servicios conciernen a las características de sus respectivas fuerzas laborales. Una diferencia sencilla pero profunda es que muchas ocupaciones del sector de los servicios no hacen especiales demandas de fuerza física. Esto significa que las mujeres han logrado competir en términos más cercanos a la igualdad con los hombres, quizás por primera vez en la historia. En los servicios encontramos a las mujeres ocupando casi la mitad de los empleos, en comparación con sólo una quinta parte en el sector de los bienes.

El impacto de este sencillo cambio se ha sentido desde hace tiempo, y sus efectos últimos podrían ser trascendentales. La superior posición económica del hombre se ha basado, en parte, en su mayor fuerza física, que le da una ventaja sobre las mujeres en muchas ocupaciones. Desde luego, los mayores ingresos de los hombres también son resultado de su mayor y más continuo apego a la fuerza laboral. Pero hasta el punto en que los ingresos están basados en el vigor físico, el advenimiento de una economía de servicio debe producir una mayor igualdad entre los sexos.

Como el vigor ha perdido importancia, encontramos una mayor proporción de empleados de edad avanzada en los servicios. Una atracción adicional del sector de los servicios para las mujeres y los trabajadores de edad avanzada es la mayor oportunidad de un empleo de tiempo parcial. La venta al menudeo y los servicios personales, en particular, han empleado muchos trabajadores de tiempo parcial, y el número ha crecido considerablemente en el período de la post-guerra. El empleo de trabajadores de medio tiempo contribuye de manera considerable a la eficiente operación de las empresas de servicio, porque la demanda, en

muchos casos, es desigual, con intensificaciones en ciertas horas del día, días de la semana, épocas del año. Afortunadamente, hay un número creciente de mujeres casadas, hombres de edad y estudiantes que desean un empleo de medio tiempo; por lo tanto, las empresas de servicio pueden enfrentarse a estas demandas en ciertas horas o temporadas, sin tener muchos trabajadores ociosos el resto del tiempo.

Otra importante consecuencia del aumento de los servicios es la mayor oportunidad que ofrecen al auto-empleo. La existencia de considerables oportunidades para el auto-empleo ha desempeñado un papel muy importante en la movilidad social y económica dentro de la sociedad norteamericana. Las mínimas necesidades de capital en muchas empresas de servicio favorecen especialmente estas oportunidades, y el crecimiento de una economía de servicio deberá conservar la importancia del que se emplea a sí mismo, en el futuro previsible.

Dada la importancia del empleo femenino, el empleo de tiempo parcial y el auto-empleo en el sector de los servicios, no es sorprendente encontrar una gran diferencia en la importancia de los sindicatos laborales entre los dos sectores. En los Estados Unidos, los sindicatos habitualmente han tenido dificultad para organizar a los trabajadores de servicios, y el continuo crecimiento de los servicios puede representar una disminución de la influencia de los sindicatos. En cambio, si los sindicatos logran organizar al sector de los servicios tan bien como lo han hecho en el sector de los bienes, podremos ver un cambio significativo en la naturaleza misma del movimiento sindical.

Por último, existen interesantes diferencias en el nivel de educación entre los trabajadores de la manufactura y los del servicio. Las industrias del servicio, por regla general, emplean más trabajadores con una educación superior, y menos trabajadores con sólo una limitada preparación.

La Naturaleza del Trabajo

Durante muchas décadas, incontables psicólogos y sociólogos han sostenido que la industrialización ha aislado al obrero de su trabajo, que el individuo ha perdido contacto con el fruto final de su labor, y que el cambio de una sociedad artesanal a una de producción en masa ha dado como resultado la despersonalización y la pérdida de las antiguas técnicas y virtudes.

Sea cual fuere la validez que tal afirmación pueda haber tenido en el pasado, es lícito preguntarse si hoy está de acuerdo con la realidad, pues el advenimiento de una economía de servicio implica una reversión de estas corrientes. En muchas industrias del servicio, los empleados están íntimamente relacionados con su trabajo, y a menudo prestan servicios absolutamente personales, que les ofrece una vasta gama para el desarrollo y ejercicio de sus habilidades. Esto también puede decirse de algunas ocupaciones de la producción de bienes, pero hay pocas dudas de que el contacto personal entre el consumidor y el trabajador ocurre más fre-

cuentemente en los servicios. Desde luego, en muchas industrias de servicio hay una tendencia a hacer que el trabajo sea menos personal (por ejemplo, máquinas de enseñanza en la educación, auto-servicios en las ventas, y pruebas de laboratorio en el diagnóstico médico); pero, como cada vez más personas participan en las ocupaciones de servicio, el efecto neto sobre la fuerza laboral en conjunto bien puede ir en la dirección de hacer más personal el trabajo.

Debe subrayarse que la posibilidad de obtener una satisfacción por un trabajo bien hecho, y de enorgullecerse de la propia labor, son tan sólo perspectivas... no certidumbre. Los profesores pueden olvidarse de sus alumnos y los médicos pueden pensar más en sus ingresos que en sus pacientes. El vendedor que debe ir por el mundo con una sonrisa artificial pensando poco en sus clientes y menos en sus artículos, no desaparecerán; pero, en los mejores casos, muchas ocupaciones de servicio constituyen una experiencia personal sumamente grata y estimulante.

Una idea común y estereotipada entre los economistas y otras personas es que la automatización da por resultado la despersonalización del trabajo. Una razón por la que muchos han llegado a esta errónea conclusión es que no han estado mirano hacia el lugar indicado. Han estado pensando en el impacto de la automatización donde ocurre, y notando que la maquinaria y el control automático se hacen cargo de labores que antes desempeñaba la mano de obra humana. Pero el verdadero impacto de la automatización consiste en tomar a las personas que estaban haciendo un trabajo rutinario y relativamente impersonal, y suprimirlas de la escena por completo. Si miramos a la clase de trabajo que hoy están haciendo —el tipo de trabajo que está creciendo más rápidamente— como resultado parcial de la automatización en otras partes, veremos que, característicamente, es un trabajo de un carácter mucho más personal que el de antes, que requiere considerable juicio y saber tomar decisiones.

El Ciclo de los Negocios

A través de toda su historia, la economía norteamericana ha registrado considerables períodos de expansión, que alternan con períodos de más lento desarrollo o verdadera declinación. Esas fluctuaciones, conocidas como el ciclo de los negocios, han sido tema de considerables estudios y preocupaciones, particularmente a causa de que el mayor desempleo habitualmente se asociaba con la fase de contracción en el ciclo.

Por lo tanto, es importante observar que el desempleo generalmente es bajo en las industrias de servicio y no muestra grandes fluctuaciones. Una razón de ello es que la demanda de servicios es más estable que la de bienes, a través de todo el ciclo de los negocios. Como los servicios no pueden almacenarse, este sector se ve libre de las fluctuaciones en la producción que resultan de los cambios en el ritmo según el cual las firmas y los consumidores aumentan o hacen disminuir sus existencias.

Más aún, hasta para iguales cambios cíclicos en la producción, hay

pruebas de que el empleo en los servicios es más estable. Por ejemplo, en la venta al menudeo, las fluctuaciones cíclicas de la producción son mucho mayores que las de horas-hombre, en tanto que en la manufactura ambas tienden a avanzar paralelas. Ciertas razones de esta diferencia entre la producción y las horas-hombre en el comercio (y otros servicios) pueden encontrarse en la naturaleza misma de la fuerza laboral en los servicios. En primer lugar, aquí está el mayor número de quienes son sus propios patrones; su empleo es casi completamente insensible a las fluctuaciones cíclicas de la producción.

En segundo lugar, el papel de los empleados asalariados, en contraste con los obreros por hora, es mucho mayor en los servicios que en los bienes. Asimismo, como el nivel de la educación es superior, probablemente sean mayores los costos de contratación. Todo esto significa que los despidos o ceses durante las contracciones temporales serán menos frecuentes.

Finalmente, debe notarse que hay un considerable número de empleados de las industrias de servicio clasificados como "trabajadores de jornal y salario" que en realidad son compensados sobre una base de "trabajo por pieza". Sus sueldos, en todo o en parte, están determinados por su producción, en forma de comisiones, propinas o participación de utilidades. Los patrones tienen pocas razones para despedir a estos empleados cuando los negocios cierran. En este grupo hay que incluir a los corredores de bienes raíces, de pólizas de seguros, camareros y camareras, barberos y embellecedores y a la mayoría de los vendedores de artículos duraderos. Como sus ingresos dependen más de las fluctuaciones cíclicas de las ventas que de sus horas de trabajo, podemos decir que estos trabajadores tienen ingresos "flexibles".

Medida de la Productividad

La dificultad, ya mencionada, de medir los cambios de producción y productividad en las industrias de servicio brota en parte de que los servicios no han recibido, en el pasado, mucha atención de los economistas o expertos en estadística . Aun en la actualidad, los recursos estadísticos del gobierno se concentran en la agricultura, la minería y las manufacturas hasta un grado muy superior a la importancia de estas industrias en la economía.

Sería útil una re-colocación de estos recursos de la investigación, pero existen también problemas conceptuales. Considérese, por ejemplo, el hecho de que en los servicios el consumidor frecuentemente desempeña un papel importante en el proceso de producción. A veces, como en el sillón del barbero, el papel es esencialmente pasivo. En tales casos, el único ajuste conceptual necesario es reconocer que el tiempo del consumidor también es un recurso escaso. Pero en el supermercado y en la lavandería automática, el consumidor realmente trabaja: escoge los artículos de los estantes, o pone las ropas en la máquina. En el consultorio,

la precisión de la historia clínica del paciente puede influir considerablemente sobre la "productividad" del médico.

En los bancos, la productividad es afectada por el hecho de si es el cliente o el empleado el que llena la hoja de depósito, y por si lo hace correctamente o no. Esto, a su vez, probablemente será función de la educación del cliente, entre otros factores. La productividad en la educación, como lo sabe todo profesor, es determinada en gran parte por lo que pone de sí el estudiante y, llegando a casos extremos, la actuación de un cuarteto de cuerdas puede ser afectada por la respuesta del público. Así, vemos que la productividad en muchas industrias de servicios depende, en parte, de los conocimientos, la experiencia y la motivación del consumidor.

De una manera similar, la productividad puede ser afectada, y a menudo lo es, por el nivel de honradez del consumidor. Si puede confiarse en que los clientes no roben mercancías, declaren verídicamente los precios y costos en las cajas, hagan honor a los compromisos verbales de compra y otros contratos, etc., puede haber un enorme ahorro en personal de parte de los productores de servicios. Probablemente estos ahorros resultarán importantes cuando se hagan comparaciones con la productividad en otros países o con el mismo país en diferentes épocas. Podría ser que cualidades como la honradez sean, en sí mismas, funciones del nivel general de productividad e ingreso. Un análisis completo de la productividad, por todo ello, requiere que se tomen en cuenta estas interrelaciones, pero los instrumentos y datos necesarios para tal análisis no existen en la actualidad.

Preguntas Acerca del "PNB"

Durante mucho tiempo, los economistas han sabido que el valor de un Producto Nacional Bruto (PNB) como medida de la producción y el bienestar económico, varía, según el nivel del desarrollo económico. Se ha presupuesto que cuanto más desarrollada esté la economía, más útiles serán sus medidas. Pero esa corriente puede ir hoy en sentido contrario, porque a un nivel muy elevado de PNB *per capita,* una gran parte del esfuerzo de producción se dedica a los servicios (donde la verdadera producción es muy difícil de medir), y a otras actividades que no pueden calcularse.

Un aumento en la producción interior a expensas del trabajo en el mercado, reduce la producción medida, porque aquella generalmente no se incluye en el Producto Nacional Bruto. Si los insumos y productos de la producción interna se incluyeran, probablemente el desarrollo de este tipo de actividad tendería a reducir la productividad medida a causa de la ausencia de la especialización y de la economía de la escala. En cambio, el verdadero bienestar económico puede aumentarse por tal giro si, como parece probable, la labor en el mercado es menos agradable que la labor en la producción doméstica. Todos estos factores complican

enormemente las comparaciones internacionales del nivel de vida o tasa de desarrollo económico, especialmente cuando los países que se están comparando se encuentran en diferentes etapas de desarrollo económico.

Una Tendencia Mundial

Aunque la "revolución" de los servicios ha llegado más lejos en los Estados Unidos, puede observarse una tendencia similar hacia el empleo de servicio en la mayoría de las economías de desarrollo, como una aparente consecuencia del progreso económico. Se ha hecho una útil comparación de la distribución en 1960 de los trabajadores en los sectores agrícola, industrial y de servicios de los países miembros (principalmente los de la Europa Occidental) de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE). Revela unos lineamientos similares al curso que han seguido los Estados Unidos. La proporción del empleo en la agricultura —que va desde el 79 por ciento en Turquía hasta el 4 por ciento en Inglaterra— declina conforme sube el nivel de ingresos. La proporción de la industria —desde 24 por ciento en Grecia hasta 60 por ciento en la Alemania Occidental— aumenta hasta que el ingreso *per capita* llega a cerca de 1.300 dólares anuales y luego tiende a establecerse o a declinar, como en Suecia, donde ha descendido hasta el 53 por ciento. No obstante, la proporción de los trabajadores de los servicios tiende a aumentar continuamente con el ingreso: del 21 por ciento en España (ingreso *per capita* de menos de 500 dólares) al 32 por ciento en Noruega (ingreso *per capita* entre 500 y 1.000 dólares) hasta el 54 por ciento en los Estados Unidos (ingreso *per capita* de más de 1.300 dólares).

El cambio de la producción agrícola a la industrial ha tenido grandes repercusiones sobre todas las naciones desarrolladas. Inmediatamente siguieron grandes consecuencias políticas, sociales y culturales. La repercusión del cambio a los servicios probablemente variará de acuerdo con el marco institucional en particular, y apenas estamos empezando a poder analizarlo e interpretarlo. Pero la experiencia de los Estados Unidos también sugiere que este cambio tendrá profundos efectos a largo plazo, posiblemente revolucionarios.

PASADO Y FUTURO DEL HOMBRE DE NEGOCIOS NORTEAMERICANO

Por William Letwin

Algunos economistas sostienen que la administración, la tecnología y la planeación, que cada día cobran más importancia, están causando que el hombre de negocios resulte anticuado. En el siguiente artículo, resumido de la revista *Daedalus,* un historiador economista expone las razones por las cuales no está de acuerdo con este punto de vista. Al estudiar el desarrollo del comercio norteamericano, descubre que aun cuando el contexto de la empresa comercial ha cambiado, la función del hombre de negocios, en lo que se refiere a tomar decisiones, sigue siendo tan indispensable como siempre.

El profesor Letwin divide su tiempo como maestro entre la Escuela de Economía de Londres y el Instituto Tecnológico de Massachusetts. Entre los libros que ha publicado se encuentran *The Origins of Scientific Economics* (Los Orígenes de la Economía Científica) y *Law and Economic Policy in America* (El Derecho y la Política Económica de los Estados Unidos).

La alta consideración social de que han disfrutado los hombres de negocios en los Estados Unidos es poco común, única, tal vez, ya que en casi todas partes han sido despreciados y cuando se les ha aceptado, han sido relegados a un nivel inferior del orden social. En Europa sufrieron consecutivamente la desaprobación de los teólogos del medievo, de los aristócratas del siglo XVIII y de los socialistas modernos. En los Estados Unidos, en cambio, han sido censurados por unos cuantos, en ocasiones, pero esos episodios de crítica han terminado con la aprobación renovada de muchos.

Esto debería despertar mucho más la curiosidad de los historiadores. ¿Cómo llegaron los negociantes norteamericanos a la cumbre? ¿Cómo han logrado permanecer ahí? ¿Quiénes son "ellos"? Y por último, ¿cuál será su futuro?

Cuando los Estados Unidos surgieron como nación en 1789, los negociantes ya gozaban de una alta posición, muy bien arraigada. Aunque el deseo de lograr la libertad de religión desempeñó un papel muy importante en el establecimiento de las colonias en Norteamérica, originalmente fueron concebidas como empresas comerciales. También las

© 1968 por la Academia Norteamericana de Artes y Ciencias.

compañías mercantiles, organizadas por particulares con fines lucrativos, colonizaron el Nuevo Mundo. Las Compañías Virginia de Londres y de Plymouth, incorporadas en 1606, se contagiaron del vigoroso esfuerzo de los negociantes para abrirse paso hacia un nuevo campo de comercio exterior. La colonización fue un resultado de su esfuerzo por encontrar artículos de importación que les produjeran utilidades ya que el oro y la plata los habían evadido; fue algo que se les ocurrió después, con la mira de establecer en tierras extranjeras una fuerza laboral que explotara o cultivara los productos más interesantes desde el punto de vista comercial, tales como pescado, pieles, y finalmente, tabaco.

Una vez establecida la colonia, su dominio pasó poco a poco de los inversionistas de Europa a los colonizadores de Norteamérica. La compañía mercantil se transformó en una comunidad política, y las empresas asociadas se desintegraron, dando lugar a la formación de empresas privadas de colonos. Por ejemplo, el Boston de la época colonial, pasó de ser un templo en las tierras vírgenes a un ruidoso mercado del Imperio, en que los hombres de las mejores familias administraban los barcos y las ventas.

Comerciante y Agricultor

¿Qué ocurre entonces con la leyenda de que los Estados Unidos empezaron como nación de pequeños agricultores gobernados, o mejor dicho, guiados por rectos abogados de las colonias? ¿Podemos renegar de monumentos nacionales tales como el miliciano y el explorador, Patrick Henry y Daniel Webster? No es preciso negar la omnipresente aparición del agricultor independiente, pero sí es preciso admitir que su ocupación cotidiana como agricultor no le impedía ser en parte hombre de negocios, cuando menos en espíritu.

De hecho, muchos agricultores norteamericanos compartieron los problemas y las actitudes de los negociantes en 1700 y en 1800. Pedían prestado para financiar sus operaciones; vendían sus productos en mercados remotos, arriesgados e impersonales; sus ganancias subían y bajaban de acuerdo con las épocas, buenas o malas. Algunos, como sus primos de la ciudad, especulaban en las tierras del Oeste; y muchos querían que el gobierno les ayudara y no interviniera, al mismo tiempo. La vida del agricultor era distinta de la del negociante de la ciudad, pero a todos los animaba el espíritu comercial, que no duda jamás del poder de comprar, vender y obtener ganancias. No eran simples campesinos, dedicados a las cosechas y a los métodos que dictan los hábitos rituales, ni estaban atados a la tierra por mero sentimentalismo. No; como comerciantes, estaban pendientes de las modas y los precios. Pese a las diferencias tan marcadas que existían entre ambos, el agricultor independiente norteamericano y el negociante de la ciudad se comprendían perfectamente bien.

A los ojos de la mayoría de los norteamericanos, los hombres que se habían formado solos inspiraban más simpatías y eran más dignos de ser emulados que sus descendientes más refinados, y por lo mismo más alejados, ya que anhelaban el reconocimiento por su cuna y no por sus realizaciones personales, que era lo que casi todos los norteamericanos comprendían y valoraban. En los Estados Unidos el refinamiento no es la clave para el ascenso. Siempre pierde cuando se enfrenta a la vitalidad y la energía, lo que no debe sorprendernos, ya que fue la vitalidad la que trajo los europeos de sus sólidas sociedades, para venir a la agitación norteamericana. Es innegable que antes de la Guerra Civil los hombres de negocios encarnaban las aspiraciones y reflejaban la vida y el trabajo de la mayor parte de los norteamericanos.

Críticas y Dudas

Sin embargo, no todo el mundo se alegraba por el ascenso del hombre de negocios norteamericano. En todos los períodos de la historia de los Estados Unidos encontramos críticas a los negociantes, nacidas de todos los grupos sociales, incluyéndolos a ellos. Lo difícil es saber qué significan realmente esas críticas. Para empezar, en una democracia activa, la crítica esporádica no implica una profunda animadversión, ni rompe el orden social. Los agricultores colonos eran criticados constantemente por rudos, haraganes, supersticiosos y envidiosos. Por su parte, a los caballeros de la campiña y a los dueños de plantaciones se les censuraba por su orgullo, ostentación y lujo exagerado. A los abogados se les tachaba de volubles, a los comerciantes de malos y codiciosos, a los políticos de corrompidos y a los maestros de hipócritas. Todos los órdenes de la sociedad norteamericana y todos los individuos que participaban en la vida pública estaban expuestos al denuesto, a la descortesía, que dictó el tono en la controversia pública en los Estados Unidos, y la cual puede apreciar correctamente el observador que comprenda el modo de ser de los norteamericanos como una expresión de irreverencia más que como un odio particular. Si a los negociantes les tocó en ocasiones su parte de censura, no sería correcto interpretarlo como una profunda "crítica social".

Otro tipo de crítica puede parecernos más profunda. Por ejemplo, la constante advertencia en las congregaciones puritanas de las colonias norteamericanas en el sentido de que, como ningún hombre puede servir simultáneamente a Dios y al becerro de oro, se puede elogiar la laboriosidad, pero amasar fortunas es algo pecaminoso. Los evangelistas protestantes siguieron diciendo lo mismo durante la primera mitad del siglo XIX. El historiador Perry Miller señala que: "Como era de esperarse —y aunque a los observadores extranjeros les pareciera asombroso que los pastores osaran predicar así a los fieles ricos— los ministros declaraban constantemente que la 'prisa por enriquecerse' era una terrible fuente de iniquidad". Empero, esta censura no atacaba la alta posición de los

hombres de negocios, aun cuando expresada en su cara. Más bien atacaba cierta actitud hacia la riqueza, en contraste con el trabajo, que acaso compartían todos los norteamericanos, fuese cual fuese su ocupación.

Otras objeciones más precisas en contra de los negocios pueden resultar engañosas. Examinemos esto:

> Tal parece que una nación sólo puede adquirir riqueza en tres formas. La primera, por medio de la guerra... Eso es robo. La segunda, por medio del comercio, que generalmente es una estafa. La tercera, por medio de la agricultura, que es la única forma honrada.

Dicho lisa y llanamente: los negocios son, generalmente, una estafa. Sin embargo, el pasaje fue tomado de un folleto escrito a una edad muy avanzada por Benjamin Franklin, el arquetipo del próspero hombre de negocios norteamericano: de harapiento a millonario, vida metódica, etc., etc. Resultaría melodramático aprovechar este pasaje para querer demostrar que cuando Franklin se retiró del comercio para dedicarse a la política, consideró que había desperdiciado su juventud. En su autobiografía, escrita poco después, revela el enorme orgullo que sentía por su carrera como hombre de empresa.

En lugar de eso, lo que ilustra este pasaje es la duda tradicional que eternamente ha acosado, y sigue haciéndolo, a los comerciantes y a todo el mundo. La duda es que algo debe andar mal en el comercio, porque el comerciante gana aunque no *haga* nada. Los agricultores hacen cosas, los carpinteros hacen cosas, pero los negociantes ganan simplemente comprando y vendiendo; el comerciante es un revendedor, y los revendedores son parásitos. Esta duda, esta superstición es muy natural en las sencillas sociedades agrícolas, y es difícil que desaparezca.

De la Tienda a la Fábrica

De todas maneras, la efectividad de la duda empezó a debilitarse como crítica social debido al cambio fundamental que se operó en el mundo de los negocios en los Estados Unidos durante el siglo XIX. Cuando los norteamericanos mencionaban la palabra "negociante" a principios del siglo, se imaginaban a un mercader en una tienda o en un despacho; cuando lo hacían a fines de siglo, lo más probable es que pensaran en un fabricante, es decir, en una persona que hacía cosas. Los hombres de negocios se dieron cuenta, con gran orgullo, de este cambio. Sus organizaciones más antiguas, que habían iniciado sus operaciones en el siglo XVIII, fueron llamadas cámaras de comercio; las organizaciones comerciales que surgieron a fines del siglo XIX fueron llamadas sociedades de fabricantes.

El hecho de que los fabricantes hayan sido asimilados por la categoría de los "hombres de negocios" es un enigma especial en la historia de las ideas. Las consecuencias de este acto arbitrario de clasificación son

muchas. Si por ejemplo, se hubiera agrupado a los fabricantes y a los comerciantes bajo el título de "hombres de empresa" —manera justa de resumir la similitud económica básica que existe entre estas actividades, por lo demás tan distintas— posiblemente a los norteamericanos se les habría ocurrido en seguida que los agricultores independientes también pertenecen a esa categoría, ya que, como los tenderos y los dueños de fábricas, arriesgan su capital en empresas y deciden qué deben comprar y vender. Pero eso es cuestión aparte. El resultado de esta nueva opinión, según la cual los negocios estaban relacionados con la manufactura, fue la tendencia a acallar la acusación de que el comercio es improductivo, y por lo tanto, parasitario.

Por otra parte, el desplazamiento del "comercio" por la "industria", dejó expuestos a los negociantes a un nuevo orden de crítica, mucho más grave. Industria significa fábricas y empleados. El resultado de la escala de esta transformación social se puede apreciar en las estadísticas. En 1800, sólo un hombre libre de cada cuatro era empleado; en 1900, la mayoría era de empleados. De un país de negociantes, los Estados Unidos se volvieron un país de empleados. Durante el siglo siguiente a la Guerra Civil se acusó a los comerciantes de oprimir a sus obreros por medio de guardias particulares que disparaban contra los huelguistas, y de poner a trabajar a las mujeres durante largas horas con sueldos de miseria, en talleres ubicados en edificios que no contaban con ninguna protección en caso de incendio; de sobornar a las autoridades municipales y ministros del Gabinete con el fin de llenarse los bolsillos con dinero del pueblo; de timar a los pequeños inversionistas aumentando el número de acciones sin aumentar el capital y por medio de ardides financieros; de arruinar a los comerciantes en pequeño que les hacían competencia y valerse del poder de sus monopolios para exigir tributo a los consumidores; de exhibir su riqueza con vulgaridad, de tener muy mal gusto y de una absoluta apatía moral.

A veces, estas acusaciones eran fundadas, pero con frecuencia exageraban mucho; sin embargo, no eran ni convencionales ni abstractas. Expresaban un marcado antagonismo contra determinadas personas. En resumen, eran graves ataques contra los lineamientos mismos de la sociedad norteamericana de esa época. A pesar de todo, la estructura de esa sociedad no cambió.

El Movimiento Anti-Monopolios

Sobrevivió, en parte porque los ataques principales no iban dirigidos en contra del "negocio" en general, sino de variedades bastante precisas de negociantes. Por ejemplo, el movimiento Granger de agricultores del Medio Oeste en la década de 1870, atacaba a los ferrocarriles y a los traficantes en cereales porque, según sostenían, aproximadamente el 60 por ciento del precio de mercado que se pagaba por el trigo en Nueva

York terminaba en los bolsillos de los revendedores dejando la parte más pequeña a los agricultores del Medio Oeste que lo habían cultivado, a base de un trabajo honrado.

Debido, en parte, a que los historiadores han llamado a la campaña Granger una "Revolución Agraria", este asunto se ha considerado como un ataque a los cimientos del "capitalismo". No fue nada de eso. Antes bien, fue la petición de una reforma precisa y limitada. Casi nadie propuso que se nacionalizaran los ferrocarriles, y los participantes del movimiento Granger hubieran sido los últimos en permitir que sus granjas pasaran a ser de la colectividad. Lo que querían, y lograron, era la reglamentación de los ferrocarriles, una reglamentación que estuviera de acuerdo con la estrecha doctrina según la cual los propietarios de ferrocarriles, como los posaderos y los barqueros, ejercen una profesión pública y se benefician con los privilegios de que gozan; no sostenían la opinión general de que la empresa privada es inaceptable.

De igual manera, el movimiento antimonopolista que se manifestó entre 1885 y 1914 se puede entender equivocadamente como un ataque a los comerciantes, iniciado por otros grupos económicos: agricultores, obreros y escritores. Los hechos son muy distintos. Parte del movimiento se derivó de una incierta y antigua idea contra el monopolio, cuyos voceros más enérgicos en ocasiones fueron los comerciantes. Otra parte se derivaba de quejas muy precisas contra la práctica de ciertos monopolios. Entre los querellantes más persuasivos se encontraban los comerciantes en pequeño. Los gigantes no eran "Comercio" sino "Comercio en Grande", y no era una gran hazaña intelectual atacarlos y al mismo tiempo sancionar al "Comercio" y tomar medidas para defender la posición del "Comercio en Pequeño". La posición del Presidente Theodore Roosevelt con respecto a la cuestión del monopolio a principios del siglo XX habla por sí sola. Siempre había hecho una distinción entre "el Comercio en Grande" y el "Comercio", luego la hizo entre los "Buenos Monopolios" y los "Malos Monopolios", y finalmente dirigió su retórica hacia un grupo todavía más estrecho, los "malhechores con grandes riquezas".

En resumen, los comerciantes pudieron retener su posición de primacía en la sociedad norteamericana, debido principalmente a que nunca hubo diferencias fundamentales entre sus puntos de vista y los de los demás. En alguna época se temió que esto aconteciera, durante la crisis de la década de 1930. Quizás el comercio nunca ha sido considerado con menos buena voluntad en los Estados Unidos que durante los años de la depresión. Esto se explica, en gran parte, debido a la opinión generalizada de que la economía no habría sucumbido si los negociantes que habían sido sus líderes, hubieran tenido sentido de responsabilidad. Pero durante la Segunda Guerra Mundial se reivindicaron. A partir de entonces, los hombres de negocios —aguijoneados por el gobierno y presionados por los sindicatos obreros y la opinión pública— se han discipli-

nado a sí mismos y unos a otros en el nuevo evangelio de la responsabilidad social, y lo han seguido tan manifiestamente que en la actualidad no se oyen muchas censuras en contra del negocio como institución, aunque en ocasiones sí se censuran ciertas transacciones en particular.

No obstante, a pesar de que logró sobrevivir triunfalmente al siglo pasado, se espera que el hombre de negocios norteamericano se extinga por completo. Se supone que las tres fuerzas que ocasionarán su muerte son: La Revolución Administrativa, la Revolución Tecnológica y la Revolución de la Planeación.

¿Una Revolución Administrativa?

Supuestamente, la Revolución Administrativa eliminará al hombre de negocios, ya que muchas empresas mercantiles son dirigidas por administradores asalariados y no por los propietarios. Según la hipótesis avanzada expuesta por Berle y Means en 1932 y reafirmada por Galbraith en 1968, el resultado es que las grandes compañías no funcionan ya con la mira de aumentar sus ganancias al máximo, porque las ganancias benefician a los propietarios más que a los administradores. En lugar de eso, los administradores se valen de su poder para favorecer sus propios fines, a expensas de una multitud de desprevenidos accionistas. Esto quiere decir que la psicología del comercio está sufriendo una transformación total. Los propietarios audaces y emprendedores están siendo desplazados —y pronto se extinguirán— por burócratas asociados que como no arriesgan nada suyo ni se favorecen al hacerlo, se inclinan hacia la indolente mediocridad. Según las predicciones de la teoría de la Revolución Administrativa, así se estancará la economía, en tanto que los "ejecutivos" se volverán zalameros y relamidos.

La Revolución Administrativa es una teoría que se ha sacado de un hecho histórico: conforme pasa el tiempo, la administración se va divorciando más de los propietarios. Empero, las consecuencias de este hecho no son tan terribles como dicen los teóricos. En primer lugar, el divorcio no es algo nuevo; la administración y la propiedad han sido funciones separables desde los comienzos del comercio. En segundo lugar, esta situación bien podría llamarse también matrimonio. Si aquél que tiene la suerte de tener un capital consigue la ayuda de una persona lo suficientemente hábil para administrarlo, tanto mejor.

Vigilando a los Administradores

Pero surge la pregunta: ¿Cómo pueden evitar los propietarios que los administradores se salgan de la raya? ¿Cómo pueden saber si se están portando como buenos administradores? El problema no es tan grave como se ha pensado. Generalmente los accionistas, por pequeños o tontos que sean, saben si sus acciones están dejando utilidades o subiendo de valor, y muestran cierta astucia comercial al deshacerse de acciones que

no obtienen réditos ni ganancias que valgan la pena. De esa manera bajan los precios de dichas acciones, atrayendo a los que tratan de trastornar los precios, a los renovadores y a los incipientes constructores de imperios. Por medio de este sencillo mecanismo, en ocasiones se quedan sin empleo aquellos administradores cuya ineptitud es bastante notable, y son reemplazados por otros que han estado más pendientes de las intenciones de los propietarios: obtener ganancias. De allí se colige que a los "ejecutivos" les va mejor cuanto más ganen los propietarios.

También resulta tranquilizador observar, de acuerdo con los últimos estudios del estímulo que se da a los funcionarios en los Estados Unidos, que los administradores del presente demuestran el mismo vigoroso apetito de ingresos y riqueza que animó a los negociantes del pasado y les hizo prosperar audazmente. Además, las ganancias de los "ejecutivos", en particular sus ganancias en forma de acciones opcionales, suelen hacer que el próspero ejecutivo tienda a convertirse también en propietario, dándole así un gran aliciente para armonizar sus intereses como administrador y propietario; en otras palabras, lo incita a comportarse como un emprendedor hombre de negocios.

El Papel del Experto

Se supone que la Revolución Tecnológica está eliminando al hombre de negocios, substituyéndolo por expertos técnicos. Una parte, en aumento constante, de los ingresos nacionales es producida por medio de maquinaria y procedimientos tan complejos que sólo son comprendidos a perfección por hombres de ciencia e ingenieros. De lo cual se desprende, según los que sostienen esta opinión, que sólo los hombres de ciencia y los ingenieros pueden manejar dichos procedimientos industriales. Por lo tanto, los negociantes quedarán excluídos, por su incapacidad para comprender el trabajo que pretenden administrar. Esta opinión —que cuenta entre sus principales defensores a Weber y Veblen, y en la actualidad a Crossman en Inglaterra y Galbraith en los Estados Unidos— se basa en la absoluta desavenencia entre lo que hacen los expertos y lo que hacen los negociantes.

Tomemos como ejemplo un problema técnico muy sencillo: la forma de empacar píldoras para su venta al menudeo. Se pueden empacar en ligeras cajas de cartón. Sería lo más económico, pero las píldoras se deteriorarían más pronto y quedarían expuestas a averías durante el transporte, además de presentar una apariencia muy poco atractiva. Las píldoras también se pueden embotellar en botellas de vidrio, que es el siguiente método económico, permitiendo que queden herméticamente selladas. Este tipo de empaque las expondría menos a daños durante el transporte, y presenta mejor aspecto. La tercera alternativa, y la más costosa, sería embotellarlas en botellas de plástico, que sería un punto in-

termedio en cuanto a lo hermético del cierre; son irrompibles, y tienen una presentación aceptable a los ojos del público.

Los papeles respectivos del técnico y del negociante para resolver este problema ejemplifican su relación con respecto a cualquier problema de negocios. El ingeniero conoce las diversas cualidades de los materiales. Sabe averiguar, consultando obras relacionadas o por medio de investigaciones recientes, la probabilidad relativa que existe de que el empaque en los diversos materiales se estropee según cómo se maneje. Pero, con todos sus conocimientos y experiencia, no puede saber si es mejor que vayan en un empaque económico, un empaque herméticamente cerrado, un empaque irrompible o un empaque muy bonito. Podrá resolver el problema *después* de que hayan sido precisadas las normas del buen éxito, después de que alguien le haya dicho: "Diseñe el recipiente más resistente que se pueda producir por cinco centavos (suponiendo una producción de 10.000 al día), y que conserve frescas las píldoras cuando menos durante 12 meses".

La función del "ejecutivo" de negocios es establecer los fines a los que debe tender el esfuerzo del ingeniero. Este es el trabajo del administrador, idealmente y de hecho. Se encarga de estas funciones no por su educación formal, ya que no hay estudios que le enseñen si debe preferir la economía del empaque o su duración. Desempeña ese trabajo precisamente porque alguien tiene que hacerlo, y el nombre típico que se da al hombre que toma esas arbitrarias decisiones dentro de una empresa privada es el de "ejecutivo" o "administrador".

La justificación última para cualquiera que acepte la responsabilidad de decidir arbitrariamente los objetivos detallados de un esfuerzo organizado es que lo haga bien o se atenga a las consecuencias principales si lo hace mal. Por lo tanto, los hombres de negocios —propietarios-administradores— son sumamente útiles a una sociedad. Si cometen equivocaciones, pierden su propio dinero; y si cometen demasiadas equivocaciones, pierden, junto con todo su capital, el poder de cometer equivocaciones.

Los expertos no pueden, como tales, tomar decisiones arbitrarias; de hecho, el único objeto que tiene el contar con expertos es que se supone que pueden tomar decisiones racionales, no arbitrarias; pero como toda comunidad debe ser capaz de decidir ciertas cuestiones que sólo se pueden decidir arbitrariamente, ninguna comunidad puede pasársela sin administradores. La Revolución Tecnológica no los suprimirá.

Los Límites de la Planeación

La Revolución de la Planeación fue ideada en primer lugar para substituir a los negociantes por expertos servidores públicos. En la variedad de los primeros tiempos, muy severa, cuyo prototipo era la planeación central rusa, todas las unidades productivas estaban sujetas al dominio de una jefatura central, cuyas decisiones eran ejecutadas en cada empresa

por funcionarios públicos. En la variedad de épocas posteriores, más suave, cuyo espécimen más conocido es la planeación de indicación francesa, los negociantes no quedan eliminados. Siguen administrando sus propias empresas, antes como agentes privados que tras la máscara de servidores públicos; pero sus más importantes decisiones como contratistas están guiadas, restringidas, coordinadas, y en ciertos aspectos esenciales, impuestas por el aparato de planeación: una compleja maquinaria centralizadora dentro de la cual desempeñan un papel los negociantes pero cuyas decisiones críticas las toman servidores particulares, la legislación y el gobierno.

La misma premisa puede aplicarse a ambas variedades, no obstante las distintas restricciones que implican: las decisiones económicas que toman las empresas comerciales independientes tienen un resultado menos eficiente y menos justo del que se obtendría si todas esas decisiones estuvieran subordinadas a un grupo de objetivos determinados central y políticamente. La premisa más profunda es que el bienestar público se puede lograr sólo por medio de la acción de las autoridades públicas. Hace apenas cinco años, cuando Inglaterra, Francia y la India se unieron a muchos otros países para instalar una planeación central no comunista, se tuvo la impresión de que los Estados Unidos se quedaban solos a la cola de la procesión.

En la actualidad, las pruebas nos muestran algo diferente. Muchos social-demócratas de la Europa Occidental han perdido su entusiasmo por la planeación; y muchos países del bloque comunista se han retirado un tanto de la planeación central, después de muchas consideraciones. Están tratando de dejar nuevamente un lugar para la administración independiente descentralizada.

Sin embargo, aunque parece que ya no nos dará alcance la planeación en el sentido completo de la palabra, queda todavía una sombra en las actuales discusiones norteamericanas acerca de las "Responsabilidades Sociales del Comercio". Se basa en la aseveración de que como los negocios afectan ahora al público más que nunca, los negociantes deben tomar en cuenta *todos* los efectos que pueden ocasionar sus actos, porque si no lo hacen voluntariamente, se verán obligados a hacerlo. Con esto se llega a la conclusión de que el negociante se está transformando, de grado o por fuerza, del arrojado corsario que fuera en otros tiempos, en una especie de servidor público.

Una Nueva Interdependencia

Las suposiciones de esta opinión son realistas. La vida económica de los Estados Unidos se ha venido desarrollando en dirección de una mayor interdependencia. En parte esto se debe simplemente al apiñamiento. En la actualidad, es más probable que el humo que sale de cualquier fábrica daña los pulmones y las cortinas del vecino, porque las fábricas, como todo lo demás, tienen ahora más vecinos, y más cercanos. Se debe,

también, a la vida económica, cada día más compleja, que aumenta el número de vínculos de cooperación que ligan toda unidad productiva a las demás.

Lo único erróneo es la conclusión. Se reconoce que el resultado de la creciente interdependencia, es que al tomar ciertas decisiones, en la actualidad el negociante debe tomar en cuenta más efectos secundarios. Pero aun si todos los hombres de negocios del país se convirtieran en servidores públicos o en peritos técnicos, los efectos secundarios estarían allí. Se les puede abordar en muchas formas: instalando supresores de humo en las chimeneas, mudando las fábricas humeantes a sitios donde no sople muy fuerte el viento, imponiendo contribuciones a las fábricas humeantes, o instalando acondicionadores de aire en los lugares afectados por el humo.

La planeación es, sin duda, una forma de tomar decisiones con respecto a esos asuntos pero al parecer es muy costosa. Otra forma es seguir mejorando el conocido y torpe sistema que se enfrenta a los problemas poco a poco por medio de reglamentos, impuestos, demandas privadas y acuerdos privados, y que opera dentro del marco general del plan público de acción.

Por lo tanto, la historia no demuestra que el *businessman* norteamericano vaya de salida. Tampoco puede probar que seguirá gozando de la alta estima que la sociedad norteamericana por lo general le ha concedido. Pero ya sea que sobreviva como especie que pueda identificarse o que se extinga, su función —tomar las arbitrarias decisiones finales en la producción— necesariamente tendrá que hacerla alguien, sea cual fuere el título que se le dé.

EL CINE, EL ARTE Y LA VIDA

Por Orson Welles

En una reciente encuesta entre críticos internacionales, *El Ciudadano Kane* fue elegida como la más grande película jamás realizada. Fue escrita, dirigida y producida por Orson Welles, quien, a los veinticinco años, también desempeñó el papel —que da el título a la obra— de un magnate periodístico que va envejeciendo.

La siguiente entrevista, abreviada de la que apareció en *Playboy,* fue dirigida por Kenneth Tynan. Notable crítico teatral y empresario literario del Teatro Nacional Británico, el señor Tynan ha sido crítico cinematográfico para *The Observer* y revisor de guiones para un importante estudio fílmico. Entre sus libros se incluyen dos colecciones de críticas teatrales, *Curtains* (Telones) y *Tynan Right and Left* (Tynan, a la Izquierda y a la Derecha). La nota introductoria del señor Tynan esboza la notable carrera de una legendaria figura de los espectáculos.

Las artes escénicas han contado con los servicios profesionales de George Orson Welles desde 1931, cuando llegó al Gate Theater de Dublin, se hizo pasar por un conocido actor del New York Theater Guild, y empezó a desempeñar papeles estelares a los 16 años. El año anterior había puesto un anuncio en un periódico norteamericano, que decía, en parte: "Orson Welles: Repertorio, personajes difíciles, juveniles o como sea... Gran energía, experiencia y habilidad". George Welles ya había empezado a comportarse como si fuera Orson Welles.

Todo lo que tuvo que hacer fue poner a prueba su capacidad en un arte, para que éste se le rindiera. El teatro fue el primero en caer. En 1937, dirigió un célebre Macbeth, *con un reparto totalmente negro, en Harlem. Ya en el centro de la ciudad, lanzó el teatro Mercury, con su producción, con ropaje moderno, de Julio César, en la que César era un calvo duplicado de Mussolini. Casi de paso, conquistó el radio, con una versión transmitida de* La Guerra de los Mundos, *de H. G. Wells.*

La industria cinematográfica fue la siguiente en rendirse. Más de un cuarto de siglo ha pasado desde el estreno de El Ciudadano Kane, *la primera película de Welles, realizada en 1941; pero los sismógrafos de Hollywood todavía registran los temblores causados por su impacto. Dio al cinema norteamericano su vocabulario adulto.* El Esplendor de los Amberson, *que la siguió en 1942, confirmó la llegada de un virtuoso revolucionario.*

Durante los últimos 20 años, Welles ha sido como un elefante travieso en la mayoría de los medios de comunicación. Puede aparecer en Marruecos, filmando Otelo *con un magro presupuesto; en Londres, dirigiendo su propia y brillante adaptación teatral de* Moby Dick; *en París, filmando* El Proceso, *de Kafka, en una olvidada estación de ferrocarril; en España, realizando una aún no terminada versión de* Don Quijote; *en*

Copyright © 1967 por HMH Publishing Co., Inc.

Yugoslavia o en Italia, haciendo actuaciones truculentas, por dinero, en las malas epopeyas de otros, y aun en Hollywood, donde en 1958 filmó una asombrosa y hasta hoy subestimada película policíaca titulada Touch of Evil *(Sombras del Mal). Nunca se puede saber cómo o dónde aparecerá la próxima vez. En el curso de su carrera —además de escribir y dirigir películas y obras teatrales, y actuar en ambas— ha sido novelista, pintor, escenógrafo de ballet, conjurador, columnista, erudito y torero aficionado. Hay una verdad simbólica, si bien no literal, en la historia de que una vez se dirigió a una reunión, pobremente concurrida, de sus admiradores, con estas palabras: "¿No es una vergüenza que haya tantos de mí y tan pocos de ustedes?"*

Orson Welles en 1941, dirigiendo El Ciudadano Kane.

Cuando Welles llevó su última película Chimes at Midnight *(presentada en los Estados Unidos como* Falstaff*) al festival de Cannes, no todos los críticos se extasiaron. Pero el jurado reaccionó cálidamente, y así lo hizo el público en la ceremonia de entrega de premios, que se inició con el anuncio de un premio especial para "Mr. Orson Welles, por su contribución al cinema mundial". Aplausos y silbidos saludaron muchos de los otros premios, pero, esta vez, todos se levantaron —tanto los críticos de vanguardia como los productores comerciales— y aplaudieron por encima de sus cabezas. La ovación duró varios minutos.*

Después, en su hotel, habló de su próxima producción, La Isla del Tesoro, *en la que desempeña el papel de Long John Silver. Después completará* Don Quijote *y hará una película sobre el* Rey Lear. *Después de ello, tiene muchos otros proyectos aún. "La abeja", dice alegremente, "siempre está haciendo miel".*

* * *

Usted es una celebridad desde hace 30 años. En todo ese tiempo, ¿cuál es la descripción más atinada que alguien haya hecho de usted?

No quiero que ninguna descripción sea atinada; quiero que sea halagadora. Creo que la gente que tiene que cantar para ganarse la sopa, no quiere ser descrita fielmente... por lo menos, no en letras de imprenta. Necesitamos vender entradas, por lo tanto necesitamos buenas críticas.

En conversación privada, ¿qué es lo más halagador que haya oído usted decir acerca de sí mismo?

Roosevelt, cuando dijo que yo hubiera sido un gran político. Y Barry-

more cuando dijo que Chaplin y yo éramos los dos más grandes actores vivos. No quiero decir que yo *crea* en esas cosas, pero usted mencionó la palabra "halagador". Lo que realmente me gusta es que alaben las cosas incidentales de mi obra... las cosas en las que no me ocupo principalmente, ni profesionalmente. Cuando un viejo ex-matador me dice que soy uno de los pocos que comprenden los toros, o cuando un mago me dice que yo soy un buen mago, eso llega hasta el *ego,* sin tener nada que ver con la taquilla.

De todos los comentarios, escritos u orales, que se han hecho sobre usted, ¿cuál le ha disgustado más?

Nada oral, sólo pienso en lo escrito. Necesito hacer un gran esfuerzo para persuadirme de que algo malo que leo acerca de mí mismo no es verdad. Tengo un respeto supersticioso por la palabra impresa cuando se me aplica a mí, especialmente si es negativa. Recuerdo que en Denver, cuando yo estaba desempeñando el papel de Marchbanks en *Cándida* de Shaw, a la edad de 18 años, alguien me describió como "una vaca marina mugiendo como bajo profundo". De eso hace más de 30 años, y todavía puedo citar el comentario textualmente. Nunca puedo recordar, en cambio, las críticas buenas. Probablemente las malas duelen tanto y tan morbosamente, porque he estado al frente de mi tienda tan largo tiempo. He sido actor-productor en radio, cine y teatro; y de una forma inmediata, he estado dependiendo económicamente de lo que se escribe acerca de mí, por lo que me preocupo por saber hasta donde afectará las entradas. O tal vez sólo se trate de una justificación de mi hipersensibilidad.

En una época de creciente especialización, usted se ha expresado en casi todos los medios artísticos. ¿Nunca ha deseado especializarse?

No, no puedo imaginar ponerme límites a mí mismo. Es una gran vergüenza que vivamos en una época de especialistas, y pienso que les tenemos demasiado respeto... sólo he conocido un gran camarógrafo: Gregg Toland, quien fotografió *El Ciudadano Kane.* Me dijo que podía enseñarme todo acerca de la cámara en cuatro horas... y así lo hizo. No creo que el especialista sea todo lo que nuestra época cree que es.

¿Es posible hoy en día ser un hombre del Renacimiento, alguien que esté tan en su elemento en las artes como en las ciencias?

Es posible y también es necesario, porque el gran problema al que nos enfrentamos hoy es la síntesis. Tenemos que reunir todas esas cosas dispersas y darles un sentido. La mayor locura es no apartarse de una sola calle. Mejor será, no sólo para el individuo, sino para la sociedad, que nuestros horizontes personales sean tan vastos como sea posible. Lo

que una persona normalmente inteligente no pueda aprender —si está realmente viva y tiene una honrada curiosidad— no vale la pena de aprenderse. Por ejemplo, además de saber algo del drama isabelino, creo que yo también podría defenderme explicando los principios básicos de la fisión nuclear. Defenderme lo suficiente para poder vivir en el mundo de hoy. No digo simplemente: "Ese es un misterio que hay que dejar a los científicos". Desde luego, no estoy diciendo que aceptara un puesto clave en la defensa nacional.

Welles como el deslumbrante Kane, en plena campaña política.

Desde la Segunda Guerra Mundial, usted ha vivido y trabajado casi siempre fuera de los Estados Unidos. ¿Se llamaría a sí mismo un expatriado?

No me gusta esa palabra. Desde mi infancia siempre me he considerado como un americano que casualmente vive por todas partes. "Expatriado" es una palabra caduca que se refiere a una generación particular allá por los veintes y a una actitud romántica sobre vivir en el extranjero. Tengo prejuicios contra la palabra antes que contra el hecho... no soy lo suficicientemente joven para defender a mi país con las armas; por eso, ¿por qué no he de vivir donde me gusta y donde me dan más trabajo? Después de todo, Londres está lleno de húngaros, de alemanes y de fran-

ceses, y los Estados Unidos están llenos de *cualquier cosa...* y *ellos* no se llaman expatriados.

Usted no es católico, y sin embargo ha decidido vivir en dos países intensamente católicos... primero Italia y luego España. ¿Por qué?

Esto no tiene nada que ver con la religión. La cultura mediterránea es más generosa, se siente menos culpable. Cualquier sociedad que exista sin ninguna alegría natural, sin ningún sentido de tranquilidad en presencia de la muerte, no me dará un albergue inmensamente confortable. No condeno ese mundo del norte, protestante, de artistas como Ingmar Bergman; pero no es donde prefiero vivir. La Suecia que me gusta visitar es muy divertida. Pero la Suecia de Bergman siempre me recuerda algo que Henry James dijo acerca de la Noruega de Ibsen: que estaba "llena del olor de la parafina espiritual". ¡Cuánto me gusta esa frase!

Si usted hubiera podido escoger el país y período en que le hubiera gustado nacer, ¿hubiera escogido los Estados Unidos de 1915?

Eso no hubiera quedado muy abajo en mi lista, pero cualquiera que tenga sentido común hubiera escogido vivir en la edad de oro de Grecia, en la Italia del siglo XV o en la Inglaterra isabelina. Y hubo otras edades de oro. Persia tuvo una y China tuvo cuatro o cinco...

¿Hay algunas figuras de la historia norteamericana con las que usted se identifica?

Como la mayoría de los norteamericanos, me gustaría que hubiera algo de Lincoln en mí: pero no lo hay. No me imagino a mí mismo capaz de tanta bondad y compasión. Creo que el único gran norteamericano cuyo papel concebiblemente hubiera podido ocupar, es Tom Paine. Era un radical, un verdadero independiente, no en el sentido cómodo y liberal de hoy, sino en el buen sentido, rudo, en que estaba dispuesto a ir a la cárcel por ello. Ha sido mi suerte, buena o mala, no tener que enfrentarme a esta disyuntiva.

En muchas de las películas que usted ha escrito o dirigido, el héroe no tiene padre. No sabemos nada del padre del Ciudadano Kane; y George, en El Esplendor de los Amberson, *arruina la vida de su madre viuda impidiéndole que vuelva a casarse. En su última película,* Falstaff, *el héroe es el príncipe Hal, cuyo padre legítimo, Enrique IV de Inglaterra, es un asesino usurpador; pero su padre espiritual, que actúa usted mismo, es Falstaff. ¿Refleja esta actitud hacia los padres alguna actitud suya en su propia vida?*

No lo creo. Tuve un padre de quien recuerdo que era enormemente

agradable y atractivo. Era un jugador, y un Don Juan, que acaso estuviera envejeciendo un poco cuando lo conocí, pero era un admirable camarada, y sentí mucho cuando murió. No, una obra me interesa por sus propios méritos, no porque sea autobiográfica. La historia de Falstaff es la mejor de Shakespeare... no la mejor obra, pero sí la mejor historia. La riqueza del triángulo entre el padre y Falstaff y el hijo no tiene paralelo; es una creación completamente shakespeareana. Las otras obras son buenas historias tomadas de otras fuentes y hechas grandes por el soplo que Shakespeare puso en ellas. Pero no hay nada en las crónicas medievales que insinúe la historia Falstaff-Hal-Rey. Esa es la historia de Shakespeare, y Falstaff es enteramente creación suya. Es el único gran personaje de la literatura dramática que también es bueno.

¿Cree usted que su Falstaff *escandalizará a los shakespeareanos?*

Naturalmente, voy a ofender a la clase de shakespeareano que se preocupa principalmente por lo sagrado del texto. Pero entre las personas dispuestas a conceder que el cine es una distinta forma de arte, tengo algunas esperanzas de éxito. Después de todo, cuando Verdi escribió las óperas *Falstaff,* y Otelo, nadie lo criticó a *él* por cambiar radicalmente a Shakespeare. Larry Olivier ha hecho magníficas películas shakespeareanas que son, en esencia, obras de Shakespeare filmadas. Yo me valgo de las palabras y personajes de Shakespeare para hacer películas. Son variaciones sobre sus temas. En *Falstaff* he ido mucho más lejos que antes, pero no caprichosamente, no por el placer de alterar y escandalizar... mi película es enteramente fiel a esa historia, aunque sacrifica grandes partes de las obras de las que se tomó el argumento.

¿Tiene un "mensaje" la película?

Lamenta la muerte de la caballerosidad y de la alegre Inglaterra. Aun en los días de Shakespeare, la vieja Inglaterra de los verdes bosques y de Maytime ya era un mito, pero un mito muy real. El rechazo de *Falstaff* por el príncipe significa el rechazo de tal Inglaterra por una nueva especie de Inglaterra que Shakespeare añoraba: una Inglaterra que terminó con el Imperio Británico...

Sé que se lo han acusado a usted de disipar mucha energía hablando. El crítico inglés Cyril Connolly dijo una vez que la conversación, para un artista, era una "ceremonia de autodisipación". ¿Le hiere a usted esa frase?

No, pero me recuerda a Thornton Wilder y a su teoría de las "conversaciones homeopáticas". Solía decirme: "Deja de gastar tus energías, Orson. Tienes que hacer lo que yo: conversaciones homeopáticas". Así como un cómico puede imitar durante tres minutos a su suegra, Thornton podía en tres minutos ser Gertrude Stein o Lope de Vega. Así conservaba

sus energías. Pero yo no creo que se tenga más energía si se la ahorra. No es un jugo que deba guardarse en una botella oculta. Somos animales sociales, y la buena conversación —no sólo los eslóganes de moda— es una

Como Falstaff en Campanas a Media Noche *(1966), adaptación de cinco obras de Shakespeare realizada y dirigida por Welles.*

parte esencial de una buena vida. De nada sirve a un artista considerar lo que tiene que ofrecer como algo tan valioso que no puede perder un segundo contándolo a sus compadres...

Mucho espacio y homenaje le dedican a usted en revistas cinematográficas tan vanguardistas como Cahiers du Cinema. *¿Qué opina usted de los directores de la Nueva Ola Francesa tan admirados en estas revistas?*

¡Estoy suspirando por ver sus obras! Me he perdido la mayoría, porque tengo miedo de que inhiban mi propia obra. Cuando hago una película, no me gusta referirme a otras; me gusta pensar que estoy inventando algo por vez primera. Hablo con los *Cahiers du Cinema* acerca de cine en general porque me encanta que les gusten mis obras. Cuando quieren largas y sesudas entrevistas, no tengo corazón para negarme. Pero todo es una farsa. Hasta he llegado a hablar "del arte del cine". Nunca hablaría con mis amigos acerca del arte del cine; antes me dejaría sorprender sin pantalones en el centro de Times Square.

¿Qué le parecen las películas de Antonioni?

Según un joven crítico norteamericano, uno de los grandes descubrimientos de nuestra época es el valor del aburrimiento como tema de arte. De ser así, Antonioni debe considerarse como un "pionero" y padre fundador. Sus películas serían perfectos fondos para desfiles de modas. Tal vez no haya tan buenos fondos en *Vogue,* pero debiera haberlos. Debieran conseguir a Antonioni para diseñarlos.

¿Y de Fellini?

Está tan bien dotado como cualquiera. Su limitación —que también es la causa de su encanto— es que, fundamentalmente, es muy provinciano. Sus películas son el sueño de un muchacho pueblerino acerca de la gran ciudad. Su sofisticación resulta bien porque es creación de alguien que no la posee. Pero muestra peligrosas señales de ser un enorme artista con muy poco que decir.

¿Ingmar Bergman?

Como ya dije hace un rato, no comparto sus intereses ni sus obsesiones. Me resulta mucho más extranjero que los japoneses.

¿Qué me dice de los directores norteamericanos contemporáneos?

Stanley Kubrick y Richard Lester son los únicos que me atraen... excepto los viejos maestros. Y con ello quiero decir John Ford, John Ford y John Ford. No considero a Alfred Hitchcock como a un director norteamericano, aunque haya trabajado en Hollywood durante tantos años. Me resulta tremendamente británico en la mejor tradición de Edgar Wallace, y nada más. Siempre hay algo anecdótico en su obra; sus inventos no pasan de ser inventos, por muy maravillosamente ideados y ejecutados que estén... Cuando Ford hace las cosas bien, se siente que el cine ha vivido y respirado en el mundo verdadero.

Cuando usted fue por primera vez a Hollywood en 1940, los grandes estudios aún eran omnipotentes. ¿Cree usted que le hubiera ido mejor de haber llegado 20 años después, en la era de las producciones independientes?

Todo lo contrario. Hollywood murió en cuanto yo llegué. Me hubiera gustado llegar antes. Fue el surgir de los independientes el que causó mi ruina como director. Los viejos jefes de estudio —Jack Warner, Sam Goldwyn, Darryl Zanuck, Harry Cohn— eran amigos o amistosos enemigos a quienes yo sabía tratar. Todos ellos me ofrecieron trabajo. Louis B. Mayer hasta quería que yo trabajara como jefe de producción de su estudio, el puesto que ocupó Dore Schary. Me llevaba yo muy bien con

esos tipos. En cuanto entraron los independientes, no volví a dirigir otra película norteamericana más que por accidente... He tenido muchas dificultades con los independientes, mucho más que con los grandes estudios. Yo era medio cerril, pero los estudios sabían lo que eso significaba y si teníamos una pelea, los dos nos divertíamos. Con una producción anual de cuarenta películas por estudio, probablemente hubiera espacio para una película de Orson Welles. Pero un independiente es un tipo cuyo trabajo se centra alrededor de sus propios dones particulares. En ese ambiente, no hay lugar para mí.

¿Es posible aprender a dirigir películas?

¡Oh!, los varios asuntos técnicos pueden enseñarse, como se pueden enseñar los principios de la gramática o la retórica. Pero no se puede enseñar a escribir, y dirigir una película es algo parecido a escribir, aunque se empleen trescientas personas y mucho más técnicas. Un director debe ser como un comandante en el campo de batalla. Se necesita la misma capacidad de inspirar, aterrorizar, animar, reforzar y, en general, dominar. Así, en parte es cuestión de personalidad, la cual no se adquiere tan fácilmente como una técnica.

¿Cree usted que la producción cinematográfica debiera recibir ayuda de los fondos públicos, como se hace en muchos países europeos?

Si es cierto —y yo creo que lo es— que teatro, ópera y música deben recibir subsidio del estado, también lo es, igualmente cierto, del cine, y con más razón todavía. Las películas tienen mayor potencia social, y se relacionan más con este momento particular de la historia del mundo. Los mayores fondos debieran ir al cine. Lo necesita más, y tiene más que decir.

¿Cuál cree usted que será el siguiente desarrollo del cine?

Espero que *sí* se desarrolle, eso es todo. No ha habido ninguna gran revolución en el cine en más de 20 años, y sin una revolución, el estancamiento llega, y la putrefacción aparece a la vuelta de la esquina. Espero que surja alguna novísima especie de película. Pero antes de que eso ocurra, tendrá que aparecer una forma de hacer películas más baratas y de exhibirlas más baratamente. De otra manera, la gran revolución no se efectuará y el artista del cine nunca será libre...

Volvamos al teatro. Hace cinco años usted dijo: "Londres es la ciudad para el actor, París la ciudad para el dramaturgo y Nueva York la ciudad para el director". ¿Sigue usted sosteniendo lo mismo?

Hoy, yo diría que Nueva York es la ciudad de [el productor] David

Merrick. París ha dejado de ser interesante con respecto al teatro. Londres sigue siendo el gran lugar para los actores... pero no para las actrices. El teatro inglés es el mundo de un hombre. "Londres es la ciudad del hombre, hay poder allí en el aire; y París es la ciudad de la mujer, con flores en su cabello". No sé quién escribió ese horrible viejo poema, pero sigue siendo cierto. Nadie en Inglaterra escribe grandes papeles para mujeres.

¿Tiene usted aún por saciar algunas ambiciones teatrales?

Me gustaría dirigir una escuela teatral, pero —y me entristece decir esto— no en los Estados Unidos. Y menos aún en Nueva York. Dos generaciones de actores norteamericanos han quedado tan imbuidas por el "Método" que tienen ya una resistencia orgánica a cualquier otro enfoque al teatro. Yo no quiero expulsar al "Método" de Nueva York, pero me gustaría que dejara más espacio para otras ideas acerca de la actuación. La última vez que quise trabajar en Nueva York, no encontré a nadie que no estuviera infectado por él.

¿Cree usted que los actores norteamericanos están preparados para encarnar a los clásicos?

Deben de estarlo, pero menos que cuando teníamos el teatro Mercury, hace un cuarto de siglo. Una parte de la razón es que Nueva York era una ciudad mucho más cosmopolita en aquellos tiempos. Aún no estábamos tan lejos de la edad en que se le llamara el crisol. Todos aún eran europeos, de la primera o segunda generación, y había un genuino internacionalismo que no venía de los medios de difusión... Había teatros en otros idiomas, y no recuerdo cuántos periódicos en otros idiomas. Todo ello daba una riqueza fertilizante a la tierra, y hoy se ha ido...

¿Quiere usted hacer algunas predicciones sobre el futuro del teatro en general?

Creo que el teatro, como el ballet y la gran ópera, ya es un anacronismo. Nos ofrece alegría y estímulo, aún ofrece al artista la oportunidad de hacer un trabajo importante... cualitativamente, quizás, un trabajo tan bueno como el de cualquier época. Pero no es una institución que pertenezca a nuestros tiempos, y no puede esperar un largo futuro. No es cierto que siempre hemos tenido teatro. Eso es un sueño. Lo hemos tenido sólo durante unos cuantos períodos de la historia aunque sus partidarios digan lo contrario. Y el teatro tal como nosotros lo conocemos hoy, está en sus últimas etapas.

Recordando su carrera en las artes escénicas, ¿alguna vez se ha arrepentido usted de no dedicarse a la política?

Si alguien siente que hubiera sido útil y efectivo en una oficina públi-

ca, no podrá evitar cierto remordimiento por nunca haberlo intentado. Y, muy benévolo conmigo, creo que yo hubiera logrado serlo. Creo que —al menos en potencia— soy mejor orador público que actor, y que hubiera llegado a la gente, conmoverla y convencerla. Hoy, la oratoria es un arte casi inexistente, pero si viviéramos en una sociedad en que la retórica fuera considerada seriamente como un arte —como ocurriera en muchos períodos de la historia del mundo— yo hubiera sido orador.

¿Cuáles son sus opiniones políticas? ¿Han cambiado en los últimos 25 años?

Las opiniones políticas de todos han cambiado en los últimos 25 años. No se puede tener opiniones políticas en el vacío; tienen que ser una reacción a la situación. Siempre he sido un radical independiente, pero con grandes "franjas" emocionales y culturales de ideas anticuadas. Tengo un enorme respeto hacia muchas instituciones humanas que hoy se encuentran en seria decadencia y que probablemente nunca revivan. Aunque soy lo que llaman un progresista, no lo soy por desdén al pasado. Yo no rechazo nuestro ayer. Quisiera que algunas partes de nuestro muerto pasado tuvieran vida. Si soy capaz de cierta originalidad, no es porque desee derribar ídolos o estar adelante de los tiempos. Si hay algo rígido en mí, es mi disgusto de estar de moda. Preferiría, mucho antes, ser considerado como anticuado que "en boga"...

¿Cuál es su vicio principal?

Accidia: la palabra latina medieval para melancolía, y pereza. No cedo a ella por mucho tiempo; pero me acecha desde las sombras. Tengo la mayoría de los pecados reconocidos... quizás menos la envidia que los otros. Y en cuanto al orgullo, no estoy seguro de que es un pecado; es el único lugar en que yo discutiría la lista del cristianismo. Si es una virtud no reconozco mucho de ella en mí mismo; lo mismo puedo decir si es un vicio.

¿Considera usted a la gula como un mal vicio?

Todos los vicios son malos. Muchos vicios son secretos, pero no la gula... esa se muestra. Por lo menos, se muestra en mí. Pero creo que la gula debe ser un pecado mucho menos mortal que los otros. Porque, al fin y al cabo es algo afirmativo, ¿no? Por lo menos celebra algunas de las buenas cosas de la vida...

¿Cuál es su actitud hacia la pornografía y el empleo literario de palabrotas?

Las palabrotas son armas útiles, pero cuando dejan de estar más o menos prohibidas, pierden su efecto.

Cuando deseamos escandalizar, nos debe quedar algo en nuestro arsenal que logre hacerlo. En cuanto a la pornografía, no estoy de acuerdo con la actual tolerancia en publicarla. Con ello no quiero decir *El Amante de Lady Chatterley,* la clase de libro acerca del amor físico que antes prohibían; quiero decir, la auténtica pornografía, la novela y la película procaces. La diferencia está bien clara. La auténtica pornografía puede empezar como un estimulante sexual bastante benigno, pero termina como algo bastante vicioso y enfermizo. No es, entonces, un inofensivo desahogo de lo que está enfermo en nosotros; excita y favorece lo enfermo, sobre todo entre los jóvenes que aún tienen que aprender sobre el sexo como amor y alegría compartida...

Si la decisión dependiera de usted, ¿censuraría algo en las películas o en el teatro?

Soy tan enemigo de la censura que tengo que contestar que no... nada. Pero si no hubiera censura, tengo una pequeña lista de cosillas que preferiría que no se exhibieran. Por lo menos, no muy frecuentemente. Los platos picantes no son buenos para el paladar, y en el teatro y el cine, donde hay demasiada licencia, lo que simplemente es rudo suele invadir todo lo demás, y nuestro vocabulario dramático se empobrece... no debiera censurarse a los artistas, pero sí creo que debieran contenerse a sí mismos para no debilitar el lenguaje de su arte. Lo mismo pasa con la violencia, o con cualquier extremo teatral. Si se llega demasiado lejos, se tiende a perjudicar la gama intermedia de los sentimientos humanos. Sin embargo, la propaganda contra cualquier especie de relaciones humanas de amor es despreciable y probablemente se le debiera censurar.

Pero, ¿cómo reconcilia usted eso con...?

¡Durante 30 años la gente me ha estado preguntando cómo reconcilio X con Y! La verdad es que no lo hago. Todo lo mío es una contradicción, y así es todo el mundo a quien yo conozco. Estamos hechos de oposiciones; vivimos entre dos polos. En todos nosotros hay un filisteo y un esteta, un asesino y un santo. No se reconcilian los polos. Sólo se reconocen.

¿Tuvo usted una educación religiosa?

Muy por el contrario. Mi madre era católica al nacer, pero después se dedicó a estudiar las religiones orientales, en las que luego perdió todo interés. Me enseñó a leer la Biblia como una hermosa obra literaria. Mi padre era un agnóstico total, y el tutor que se encargó de mí al morir mis padres siempre se rió de las historias bíblicas. Eso me escandalizó cuando niño. Tengo un sentido natural de veneración hacia aquello a lo que el

hombre ha aspirado, más allá de sí mismo, tanto en Oriente como en Occidente. Me llega fácil e instintivamente reverenciar antes que sentir escepticismo. Leo a los místicos, aunque no soy uno de ellos.

¿Cree usted en Dios?

Mis sentimientos al respecto son un constante diálogo interior que no he resuelto lo suficiente para estar seguro de tener algo que valga la pena de comunicar a quienes no conozco. Acaso no sea yo un creyente, pero ciertamente soy religioso... lo grande e irresistible de la idea judeo-cristiana es que el hombre —no importan sus antepasados, no importa hasta qué punto se acerca a un simio— realmente es único. Si somos capaces de sentir un amor desinteresado entre nosotros, seremos absolutamente únicos, como especie, en este planeta. No hay ningún otro animal que ni remotamente se nos parezca. La noción de la divinidad de Cristo es una manera de expresar eso. Por ello el mito es verdad. En el más elevado sentido trágico dramatiza la idea de que el hombre es divino.

Su idealización del hombre, ¿se aplica igualmente a la mujer? ¿Hay algunas limitaciones a lo que puede realizar la mujer?

No. Hay una limitación en lo que *probablemente* haga, pero no en lo

Como policía corrompido, con Marlene Dietrich, en Sombras del Mal, *dirigida por Welles en 1958.*

que puede hacer. Las mujeres se las han arreglado para hacerlo todo; pero la probabilidad de que vayan a hacerlo a menudo es pequeña. Es improbable que algún día sean tantas como los hombres en las artes. Creo que si nunca hubiera habido hombres, nunca hubiera habido arte... pero si nunca hubiera habido mujeres, los hombres nunca hubieran creado el arte.

¿A quién escogería usted como modelo de comportamiento masculino hacia las mujeres?

A [el poeta] Robert Graves. En otras palabras, adoración total. La mía es menos total de lo que debiera ser. Me enloquecen las chicas, pero me gusta sentarme cerca del puerto con los chicos. Reconozco en mí aquella anticuada tendencia eduardiana —compartida por muchas otras sociedades de otras épocas— de permitir que las damas nos abandonen por un rato después de la cena, para que los hombres puedan conversar... Las mujeres generalmente deprimen o dominan una conversación en detrimento de ésta... desde luego, hay brillantes y exasperantes excepciones. En cierto sentido, toda mujer es una excepción. Es la generalidad la que hace chauvinista a un hombre como yo.

Si el arte es una expresión de protesta, como algunos filósofos han dicho, ¿cree usted posible que en un automatizado mundo de abundancia carente de frustraciones y de vicio, nadie se sintiera movido a crear arte?

Yo no creo que ni siquiera en una perfecta concha de ostra, no haya habido nunca otro grano de arena, y por consiguiente otra perla. Y no acepto que el arte necesariamente esté basado en la infelicidad. Con frecuencia es sereno y gozoso y una especie de celebración. Con ello no niego el gran volumen de trabajo que se ha creado en condiciones de miseria espiritual y económica, y aun tormento, pero no veo razón para pensar que la cultura será más pobre porque la gente sea más feliz.

Algunos críticos afirman que se puede producir arte moderno por accidente... como la pintura en acción, la música aleatoria y los "Happenings" teatrales. ¿Cree usted posible crear una obra de arte sin intentarlo?

Categóricamente, no. Puede crearse algo que produzca alguno de los placeres y emociones que una obra de arte puede dar, así como un estudio microscópico de un copo de nieve o un gusano o una célula cancerosa puede ser un bello objeto. Pero una obra de arte es un consciente esfuerzo humano que tiene que ver con la comunicación. O es eso o no es nada. Cuando se aplaude a un accidente como obra de arte, cuando crece un culto acerca de lo delicioso de la belleza inconsciente, estamos,

entonces, en presencia de la mayor decadencia que el Occidente haya conocido en su historia.

¿Está usted de acuerdo con esos artistas modernos que dicen, "no me importa lo que le pase a mi obra mañana, está pensada sólo para hoy"?

No, porque a un artista tampoco debe importarle lo que le pase hoy. Preocuparse por el hoy con exclusión de algún otro tiempo, ser contemporáneo conscientemente, es ser absurdamente pueblerino. Eso es lo que falla en la asociación del artista con el vendedor ambulante. Hoy ha sido canonizada, beatificada. Pero hoy es sólo un día de la historia del planeta. Será la existencia y el único fin sólo para alguien que esté vendiendo algo...

¿Cómo le gustaría que el mundo lo recordase?

Me he puesto en contra de toda preocupación por cualquier éxito mundano mayor del que necesite para funcionar. Esta es una afirmación honrada y no una actitud. Hasta cierto punto, debo tener éxito a fin de operar. Pero considero corruptor preocuparse por el éxito; y nada podría ser más vulgar que preocuparse por la posteridad.

EL DESAFIO DE LAS COMUNAS

Por John W. Bennett

El reciente resurgimiento de las comunas, particularmente entre los jóvenes, hace que volvamos los ojos a la muy larga y ambigua historia de los experimentos comunales. Si bien tales empresas han tenido duración y éxito escasos, dice el autor, los ideales que representan pueden ayudar a modificar los valores competitivos y materialistas de la mayoría de las sociedades contemporáneas.

John W. Bennett es catedrático de antropología en la Universidad Washington de San Luis. Ha llevado a cabo trabajos de investigación en el campo de las organizaciones cooperativas y comunales en la India, Israel, Taiwán y Japón. Entre sus obras se cuentan *Paternalism in the Japanese Economy* (El Paternalismo en la Economía Japonesa), *Northern Plainsmen* (Los Llaneros del Norte) y *Hutterian Brethren: The Agricultural Economy and Social Organization of a Communal People* (La Hermandad Huteriana: Economía Agrícola y Organización Social de un Grupo Comunal). El presente artículo es la condensación de un trabajo presentado por el profesor Bennett en un simposio sobre "Evolución Social y Cultural", celebrado en Washington, D. C., bajo los auspicios de la Institución Smithsoniana.

Los problemas básicos de la sociedad moderna son la desintegración de los antiguos lazos y lealtades, y la consecuente pérdida de la identidad personal. Las grandes organizaciones, con su ambiente artificial e impersonal, ofrecen pocas cosas valiosas al común de la gente. Por ello, millares de personas se adhieren a grupos determinados, buscando lazos en la coincidencia de intereses y rompiendo con ello las antiguas barreras y categorías sociales. Este retorno al grupo es un fenómeno social de considerable importancia en nuestros días; por intrascendente o superficial que parezca, bien puede representar el primer paso por un nuevo y fundamental derrotero del cambio social.

El movimiento comunal, que ha vuelto a aparecer en nuestro medio poniendo en movimiento a los jóvenes y ofreciéndoles una "alternativa", es realmente el más antiguo de los "nuevos" movimientos sociales y el más tradicional de los "experimentos" de la civilización occidental. Durante dos mil años ha sido fuente de inspiración y alternativa social,

© 1971 por the Smithsonian Institution.

y casi siempre por idénticas razones. Constituye una reacción a los eternos motivos de disensión social: el descontento contra el orden jerárquico, la autoridad y los privilegios; la desconfianza en la burocracia; el disgusto provocado por el hedonismo y el "consumismo"; la desesperanza ante el odio y la guerra y, en fin, todos esos fenómenos sociales que alcanzan tanta magnitud en el mundo occidental y que siguen acentuándose, si hemos de atender a nuestros críticos.

Dicha reacción puede representarse por medio de dos emblemas utilizados en los movimientos contemporáneos de protesta: el puño cerrado y el símbolo horquillado de la paz. El puño cerrado sirve de estandarte a la actitud militante, al combate de los males... que tarde o temprano desemboca en la misma tiranía que trata de derribar. El símbolo de paz identifica a la decidida oposición a las instituciones, cuya forma más pasiva es el retiro voluntario a pequeñas comunidades que buscan perfeccionar la vida social y erigirse en testimonio de la posibilidad de existencia de un mejor ser humano.

En conjunto, el movimiento comunal se identifica con el signo de la paz y no con el puño cerrado, aunque han existido y aún existen comuneros inclinados a la revolución, que se han desplazado hacia el activismo sólo para descubrir que sus ideas de paz, hermandad y amor no son armas suficientes para realizar con éxito un ataque de tipo militante contra la sociedad. Más aún, el ataque representa una traición a los citados ideales, por lo que el comunero militante acaba descendiendo por la cuesta de la claudicación y el desaliento.

Ideas y Propósitos

El movimiento comunal se inspira en cuatro ideas simples: repartir los bienes, reducir las ambiciones a su mínima expresión, compartir las tareas y la adopción de decisiones y amar al hermano, que es cualquier hombre. Estos principios tan sencillos han dado lugar a incontables experimentos sociales e intentos de purificación del orden social, casi todos ellos pacíficos, animados por el propósito de testimoniar la perfectibilidad humana y social, y contrarios a la violencia y al activismo.

Sobre estos ideales tan simples se han edificado muchas instituciones conocidas: la crianza colectiva de los hijos, la participación general en la toma de decisiones, las relaciones igualitarias, la propiedad común, la división equitativa de las tareas necesarias para la supervivencia y un alto grado de interacción y comunicación personales. Como los comuneros tienen que adaptarse al mundo que los rodea, se ven obligados, asimismo, a adaptar y mediatizar las instituciones mencionadas, lo cual da por resultado algunas paradojas fundamentales.

En cada una de las muchas etapas que ha atravesado el movimiento comunal en su historia, los primordiales propósitos de protesta han sido los mismos, pero sus objetivos específicos han sido distintos, de acuerdo con los matices sociales y los motivos de descontento de cada época.

En el siglo XVI la protesta iba dirigida principalmente contra la iglesia organizada y sus jerarcas; en la actualidad, la iglesia no está en la línea de fuego. Hoy día los objetivos más importantes son la familia, el afán competitivo y el consumismo. Las comunas actuales son particularmente contrarias a la familia, pues consideran que es en el seno de este elemento social donde se impulsa al ser humano a obtener logros desmesurados, a abrirse paso sin consideración alguna para los demás, a conquistar el reconocimiento y la falsa estimación de la sociedad, a esperar la inmolación a manos del establecimiento y sus instrumentos.

Tal es la causa de que el movimiento comunal contemporáneo conceda una gran importancia a la experimentación sexual y al amor libre. Ambos son la antítesis del antiguo ideal del matrimonio monógamo y el pequeño núcleo familiar, ya que niegan la necesidad de legitimidad de los hijos y postulan que su crianza puede ser incontrolada sin que ello lesione la solidaridad del grupo. Hacer de la relación sexual una emoción libre, sin las cortapisas del miedo y el desprestigio, es sin duda un valioso ideal; es incuestionable que nuestra civilización ha hecho del sexo un monstruo. Pero desconocer el natural carácter binario del amor, simbolizado por el acto sexual, y restar toda importancia al vínculo entre padres e hijos, independientemente del valor que cada persona conceda a su genealogía, es desafiar temerariamente algunas de las constantes de la sociedad humana. El kibbutz de los israelitas ensayó brevemente el comunismo sexual y después readoptó la monogamia, aunque ha seguido practicando la crianza colectiva de los hijos.

¿Cambiar a la Sociedad?

¿Qué relación existe entre el movimiento comunal contemporáneo y sus predecesores? Desde el punto de vista de los comuneros actuales, reunidos en una multitud de pequeños santuarios, su movimiento no tiene nada en común con los anteriores, excepción hecha de su apego a la forma de vida y a los ideales comunales. A su juicio, los tradicionalistas religiosos del tipo de los huteritas —cuyas comunas agrícolas aún subsisten esparcidas en todo el territorio de los Estados Unidos— y acaso los mismos *kibbutzim* judíos, no parecen tener el potencial necesario para cambiar al mundo, ni el interés de hacerlo. En términos generales, las comunas juveniles de hoy tratan activamente de utilizar su forma de organización para cambiar a la sociedad, aunque no han especificado exactamente cómo pueden lograr su propósito, a menos que se considere a cada comuna como una célula revolucionaria.

Esto parece muy ambiguo. Todo diálogo con los comuneros suele conducir únicamente a la amargura, pues no se puede sino caminar en círculos alrededor de la contradicción fundamental: ¿cómo puede un grupo de experimentadores que han desertado de la sociedad marchar a la vanguardia de un movimiento de reforma social? Tarde o temprano, la

"revolución" o la "reforma" acaba reduciéndose al mismo viejo concepto del movimiento comunal: lo más a que pueden aspirar sus miembros es a convertirse en testimonios vivientes, a decir a la humanidad con su ejemplo *convivan mejor, sean mejores seres humanos.*

En la actualidad, para muchas comunas lo anterior significa el total rechazo de la eficiencia, la organización y las comodidades; en casos extremos, esto determina que las enfermedades abunden entre sus miembros, que los niños reciban un trato deleznable y que la taza de mortalidad sea desmesurada. Al resto de la sociedad le resulta muy difícil comprender semejantes reacciones, debido a que representan la negación de todos los valores de la vida cotidiana en el mundo burgués. Por supuesto, tal es precisamente la idea. Aquellos patrones de conducta no constituyen un movimiento reformista; son parte del cambio de valores y de la búsqueda de alternativas de nuestra época. Pero tal como se manifiestan en la comuna, no son sino una especie de desviación, una adaptación excéntrica que no puede subsistir.

Así, podemos entender que existan esas formas extremas de experimentación comunal en nuestros días, aun cuando sabemos que no tiene posibilidades de supervivencia. Por otra parte, no son la corriente principal del movimiento. Hubo cosas similares en la Edad Media, los hongos eran muy populares entre los "hippies" medievales, etc. Pero la línea principal de la comuna se ha caracterizado por la seriedad, el trabajo arduo, la tranquilidad y la preocupación de establecer el hecho de que los hombres pueden vivir en un ambiente de paz y hermandad, de humildad y austeridad. Los sistemas comunales más duraderos de nuestra época —los huteristas del Canadá y Dakota del Sur y los *kibbutzim* de Israel— pertenecen a dicha línea; la inspiración sumada de estos grupos y de otros semejantes que existieron antes, ha redimido al movimiento.

Algunos Experimentos Pretéritos

No se sabe si las comunidades cristianas de los siglos I y II de nuestra era fueron verdaderas comunas; en este caso las pruebas también son muy imprecisas. Es posible que su comunalismo fuera producto más de la necesidad de supervivencia en condiciones de gran privación que de ideales específicos.

Pero *algo* persistió en este período de incipiente cristiandad, algo que bastó para mantener viva la tradición hasta los siglos XII y XIII, en que los senderos de las montañas y los ghettos de las poblaciones de toda Europa eran invadidos de tiempo en tiempo por grupos errantes de fanáticos, militares y antecesores de los hippies. La mayoría de ellos predicaban la hermandad y la pobreza y eran una espina en el costado de la iglesia. Algunos de tales grupos persistieron e "institucionalizaron" su forma de vida; se convirtieron en comunidades importantes e influyeron en los movimientos religiosos que culminaron en el siglo XVI con la Reforma luterana y el movimiento anabaptista.

En el siglo XVIII, a resultas del advenimiento del racionalismo y el secularismo sociológico, el movimiento comunal tomó dos caminos filosóficos: el antiguo enfoque religioso y el nuevo estilo utópico-socialista de Fourier, Saint Simon y otros. En el siglo XIX Norteamérica ofrecía la vastedad y el aislamiento adecuados para el establecimiento de utopías fronterizas tales como las comunidades denominadas Oneida y Nueva Armonía, acaso los experimentos comunales mejor documentados de todos.

La Escena Contemporánea

La escena comunal contemporánea en los Estados Unidos es muy compleja. Tal como expresa Margaret Mead, la actual brecha entre generaciones es un hecho sin precedentes. Nunca en la historia de la humanidad existió una divergencia cultural tan marcada entre padres e hijos, sobre todo en cuanto al concepto que unos y otros tienen del mundo y de sus estilos de vida. Yo no sé si dicha situación tiene precedentes o no; lo que sí puedo afirmar es que la historia de la civilización occidental es la historia del crecimiento progresivo del mundo institucional fuera del hogar y del grupo familiar. Es muy posible que esta tendencia haya llegado a un punto crítico, ahora que la juventud puede encontrar otras culturas que desafían a la cultura de la familia en todos sus aspectos.

La tendencia hacia el desarrollo cultural de grupo fuera de la familia ha sido un patrón muy propio de la civilización occidental desde los tiempos clásicos. Tal vez ello explique en parte la gran frecuencia con que aparecen nuevos grupos comunales en el Occidente y su aparición muy esporádica en el resto del mundo.

Si hemos de identificar a la comuna genuina, voluntaria y disidente con el mundo occidental, debemos hacer una clara distinción entre sus fines y sus medios, entre sus ideales específicos y su manera peculiar de llevarlos a la práctica. En el terreno de los fines o ideales, encontramos notables semejanzas entre las doctrinas disidentes orientales y occidentales: el desprecio de los placeres mundanos, el anhelo de austeridad, la necesidad de sustraerse al frenesí de las posesiones y el realce de la paz, el amor y la hermandad. En este aspecto son bien sabidas las coincidencias de la cristiandad y las religiones orientales.

Pero hay una diferencia considerable en los medios empleados para alcanzar dichos fines. En el Oriente se recurrió al retiro individual, la pérdida del yo, el reconocimiento de la imperfección del mundo y la abstracción en lo divino, ya fuera mediante la conversión del individuo en ermitaño o monje, fuera intentando alcanzar la perfección en la vida diaria. En el Occidente la búsqueda del mundo perfecto adoptó otras formas diferentes: cólera por la imperfección del mundo y pretensión de ponerle remedio, todo ello enmarcado en la búsqueda del verdadero yo individual; segregación en pequeñas sociedades no pasivas sino intencionadas, cuyo propósito era lograr el advenimiento inmediato del mi-

lenio de paz y justicia; en suma, un conjunto más activista de medios y, por lo mismo, mucho más peligroso, ya que nada hay más lleno de riesgos que tratar de convertir en realidad los sueños de perfección.

Una Paradoja en el Paraíso

Esta norma de comportamiento típicamente occidental entraña una paradoja. Aunque el ideal comunal es una forma de protesta contra las tendencias mayoritarias de la vida occidental, es en sí una rica expresión de uno de los rasgos fundamentales del pensamiento y la conducta del Occidente: la lucha por la perfección social y el dominio sobre el presente existencial. Este elemento "milenario" —la idea de tratar efectivamente de crear una sociedad perfecta en la tierra— es ajeno a la tradición oriental, cuyo concepto dominante es la resignación ante el mundo corrompido y el Nirvana como premio en la otra vida.

Dentro de la civilización occidental, la base concreta del ideal comunal es el dualismo de la corriente judaico-cristiana del pensamiento. Los conceptos de un reino celestial perfecto y una humanidad perfecta originaron el empeño de hacer que la Ciudad del Hombre se asemejara en la mayor medida posible a la Ciudad de Dios. Las mismas enseñanzas de Jesús ponen de relieve esta preocupación. Por una parte sostenía que el hombre era imperfecto y corrupto, pero por la otra predicaba que la mayoría de los hombres tenían que vivir en el seno de este mundo imperfecto y debían, en consecuencia, esforzarse por mejorarlo.

Esta atención a la reforma socioeconómica y al idealismo conduce a la tradición comunal a una paradoja fundamental. Los comuneros establecían colonias separadas, con la intención de realizar su sueño de la perfecta hermandad, pero tenían que manejarlas con procedimientos no totalmente distintos de los del mundo exterior.

El Grupo y el Individuo

En el aspecto moral o sociopsicológico, la mayor satisfacción de la vida comunal emana presuntamente de la participación colectiva más que de la fortuna personal de cada individuo. En una sociedad comunal se espera que todos los integrantes hagan su máximo esfuerzo en beneficio del grupo y no de sí mismos, aunque generalmente se sobreentiende también que al hacerlo alcanzan la satisfacción personal. Esta es una cuestión de convicción, no de necesidad psicológica; en materia de reconocimiento, el carácter de las instituciones comunales suele fomentar o exigir tal conducta, siguiendo una tendencia que se contrapone a lo voluntario por el que también aboga la comuna.

El gobierno de la comuna constituye otro problema. Muchos grupos comunales son partidarios del igualitarismo, pero acaban por descubrir que necesitan alguna forma de autoridad. En estos casos, la solución más común es de índole carismática. Cuando el grupo no se forma alrededor de un líder benévolo pero vigoroso, pronto encuentra uno. La gente

necesita un núcleo, un punto central al que pueda dirigir sus miradas y que simbolice la unidad, la sabiduría y la firmeza. Si se toma la historia del movimiento comunal como referencia, se llega a la conclusión de que para la personalidad humana es difícil hallar su identidad simbólica en una colectividad. Necesita contar con otra personalidad individual que le sirva de modelo.

Al retirarse del mundo y tratar de edificar la sociedad ideal, los experimentadores comunales descubrieron paulatinamente que tenían que mediatizar sus ideales. Las comunidades seculares no eran diferentes en este sentido; sus ideales eran igualmente puros, pero en todos los casos la necesidad de contemporizar con las instituciones mundanas representaba para ellas una experiencia desalentadora y un generador de división y desintegración.

Para sobrevivir tenían que cultivar la tierra adecuadamente, hacer muebles y herramientas, vender sus cosechas en el mercado, gestionar ante el gobierno la dotación de tierras, sostener relaciones con comerciantes para obtener los satisfactores que no podían producir y acudir a los prestamistas para contar con capital. En todos estos aspectos, los grupos comunales se ven obligados a enfrentarse y aun a imitar a las mismas instituciones que pretenden modificar. La existencia de una comuna se desarrolla en un precario equilibrio. Está en peligro constante de caer en el abismo mundano, se mantiene a salvo de los peores males mediante un gobierno moral estricto y una racionalización interminable y lucha sin tregua por no rodar hacia el autoritarismo y la corrupción del ideal de hermandad. La hermandad es la tarea más ardua que se puede imponer el hombre.

Duras Pruebas para el Igualitarismo

Las comunidades de esta clase siempre constituyen una minoría. Ninguna entidad social o política importante ha podido mantenerse en la senda del austero igualitarismo, a pesar de que la sociedad occidental ha reconocido de mala gana el valor de algunos de los ideales comunales. Las propias comunas encuentran que el ideal del igualitarismo absoluto es un tanto engañoso cuando se aplica en el campo económico. Es obvio que no todos están capacitados para desempeñar determinadas tareas; como algunas de ellas son indiscutiblemente más importantes para la supervivencia del grupo —o más agradables— que otras, existe el peligro constante de que aparezcan las envidias, las jerarquías y el "statu quo".

Otro problema que suele presentarse es el de la remuneración. Si la comuna establece salarios, introduce en su vida un rasgo individualista. El salario es algo que el individuo recibe para su propio provecho y al que puede dar el destino que desee. Pero la comuna tiene en la participación igualitaria uno de sus pilares filosóficos, tiene que esforzarse por mantener la propiedad común de los bienes materiales o al menos por reducir a su nivel mínimo la parte que corresponde a cada miembro

individualmente. Por lo tanto, no puede dar verdaderos *salarios*. Pero, por otra parte, la naturaleza psíquica del hombre hace muy difícil eliminar toda forma de remuneración. Los socialistas formularon el principio de "repartir de acuerdo con la capacidad pero también con las necesidades de cada individuo". Este concepto considera las diferencias individuales pero es, desde su base, un poco ambivalente en cuanto a la participación igualitaria.

Es incuestionable que el trabajo de todas clases, la administración de los bienes, la producción de alimentos y el culto religioso son relativamente fáciles de desarrollar por los grupos comunales o dentro de ellos, ya que se puede distribuir la responsabilidad y el beneficio en partes aproximadamente iguales, al menos entre la mayoría de los miembros. La vida familiar, las experiencias sexuales y el cortejo, así como el estudio, son, por el contrario, actividades que no se pueden distribuir en forma completa o fácil entre los miembros, aunque los objetivos comunales pueden ejercer influencia sobre ellas y es posible realizar experimentos al respecto con la participación de todos los comuneros.

La crianza de los hijos es una actividad situada en algún punto intermedio: puede efectuarla una familia, un grupo familiar extenso o una comuna, de acuerdo con las convicciones y con la planeación específica de la entidad. Esta cuestión es esencial, ya que la comuna tiene que educar a sus nuevas generaciones dentro de los métodos y los ideales de la vida comunal, sobre todo si el grupo es de formación reciente. Si bien todas las sociedades comunales consideran necesario limitar las funciones de la familia y del grupo familiar, al mismo tiempo el parentesco ha desempeñado un importante papel en casi todas estas sociedades al servir de modelo primario de la relación comunal básica: la hermandad igualitaria.

Las comunas verdaderamente duraderas sólo pueden ser resultado de la prolongada participación, de la experimentación continua a lo largo de tres generaciones por lo menos; de otro modo no pueden tener estabilidad. La primera generación es el grupo heterogéneo que funda la comuna y da origen a la segunda generación, que es la primera cuya crianza y educación tienen lugar en el seno del grupo. Son los hijos de esta segunda generación los que reciben una herencia pura de vida comunal y los que vienen a constituir el grupo de Hombres Nuevos.

Una Voz en el Desierto

Si en realidad el hombre no es sino un producto evolutivo de la rapiña, que puede vivir en armonía sólo en condiciones excepcionales, existe una buena razón para propugnar la hermandad. La tradición comunal es la pequeña voz en el desierto de la barbarie humana; acaso todo habría sido peor de no existir el movimiento comunal.

La tradición comunal es algo muy humano y de profundas raíces; no se trata simplemente de un fenómeno nacido de las fantasías de un pu-

ñado de desertores y sus descendientes. Es, de hecho, muy de este mundo, pues constituye una manifestación de la profunda necesidad que tiene el hombre de agruparse para vivir experiencias y dar significado a su existencia. La comuna no es el paraíso en la tierra; es simplemente el ser humano en la tierra. Su vida social es una versión particularmente intensa de la vida de cualquier sociedad; su gobierno es igual al de cualquier pequeña comunidad; su política es la estrategia ingénita que se observa en un grupo familiar o pueblerino; su "aridez" socializada es la aridez de cualquier comunidad densamente poblada. Todo esto paga un precio social, pero también tiene valor como integrador de la identidad y profundizador cultural.

Empero, con frecuencia los hombres han llegado a la conclusión de que el precio de la vida comunal es menor que el de la enajenación y el extravío en la gran masa humana; esta convicción resulta de nuevo la más valiosa y significativa. Es cierto que no se puede convertir al mundo en una comuna gigantesca, como lo es el hecho de que las comunas pequeñas no han tenido un gran éxito. Pero la idea de comunidad, la adaptación de los conceptos comunales, indudablemente puede ser útil para atenuar algunos de los excesos de las sociedades competitivas, materialistas y sobretecnificadas de nuestros días.

¿SE ESTA SOBREADAPTANDO EL HOMBRE AL MEDIO?

Por René Dubos

El hombre ha demostrado una asombrosa capacidad para adaptarse a las complejidades urbanas y a la tecnología industrial. Pero, según un notable biólogo, paga por esta habilidad, a costa de nuevas enfermedades y del empobrecimiento de su vida emotiva. El doctor Dubos sugiere que, en cambio, intentemos diseñar nuestro medio para que se adapte a la naturaleza humana. Su artículo se ha reproducido del que apareciera en *Psychology Today.*

René Dubos es profesor de patología y microbiología en la Universidad Rockefeller, en la ciudad de Nueva York. Sus trabajos en el campo de los antibióticos y los efectos de las primeras influencias del medio abrieron caminos nuevos a la ciencia. Entre sus libros se incluyen *Man, Medicine and Enviroment* (El Hombre, la Medicina y el Medio), *So Human and Animal* (Un Animal tan Humano), que recibió el Premio Pulitzer en 1969 y, más recientemente, *Reason Awake: Science for Man* (La Razón Despierta: La Ciencia para el Hombre). Escribió "El Estado de Nuestra Ignorancia" en un número anterior de *Facetas,* dedicado a *La Crisis del Medio Ambiente.*

Hasta hace pocas décadas, la mayoría de los cambios tecnológicos y sociales fueron graduales y afectaron, a cada vez, sólo a un bajo porcentaje de la población. El ritmo del cambio era lo suficientemente lento para que el hombre se adaptara: las características fisiológicas y anatómicas de su cuerpo soportaron alteraciones para asimilar las nuevas circunstancias, y lo mismo hicieron sus actitudes mentales y estructuras sociales.

Pero hoy el medio está cambiando tan rápidamente que los procesos de adaptación biológica, mental y social no pueden mantener su ritmo. Una tragedia de la vida moderna es que la experiencia del padre tiene muy poca utilidad para sus hijos.

Como todos lo saben, las esperanzas de vida del hombre al nacer han aumentado enormemente en décadas recientes, especialmente en los grupos prósperos. Esto se debe, casi enteramente, a una reducción de la mortalidad infantil. La gente no vive mucho más que antes, pero los avances

Copyright © 1971 Comunications/Research/Machines, Inc.

de la medicina han permitido que, en su mayoría, salgan bien librados de los avatares nutricionales y microbiales de la infancia.

Aunque las esperanzas de vida al nacer han aumentado, la esperanza de vida después de los cuarenta y cinco años no ha cambiado nada, o muy poco. Los adultos de hoy no viven más que sus congéneres a principios de siglo. Aun con riquezas y el moderno cuidado médico, aún son víctimas de enfermedades. Paros cardíacos, embolias cerebrales, varios tipos de cáncer, artritis, enfisemas, bronquitis y padecimientos mentales se cuentan entre los muchos males crónicos que azotan a todas las sociedades tecnológicas ricas. . . son los males de la civilización.

La muerte por esas enfermedades no se debe a falta de cuidados médicos. En los Estados Unidos, por ejemplo los científicos, y especialmente los médicos suelen tener más corta vida que los miembros de otros grupos, aun cuando pertenecen a las privilegiadas clases sociales que tienen acceso fácil a la atención médica. El simple hecho es que sabemos muy poco acerca de las enfermedades crónicas y degenerativas. Sabemos, en cambio, que no son inherentes a la naturaleza del hombre, sino que son causadas por influencias ambientales y sociales que son expresiones ubicuas de la incapacidad del hombre para responder adecuadamente a los modernos modos de vida.

Peligros sin Precedente

Una analogía puede establecerse con la primera fase de la Revolución Industrial del siglo XVIII. Muchos de los obreros estaban recién llegados de las zonas agrícolas. Les resultó difícil adaptarse a las detestables condiciones de las ciudades, y se manifestó un profundo decaimiento de su salud física y mental. Después, mediante incontables medidas médicas y sociales, los hombres lograron adaptarse a las amenazas a su salud, inevitables en las fábricas y alojamientos de las ciudades industriales que por doquier se multiplicaban. Pero nuevos problemas de salud surgen hoy del súbito y profundo trastorno en el modo de vida humano.

Evidentemente, nuestras potencialidades de adaptación no son ilimitadas. Aún hoy pueden ser superadas por algunas de las tensiones creadas por el desarrollo tecnológico contemporáneo. En el curso de su evolución prehistórica, el hombre repetidas veces se encontró expuesto a hambres periódicas, tiempo inclemente, procesos infecciosos, fatiga física y muchas formas de temor. Esta experiencia evolucionaria ha generado en su constitución genética la potencialidad de adaptarse a muchas diferentes formas de tensión. Pero hoy se encuentra ante peligros sin precedente en su pasado evolutivo. Probablemente no posee las respuestas que serían indispensables para adaptarse a muchas de las nuevas amenazas del medio creadas por la tecnología moderna: los efectos tóxicos de ciertos productos químicos y sustancias sintéticas, las aberraciones fisiológicas y mentales que resultan de la mecanización de la vida, los estímulos artificiales y violentos omnipresentes en el mundo tecnológico.

La vida moderna está casi totalmente divorciada de los ciclos cósmicos según los cuales evolucionaba el hombre y hacia los cuales está íntimamente dirigida su constitución. Toda persona que cambia de un trabajo diurno a uno nocturno, o viceversa, conoce las dificultades mentales y físicas que resultan de esta perturbación en su ritmo hormonal. Los viajeros que cambian de un continente a otro en unas horas han sufrido molestias que suelen durar varios días... hasta que sus cuerpos se adaptan a los nuevos ciclos. Quizás estas perturbaciones fisiológicas deban ser pagadas después en forma de efectos patológicos... aún no lo sabemos, porque el fenómeno es muy nuevo. Sabemos que en las gallinas se desarrollan síntomas patológicos si se les expone durante un año a la luz artificial para aumentar la producción de huevos, pero casi nada se sabe de los efectos que producen en el hombre las perturbaciones de su normal ritmo fisiológico.

Biología vs. Tecnología

En resumen, resulta indudable que el hombre aún es inmensamente adaptable, pero es seguro que no puede adaptarse a todo y a cualquier cosa. Y la tasa de su evolución biológica es tan lenta que no es posible que mantenga el ritmo de la tasa de cambio tecnológico y social.

No niego que el hombre tiene una notable capacidad para adaptarse a las nuevas condiciones. Ha sobrevivido a las horribles hecatombes de la guerra moderna; se ha multiplicado en ciudades atestadas y en un ambiente corrompido, y ha trabajado efectivamente en atmósferas llenas de humo de tabaco y productos químicos, con el infernal ruido de teléfonos, máquinas de escribir y estrepitosos inventos mecánicos.

Como el hombre se adaptó durante los tiempos evolutivos a las vicisitudes de la Edad de Piedra, a menudo se presupone que puede adaptarse hoy a todas las condiciones traumáticas creadas por la tecnología moderna. Pero esto es improbable. Hoy existen condiciones sin precedente en la historia biológica del hombre, y hay pocas posibilidades de que esté equipado para adaptarse a todas ellas.

Se han hecho inmensos progresos durante el siglo pasado, en la teoría de la nutrición y en los aspectos prácticos de la producción de alimentos. Pero, desgraciadamente, poco se sabe de la especie de nutrición más apropiada para la moderna vida urbana. Los requerimientos de la nutrición se determinaban hace dos generaciones por los jóvenes vigorosos y físicamente activos, pero esos requerimientos no necesariamente convienen a una automatizada vida, con aire acondicionado. Una nueva paradoja es que los apetitos de nuestros antepasados evolucionaron para satisfacer ciertas necesidades fisiológicas y hoy pueden ser peligrosos, porque un agotador ejercicio físico ya no es parte de la vida cotidiana.

Mucho está por aprenderse sobre las necesidades de nutrición de las mujeres embarazadas y los niños pequeños. El nene más grande no necesariamente es el que será más saludable cuando adulto. Una dieta dema-

siado generosa a principios de la vida puede imprimirse en el niño de manera que sus demandas de nutrición sean excesivas después... con efectos nocivos a largo plazo.

Contaminación y Enfermedad

La contaminación del medio constituye otro ejemplo de la capacidad del hombre para vivir en un medio biológicamente indeseable y también de los peligros inherentes a esta adaptabilidad. Desde el principio de la Revolución Industrial, los habitantes de la Europa septentrional han estado expuestos a toda una gama de contaminadores del aire producidos por el carbón y por el humo de las plantas de productos químicos, que pueden ser aún peores con la inclemencia del clima del Atlántico. Pero después de una larga experiencia con la contaminación y el mal tiempo, los europeos septentrionales han creado reacciones fisiológicas y hábitos de vida que tienen un valor de adaptación: aceptan este lamentable medio casi alegremente.

Pero aun en aquéllos que parecen haberse adaptado a una atmósfera irritante, el sistema respiratorio continuamente registra el daño de los contaminadores del aire. Como resultado, las enfermedades crónicas pulmonares constituyen hoy el mayor problema médico en la Gran Bretaña. Está aumentando a un ritmo alarmante en Norteamérica, y probablemente se extienda a todas las áreas en proceso de industrialización. Hay pruebas de que la contaminación del aire aumenta la incidencia de varios tipos de cáncer así como las muertes de personas que sufren de enfermedades vasculares.

Los efectos, a largo plazo, de los contaminadores del aire, constituyen modelos de la índole de problema médico que probablemente surja en el futuro por otras formas de contaminación ambiental. Habrá quienes insistan en que la contaminación química del aire, el agua y los alimentos puede ser suficientemente controlada para impedir una incapacitación inmediata y sus obvios efectos tóxicos. Pero tolerarán menores concentraciones de contaminadores ambientales que no impiden la vida social y económica. Una continua exposición a un bajo nivel de agentes tóxicos con el tiempo dará por resultado una variada y progresiva patología que *no* será percibida en el momento de la exposición y que acaso no se haga evidente hasta varias décadas después.

Ruido y Muchedumbre

El ruido es otro apsecto de la contaminación ambiental que ciertos seres humanos pueden llegar a tolerar, pero a un alto costo. La gente se adapta a una continua exposición a un estrépito desagradable, desviando su atención y percepción de los sonidos cacofónicos. Sin embargo, esto no impide que progresen ciertos destructivos efectos anatómicos. Puede haber cierto daño al oído, una permanente incapacidad para captar ciertas frecuencias. Por lo tanto, el costo de la adaptación al ruido es una

pérdida en el disfrute de la música y de las más sutiles cualidades de la voz humana.

La adaptación a la muchedumbre también puede tener lamentables resultados a largo plazo. Admito, el hombre es un animal gregario que comúnmente busca un medio poblado. Pero esto no significa que el hombre pueda aumentar indefinidamente la densidad de sus poblaciones; significa tan sólo que no conoce sus límites de seguridad. En los animales, una población que exceda a cierto número da por resultado ciertas perturbaciones de conducta, y aun fisiológicas. El hombre generalmente ha evitado las peores de estas perturbaciones por medio de una gama completa de convenciones sociales y arquitectónicas, especialmente aprendiendo a desarrollar cierta inconciencia psicológica a su medio. En medios extremamente poblados cada uno vive —así lo parece— en un mundo propio. Pero con el tiempo esta adaptación al gentío reduce la capacidad del hombre para relacionarse con otros seres humanos. Puede perder conciencia de su presencia y hacerse totalmente antisocial.

A través de la prehistoria y de la historia, el hombre ha probado su capacidad de hacer adaptaciones que tiendan a corregir los efectos perturbadores del medio. Tales respuestas adaptativas contribuyen al bienestar del organismo en el momento en que ocurren, pero pueden ser deletéreas a largo plazo. Muchos de los males crónicos del hombre son consecuencias secundarias y aplazadas de respuestas homeostáticas que fueron adaptativas al principio, pero insuficientes a la larga. Por ejemplo, la producción de un tejido de cicatriz es una respuesta homeostática (asimilativa) porque cura las heridas y ayuda a contener el avance de la infección. Pero cuando el tejido de cicatrización se forma en el hígado o los riñones, produce cirrosis o nefritis; el tejido de cicatrización puede anquilosar las articulaciones en la artritis reumática o impedir el proceso respiratorio de los pulmones. En otras palabras, los procesos homeostáticos pueden tener una inmediata función protectora o reparadora, pero pueden resultar destructivos a largo plazo. La sabiduría del cuerpo a menudo es una sabiduría muy miope.

Los Ritmos Biológicos del Hombre

La adaptación también puede ser peligrosa para la salud mental. El hombre parace estar adaptándose a la fealdad de las ciudades llenas de humo, a las corrientes contaminadas y a los edificios hechos en serie; a vivir sin la fragancia de las flores, el canto de los pájaros y otros agradables estímulos naturales. Sin embargo, esta adaptación sólo es superficial, y destructiva a la larga. El aire, el agua, la tierra, el fuego, las fuerzas sutiles del cosmos, los ritmos naturales y la diversidad de la vida han conformado la naturaleza humana durante el pasado evolutivo y creado necesidades sensuales y emocionales, profundamente enraizadas, que no pueden desarraigarse El empobrecimiento de la vida sensoria y emocional dará por resultado, progresivamente, la atrofia de nuestros

incomparables atributos humanos. Como el gigante Anteo en la leyenda griega, el hombre pierde su fuerza cuando pierde contacto con la tierra.

Los mayores avances en materia de salud en el siglo pasado han resultado de la continua elevación de nuestro nivel de vida. Pero podemos estar llegando a la etapa de menores avances. Nuestra prosperidad crea un nuevo conjunto de problemas médicos. La contaminación del medio, el excesivo consumo de alimentos, la privación emocional, la falta de ejercicio físico, el constante bombardeo de estímulos antinaturales, el aislamiento del hombre del ritmo biológico natural... éstas son solamente algunas de las muchas consecuencias de la vida urbanizada e industrializada que tiene efectos patológicos directos o indirectos.

Ya no puede darse por sentado que una ulterior elevación del nivel de vida seguirá trayendo mejoras a la salud; más probablemente dará como resultado nuevas formas de enfermedad. Aun si podemos identificar los factores responsables de las enfermedades crónicas degenarativas, será extremadamente difícil contenerlos porque todos los aspectos del medio urbano e industrializado están tan íntimamente entrelazados en la urdimbre social.

Los hombres aceptarán medidas colectivas para proteger el medio. Mantener las calles y casas libres de desechos, filtrar y poner cloro a los abastecimientos de agua, vigilar la pureza de los productos alimenticios, asegurar un mínimo de aire puro en los lugares públicos... estas medidas pueden aplicarse colectivamente, anónimamente, y sin coartar seriamente la libertad individual.

Pero toda medida que requiera disciplina individual y esfuerzo personal probablemente sea desechada. Casi todo el mundo está consciente de los peligros derivados de comer demasiado, dejar de hacer ejercicio físico, fumar en exceso, consumir drogas, estar constantemente expuesto al aire contaminado, el ruido y la muchedumbre. Pero pocas personas están dispuestas a hacer los esfuerzos individuales necesarios para conjurar estos peligros. Y las consecuencias de las amenazas del medio a menudo son tan indirectas y a largo plazo, que el público rara vez está consciente de ellas.

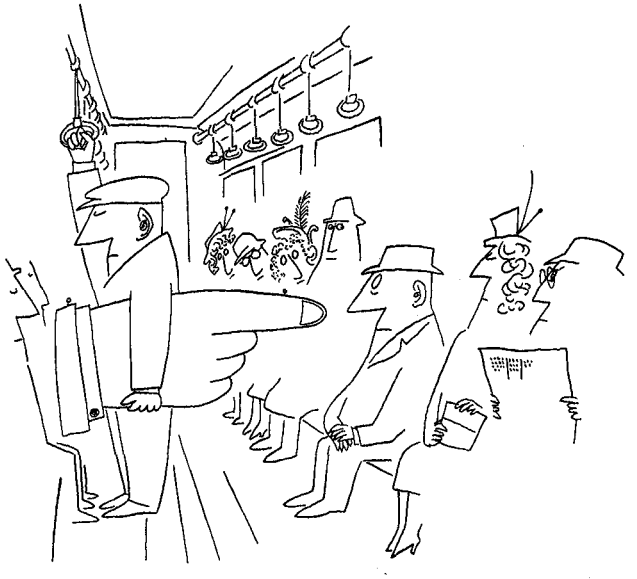
Un Medio para el Hombre

Las epidemias del pasado estaban conectadas directamente con el ambiente natural. Pero las enfermedades crónicas y degenerativas y los desórdenes mentales de hoy están integrados de una manera mucho más compleja, con el medio socio-cultural. Por esta razón son mucho menos reductibles a un control basado en la comunidad que las enfermedades de la nutrición e infecciosas, y exigen una mayor insistencia en la cooperación y el interés de la persona particular. Por lo tanto, es necesario reformular una política médica, de modo que las prácticas de salud pú-

blica que surgieron de la ciencia del siglo XIX sean suplementadas por unas relaciones más personales entre el médico y el paciente.

Desde luego, desarrollaremos nuevos procedimientos médicos para el tratamiento de las enfermedades crónicas y degenerativas —incluso las mentales— que constituyen los principales problemas de salud en las sociedades tecnológicas. También crearemos una tecnología protectora contra los daños del medio. Pero si dependemos exclusivamente de tales medidas defensivas, cada vez más nos comportaremos como criaturas perseguidas, corriendo de un invento terapéutico o protector a otro, cada uno más complejo y costoso que el anterior. Terminaremos gastando gran parte de nuestra energía defendiéndonos contra las amenazas de un medio que es creación nuestra, sacrificando así los valores que hacen la vida digna de vivirse.

El hombre no debiera tratar de adaptarse a un medio creado por las innovaciones sociales y tecnológicas; en cambio, debiera diseñar un medio realmente adaptado a su naturaleza. No debiera conformarse con medidas paliativas que tratan los efectos de condiciones objetables, sino cambiar las condiciones. Hoy, cuando la tecnología científica nos ha hecho tan poderosos y destructores, debemos tratar de imaginar la índole del medio y el modo de vida que deseamos, para que no terminemos con un fárrago de tecnologías y contratecnologías que, con el tiempo, nos corroerán en cuerpo y alma.



EL MENSAJE DE LA ILUSTRACION

Por Peter Gay

Hay una tendencia entre los intelectuales de hoy, según un historiador, a considerar la Ilustración del siglo XVIII como un período de hueco racionalismo, inapropiado a los problemas modernos. El profesor Gay refuta esta opinión, sosteniendo que la visión científica y filosófica de aquella época es muy pertinente a las aspiraciones contemporáneas. Su artículo se ha reproducido con autorización del número de *Horizon* de la primavera de 1970.

Peter Gay, profesor de historia en la Universidad de Yale, también es un prolífico autor. Entre sus libros se incluyen *Voltaire's Politics* (La Política de Voltaire), *The Dilemma of Democratic Socialism* (El Dilema del Socialismo Democrático) y *Weimar Culture* (La Cultura de Weimar). En 1967 recibió el Premio Nacional del Libro, en historia, por *The Enlightenment: An Interpretation* (Interpretación de la Ilustración), y en 1969 publicó *The Science of Freedom* (La Ciencia de la Libertad) que continúa su estudio en gran escala de las corrientes intelectuales del racionalismo y empirismo que dominaron la Europa del siglo XVIII.

La afirmación de que la Ilustración tenga algo que decir de interés a nuestra época parece absurda a primera vista. Diríase el esfuerzo de un empolvado erudito por establecer cierta clase de pertinencia con nuestra impaciente época. La Ilustración parece algo irreal, un mundo desvanecido, encantador en el peor sentido de la palabra, "histórico", totalmente remoto, alejado de nosotros y de nuestras apremiantes necesidades; se creería que está a cinco o diez siglos de nosotros, y no solamente de dos. Sabemos —¿no se nos dice frecuentemente?—, que la época de la Ilustración tendía a la razón, al optimismo, al humanitarismo, a la secularización, a las más desaforadas esperanzas, y que sus auto-declarados portavoces, los *philosophes*, eran una colección de irresponsables literatos, como Voltaire, o profesores nada prácticos, como Kant, o huecos filósofos-políticos, como Jefferson, todos ellos culpables primero de despertar y después de favorecer ciertas esperanzas injustificadas.

Si este retrato fuera exacto, la época de la Ilustración no sería más que un estado al que sería inútil aspirar. Y los programas reformadores

Copyright © 1970 by American Heritage Publishing Co., Inc.

de esos filósofos no serían más que una fantasía que una vez despertó falsas esperanzas y, como su ineludible consecuencia, provocaron verdadera desesperación. En el mejor de los casos, la Ilustración sería inaplicable; en el peor de los casos, sería perniciosa.

Pero en realidad, el retrato ha sido injustamente deformado. Cada una de sus líneas puede volver a esbozarse, y puede recibir nuevo significado. Y es importante que emprendamos esta actividad de corrección. Una vez dijo Santayana que quienes no aprenden del pasado se condenan a repetirlo. Podemos añadir que quienes no comprenden el pasado serán incapaces de aprender de él.

La "Ilustración" es el nombre dado a dos entidades distintas pero interdependientes. Es el nombre de una época, el siglo XVIII en toda Europa y las colonias europeas en el Nuevo Mundo y al mismo tiempo es el nombre de un movimiento que permeó y llegó a dominar tal época: un movimiento filosófico. Las dos Ilustraciones no eran una sola. Kant con su habitual precisión llamó a su época una época de ilustración pero no una época ilustrada; en otras palabras, había mucho trabajo que pudieran realizar los filósofos críticos y reformadores.

Una Edad de Esperanza

Siempre es peligroso caracterizar a un siglo con un solo epíteto pero corriendo el riesgo llamaré a la edad de la Ilustración una edad de esperanza. La esperanza que irradiaban los científicos y filósofos captó la imaginación de un gran público. Cada vez más hombres llegaron a sentir un sentido de poder sobre su propio medio y sobre sus destinos individuales. Esta esperanza brotaba de muchas fuentes y fue esta influencia de elementos la que la hizo tan irresistible. Y *fue* irresistible. No sólo optimistas profesionales como Condorcet, sino duros idealistas e implacables críticos del optimismo, como John Adams, descubrieron que su época ofrecía un sólido terreno para la confianza en sí mismo. La ciencia, y su compañera la tecnología, abrían nuevas y mejores perspectivas sobre una vida que podía ser más larga, más cómoda, más segura de lo que fuera nunca la vida antes. La ciencia, también, con sus espectaculares triunfos parecía mostrar un método seguro de adquirir conocimientos fuera de los dominios cada vez más especializados de la física o la astronomía.

Pocos filósofos eran lo suficientemente pretenciosos para negar a sus antecesores toda capacidad de un pensamiento rico y fructífero, pero el pensamiento científico de su propia época les pareció un nuevo instrumento, mucho más poderoso, mucho más preciso que ningún instrumento intelectual jamás ideado. El pensamiento científico, de una manera sin precedente, única, contó con la aportación unánime de las mentes bien informadas. Tal como lo dijeran, un tanto anticuadamente, los fisiócratas franceses, Euclides había sido el mayor déspota que jamás viviera: sus proposiciones habían obtenido el consenso de todos los hom-

bres inteligentes y de buena voluntad. La filosofía, según sostenían los filósofos, debía imitar las ciencias exactas y producir ideas que pudieran corregirse, refinarse y mejorarse, de tal manera que pudieran llegar a ser aceptadas universalmente como ningún sistema filosófico o doctrina teológica lo hubiera sido o pudiera llegar a serlo.

Esta cualidad de las mentes ilustradas merece nuestra atención, pues separa al siglo XVIII de sus predecesores y lo coloca en relación directa con el nuestro. Voltaire consideró que la historia aspiraba a la condición de ciencia; Adam Smith desechó la "aritmética política" de los anteriores economistas, considerándola inadecuadamente precisa; los autores de los documentos Federalistas de los Estados Unidos hablaban con orgullo de los avances que en su propia época había realizado la "ciencia de la política". Es característico de la época de la Ilustración que las ciencias humanas —fisiología, economía política, ciencias políticas, historia de la cultura y sociología— comenzaran entonces. Y los más destacados practicantes de estas nuevas ciencias —casi todos ellos filósofos— una y otra vez reiteraron que tenían dos propósitos interrelacionados: establecer verdades objetivas y generales acerca del hombre y su conducta y establecer estas verdades, principalmente con el fin de mejorar el destino del hombre.

Una Vida Mejor

La esperanza común que así animara al siglo XVIII no brotó tan sólo de las invenciones del intelecto. Por doquier, estos hombres vieron pruebas de mejora, sobre todo en la medicina. La medicina del siglo XVIII no nos parece hoy muy impresionante, incluso nos parece muerta; pero sus contemporáneos la encontraron enormemente promisoria. Nosotros somos más escépticos antes de atribuir una importancia causal a un solo elemento, tendemos a dudar de que la desaparición de las pestes y la reducción del hambre, así como el palpable aumento de la población en toda Europa, fueran, de alguna manera, la obra de una mejor atención médica. Pero el siglo XVIII encontró que sus escasas estadísticas eran espectaculares y prometedoras: tomaron como buen augurio el aumento de la población, como signo de crecientes esperanzas para todos. El pesimismo de Thomas Malthus llegó al final —de muchas maneras *marcó* el final— de la época de la Ilustración.

Esto no fue todo. El comportamiento de todas las clases —aun de las clases superiores— parecía mejorar. Hubo mayor diálogo y menor violencia, y las causas reformistas, como la cruzada contra la esclavitud recibieron seria atención. Horace Walpole —que no era ningún optimista— consideró que aquél era un siglo espléndido. La razón, escribió, finalmente había empezado a "alcanzar ese ascendiente en los asuntos del mundo" que merecía; aunque sobrevivían prejuicios y tiranías, por lo menos no habían producido nuevos "perseguidores ni mártires". Era notable, en su opinión, que: "ningún primer ministro pereciera en el patíbulo,

ningún hereje en las llamas: una princesa rusa dejó con vida a su rival; aun en Turquía, el arco se ha distendido".

Estas mejoras, y muchas otras, estaban lejos de ser universales. En años recientes, los historiadores insistentemente nos recuerdan que en el siglo XVIII los pobres siguieron siendo tan pobres como fueran siempre: que una corta esperanza de vida seguía siendo la regla general entre la mayoría de la gente; que aunque las epidemias dejaron de azotar a la población, las clases bajas continuaron pereciendo, en números incontables, y aunque el hambre oficialmente desapareció, muchos, extra-oficialmente, siguieron muriendo de hambre. La explotación no se desvaneció con las nuevas técnicas industriales que se difundieron, lentamente al principio, y luego con más rapidez, por Inglaterra y luego por Europa. Simplemente tomaron nuevas formas, a menudo más bárbaras. El derecho, una provincia consentida de los filósofos reformadores, se hizo más represivo cuando las clases posesoras trataron de protegerse a sí mismas de los más pequeños latrocinios, aumentando la lista de crímenes por los que habría de aplicarse la pena de muerte. Y, sin embargo, aunque hagamos todas estas concesiones, si seguimos teniendo presente que la historia por lo general la escriben quienes son lo suficientemente afortunados para poder escribir, aun así sigue siendo cierto que el color de la vida era más brillante y que crecieron, desenfrenadas, nuevas esperanzas, como una yerba benéfica.

Reforma, No Utopía

En respuesta a estas esperanzas, los filósofos desarrollaron su programa. Si los filósofos eran reformadores, lo eran por dos razones: tenían buenas causas para creer que su programa tenía oportunidades de llevarse a cabo, y seguían teniendo mucho que hacer. Lejor de ser utópicos, los filósofos palparon el temperamento de su siglo y trataron de ganarse su opinión pública e influir sobre su dirección. Pero era la dirección en que el siglo, de todos modos, estaba avanzando, aunque más lentamente de lo que los impacientes filósofos lo hubieran deseado. En una palabra, el optimismo del siglo XVIII era realismo. O, para decirlo de otra manera: la filosofía de la Ilustración era la filosofía que la época de la Ilustración deseaba, necesitaba y merecía.

Así, precisamente como el optimismo de los filósofos era más razonable de lo que muchos han creído, también era más moderado. Nada sería más fácil (nada, a la luz de los libros de texto, parece más necesario) que recopilar una pequeña biblioteca de declaraciones pesimistas de los filósofos de todos los países, alemanes como Wieland y escoceses como Hume, franceses como Voltaire e italianos como Beccaria. Todos esos filósofos eran hombres de buena voluntad, pero ninguno tenía confianza en una teoría del progreso. Todos hablaban bien de las perspectivas de la razón humana, pero ninguno dijo nunca, y ni siquiera creyó, que triunfaría totalmente o para siempre.

En realidad, la propia opinión que estos filósofos de la Ilustración tenían de la razón era algo sumamente complicado y de mil matices. Lejos de denigrar la pasión, los filósofos apreciaban todo su poder y sabían apreciar su obra. Persistentemente atacaron al cristianismo —era su principal enemigo—, porque el cristianismo les parecía el enemigo mortal no sólo de la razón, sino también de las pasiones. Todos recuerdan la observación de David Hume de que "la razón es y debe ser la esclava de las pasiones", pero muy pocos han tratado esa frase con la seriedad que merece. Con un vigor que algunos modernos dramaturgos envidiarían, los filósofos honraban las exigencias del cuerpo y celebraban los placeres sensuales: dentro de la razón, sin duda, pero vigorosamente.

Y esto aún no es todo. La admiración a la razón de los filósofos de la Ilustración era, para usar un lenguaje moderno, una confianza en el método científico. Las incesantes quejas de los filósofos contra los metafísicos del siglo XVII y sus ambiciosos sistemas racionalistas —aunados a su también incesante defensa de la "modestia filosófica" de Newton— hizo de los hombres de la Ilustración los apóstoles de la experiencia, pragmáticos que insistieron en someter a prueba toda proposición o toda institución, por sus obras, que no por sus apariencias.

Las Limitaciones de la Ilustración

Así considerada, la Ilustración resulta más complicada y mucho más razonable que antes. Resulta posible ver a la Ilustración no como fósil al que hay que mostrar en una vitrina, para la remota admiración o el bostezo de nuestra indiferencia, sino como una fuerza que puede emplearse.

Pero, ¿cómo? Demos por sentado que los principales historiadores de la ilustración —Hume y Voltaire, Robertson y Gibbon— fueron los primeros historiadores modernos; aun así, su moralización y su preocupación por los errores del cristianismo comprometen el valor de sus historias como modelos vivos para los historiadores de nuestra época. Demos por sentado que los más destacados sociólogos de la Ilustración —Montesquieu y Hume, Ferguson y Adam Smith— fueron los primeros sociólogos modernos; aun así, sus inadecuados datos y primitivas teorías reducen sus libros, por muy fascinantes que sean, a la calidad de distantes antepasados de los libros de sociología que hoy estudiamos. Demos por sentado que los estéticos de la Ilustración —Dubos y Hume, Diderot y Kant— fueron los primeros estéticos modernos; aún así, su afán de libertad estética estaba tan íntimamente relacionada con el neo-clasicismo que sus preocupaciones ya no son las nuestras.

Y, lo más perturbador de todo: demos por sentado que los reformadores de la Ilustración (y ello incluye prácticamente a todos los filósofos en todos los países que se enorgullecieron de la Ilustración) fueron los primeros reformadores modernos —odiaron la esclavitud, lamentaron la pobreza, denunciaron las crueldades del derecho penal y la mano

muerta de la censura, y delataron la sujeción de las mujeres y niños— y que sus objetivos siguen siendo reconocibles y aun admirables; aún así, sus propósitos específicos nos parecen tibios y, de hecho, inaplicables: inaplicables en parte porque ya se les ha alcanzado, en parte porque ya no nos preocupan, o nos preocupan poco.

Si pudiéramos resucitar a un filósofo y mostrarle la diferencia que hay entre su tiempo y el nuestro, yo creo que él saludaría, en lugar de lamentar, esa discrepancia, como señal del triunfo de su propio movimiento; después de todo, los filósofos trataban de obtener conocimientos científicos, que, como ya he dicho, son auto-correctivos y progresivos. Si a menudo no triunfaron, y soportaron una carga de suposiciones no examinadas y conclusiones apresuradas, más pesada de lo que ellos creían, si los procedimientos mismos han necesitado notables enmiendas, reformulaciones, esto en sí mismo, no hace caducar la Ilustración. ¿No estaba en la naturaleza misma de su pensamiento invitar y saludar todo cambio, aun en el método del propio pensamiento?

Todas las Creencias a Prueba

Con esta cuestión hemos llegado al núcleo del pensamiento de la Ilustración y el significado sobreviviente de la Ilustración para nuestra época: su método.

Los filósofos trataban de extender el pensamiento crítico a todas las áreas de la vida y la creencia humana, extenderla aun—especialmente— a aquellos recintos sagrados que normalmente habían estado libres de todo escrutinio: la legitimidad de las autoridades dominantes, la conducta de la casa reinante, la lógica de la religión de estado. Las cínicas observaciones de Gibbon sobre la política religiosa de los emperadores romanos y las sardónicas disecciones hechas por Voltaire de los ejercicios mentales de apologética de los teólogos contemporáneos suyos acaso fueran deficientes en humanidad, pero señalaban directamente la más significativa contribución hecha por la Ilustración a su época y, si queremos escucharla, también a la nuestra: son ataques directos a la formidable ciudadela de la creencia no probada.

A menudo se ha dicho que la crítica no basta. No sólo se puede vivir por método. Pero la crítica de la Ilustración no sólo era destructiva, y su método era más que un método. Cada uno implicaba una filosofía del hombre. Los grandes críticos de años más recientes —Marx, Nietzsche, Freud—, todos ellos de manera decisiva hijos de la Ilustración, ejercitaron sus facultades mentales y desarrollaron sus técnicas de crítica, no por un maligno placer privado. En cambio, trataron de penetrar, más allá de las apariencias, en las realidades, observar a través de la jerga de los teólogos, políticos —e historiadores— para exponer los auto-engaños inconscientes del hombre, en bien de una mayor jurisdicción humana sobre los acontecimientos.

Pero estos críticos posteriores ejercieron su pensamiento a su propia

manera. Habían encontrado un nuevo terreno en el cual levantarse. Esto, debo repetirlo, era perfectamentte natural. Un pensador del siglo xx que buscara por todos los medios imitar a Lessing o a Voltaire o a Hume, de ninguna manera sería como ellos. Sería un esclavo de los libros, aquellos fueron discípulos de la experiencia. Sería un anticuario, que no perdería nada de sus modelos... más que el espíritu. El auténtico admirador de la época de la Ilustración le mostrará su admiración avanzando más allá de ella.

El Temperamento Moderno

Pero, ¿en qué dirección? Nuestra época, al parecer, en su temperamento, en sus ideas, es la antítesis de la Ilustración; por muy razonable que fuera la auto-confianza de la Ilustración, nuestras dudas de nosotros mismos nos parecen igualmente razonables. Ambos parecen respuestas apropiadas a la experiencia. No necesito repetir extensamente los males de nuestra época. La amenaza o la tentación del irracionalismo se encuentra por doquier. No sólo hemos descubierto los poderes del irracionalismo; la propia razón parece haber enloquecido. Las peores creaciones de nuestra época —la manipulación del público consumador y la violación de la intimidad por poderosos medios; el lavado de cerebro practicado por los comunistas chinos, el genocidio practicado por los nazis, la corrupción del medio y la brutalidad de la política mundial— son, todos, productos de la invención, del cálculo, del experimento, de la razón práctica al servicio del lucro, la degradación y el asesinato. La ciencia, que un día fuera el gran sueño del hombre, se ha convertido en nuestra pesadilla.

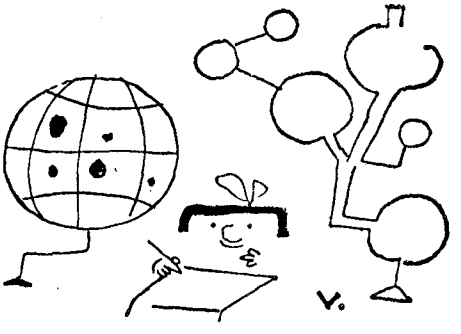
No pretendo tomar a la ligera nuestros terrores, nuestras víctimas y nuestras sombrías perspectivas si añado a esta habitual lista de horrores unos cuantos rayos de esperanza, que hoy no están de moda. Con todas nuestras angustias, por debajo de la superficie de nuestras vidas hay, en mi opinión, ciertos elementos de salud. La debilidad misma de Europa, el fracaso mismo de nuestra política exterior, sugieren que en medio del tumulto, la fealdad y el sufrimiento, una civilización global puede estar a punto de nacer. Así como hace 400 años los *politiques* franceses propusieron la idea nueva y absolutamente subversiva de que los hombres de diferentes creencias religiosas podrían vivir juntos en un mismo país, bajo un mismo soberano, así hoy estamos presenciando la difusión de una idea igualmente nueva e igualmente subversiva, de que la guerra total es absurda, impráctica, imposible. Puede ser un pobre consuelo en la tierra yerma de nuestro siglo, pero aún estamos aquí; y ello, ante la Nada, es mejor que nada. De manera similar, las rebeliones de los jóvenes y de los negros en este país, como en otras partes, son ricas en posibilidades ambiguas e inesperadas.

Una Libertad Responsable

Desde luego, la pregunta decisiva es, ¿qué podemos hacer con todo

ello? ¿Seremos víctimas o guías? Y es aquí donde la Ilustración sigue teniendo validez para nosotros y aún puede ejercer una influencia considerable y benéfica sobre nuestra civilización. Pues lo que la Ilustración logró, con su defensa de la crítica y su insistencia en el derecho del examen de todo, sin componendas, fue enseñar al hombre el camino de la autonomía, es decir, de la libertad responsable.

La autonomía, dijo Kant —en nombre de la Ilustración— en sus últimos años, es la libertad de obedecer leyes racionales. Esta frase, a primera vista, parece un poco oscura: ¿qué libertad hay en la obediencia? Pero, en rigor, esta frase resume, con espléndida economía, el significado del método crítico de la Ilustración. Sostiene que obedecer a todo impulso pasajero, seguir cualquier capricho, rendirse a cualquier pasión, no es libertad sino anarquía, que simplemente es otra forma de esclavitud. El hombre libre sigue la ley, pero su libertad yace en su conocimiento de que él mismo, libremente, ha hecho esa ley, y que es una legislación la que ha brotado de su continuo y crítico examen de su medio, de sus posibilidades y de sí mismo. Tal ley no sólo da un dominio de sí mismo, sino dominio del propio destino hasta el punto en que esto se encuentra dentro del dominio del hombre. Y sólo siguiendo este método y rechazando toda componenda fácil y el atractivo, extrañamente seductor, de la desesperación, podrá el hombre dominar el mundo que él mismo ha hecho.



EL TEATRO ACTUAL NORTEAMERICANO

Por Jaime Potenze

Un notable crítico argentino considera que cierto espíritu de rebeldía es la característica dominante del actual teatro norteamericano. Sus comentarios se basan en un prolongado viaje que hizo por los Estados Unidos.

Jaime Potenze es crítico teatral y cinematográfico del periódico *La Prensa* (Buenos Aires) y de la revista *Criterio.* Ha sido miembro del jurado en el Festival Cinematográfico de Venecia y gerente de la Editorial Universitaria, de Buenos Aires. Es autor de *Breve Crítica del Teatro Argentino* y colaborador de revistas y periódicos de varios países. El Sr. Potenze, que domina varios idiomas, ha observado el escenario teatral en más de una docena de países de Europa y América.

Hace poco tiempo tuve oportunidad de visitar nueve ciudades norteamericanas —Nueva York, Washington, Williamsburg, New Orleans, Dallas, San Francisco, Los Angeles, Las Vegas y Boston. Mi objetivo principal era ver teatro, vieja manía que me ha llevado a través del mundo por escenarios tan diversos como los de Tel Aviv, Oslo o Río de Janeiro. No es un misterio que, por lo menos en teoría, los Estados Unidos son uno de los países más vitales en materia dramática, y la lista de autores famosos que pueden exhibir basta para enorgullecer a cualquier comarca. Por otro lado, nadie ignora que el país está pasando en este momento por lo que podría denominarse una crisis de crecimiento, y los gustos han variado, no solamente en materia teatral, sino en todo aquello que se refiera a la expresión estética. Quizá fuera un poco exagerado afirmar que la juventud ha tomado las riendas, pero no es desatinado advertir que constituye la mayoría del país, por lo que es natural que lo que se muestra en sus escenarios sea lo que esta generación prefiere.

No obstante, peligroso sería hacer generalizaciones, y dejarse guiar por la prédica de publicaciones como *The Drama Review,* a la que sostiene la Universidad de Nueva York, para la que no es válido ningún teatro que no sea de experimentación. Es cierto que hay en este momento una serie de tendencias que se aferran al concepto de que la escena no puede ser un lugar donde se relata una anécdota desde el punto de vista clásico que incluye un planteo coherente, un desarrollo lógico y un final que corone los elementos antedichos. No obstante, hay autores como Arthur Miller

que siguen escribiendo de modo tradicional, y *El Precio* es actualmente una de las piezas de más éxito que se muestran en Broadway.

Sin embargo, lo primero que salta a la vista del observador desapasionado es la utilización que se hace allí del teatro como elemento revolucionario. Es cierto que resulta muy difícil saber qué buscan estos jóvenes rebeldes, y la respuesta obvia es que tratan de terminar con el "establishment", en lo que se relacionan estrechamente con sus colegas ingleses. Por ello, para estudiar el teatro norteamericano contemporáneo sería interesante hacer un parangón con el de Gran Bretaña, que dio su primer grito de rebelion con John Osborne y sus seguidores, a los que se llamó "los jóvenes iracundos". Era gente que estaba rabiosa contra una manera de ser y sentir a la que encontraban exageradamente victoriana, y a la que las rígidas tradiciones británicas habían terminado por hartar pues veía en ellas una dosis nada despreciable de hipocresía. En los Estados Unidos el blanco preferido de las invectivas es la sociedad de consumo, y al mismo tiempo un deseo de liberarse de todo aquello que aun lejanamente recuerde a moldes estrictos de vida.

Lo Nuevo y lo Viejo

Por ello, no puede sorprender que *Hair* sea una de las obras de más éxito en la actualidad porque constituye en el fondo un manifiesto contra esa idiosincrasia que se considera abominable. El título es, en su síntesis, todo un programa, ya que se refiere al pelo largo que usa buena parte de la juventud norteamericana, que ha llegado a simbolizar un modo de vida. La canción con que se abre la obra lo dice muy claramente: tenemos todas las preocupaciones y problemas de la generación anterior, pero al mismo tiempo los encaramos de un modo más vital, despojándonos de todo prejuicio. Y por ello, queremos que se nos deje vivir del modo que hemos preferido, vistiéndonos como se nos da la gana, dentro de una absoluta libertad sexual, acudiendo a las drogas para estimularnos, y, en el fondo, preconizando el amor. La frase "Hagamos el amor y no la guerra", es una referencia directa hacia el problema de Vietnam.

Esto nos lleva a la primera conclusión importante sobre el estado del teatro norteamericano contemporáneo: con excepción de Arthur Miller, los dramaturgos famosos han pasado a un segundo plano. Fallecido O'Neill parecería que Tennessee Williams, William Inge, Paddy Chayefsky, Lillian Hellman, Thornton Wilder o William Saroyan, no son capaces de reverdecer laureles, ya que una lavada *Everything in the Garden,* de Edward Albee, vista en Boston, de ninguna manera puede ser considerada una buena pieza. Lo malo de esto es que aquéllos no han sido sustituidos por gente nueva capaz de proporcionar dramas de jerarquía, y en cuanto a los experimentos, los mismos adolecen de monotonía y falta de imaginación. Debe, por ello, deducirse, que el teatro de habla inglesa tiene hoy día sus mejores representantes en Inglaterra o en Irlanda, ya que ni con lupa sería posible encontrar en los Estados Unidos a un Pinter o un

Beckett. Lógicamente, por razones de idioma, quedan fuera Dürrenmatt, Frisch o Weiss.

No es simpático advertir acerca de esta decadencia, pero sería injusto no señalarla. No obstante, hay quienes suponen que en los intentos por una nueva forma de expresión y un modo de vida distinto, existe un fermento renovador que es lo que salvará al teatro de los Estadoso Unidos. Quizá sea oportuno estudiar estos movimientos, pero antes examinemos lo que se pudo ver en Broadway durante mi estada en Nueva York.

La Ultima Pieza de Arthur Miller

El Precio retoma una serie de constantes de la temática de Arthur Miller, entre las que la fijación de los hijos por los padres —clave de *Muerte de un Viajante*— es la principal. Asimismo ratifica la preferencia del autor por el trazado de personajes específicamente judíos, cuyo origen está en *Después de la Caída,* y culmina en *Incidente en Vichy.* Se trata de un drama denso, de progresión lenta, que enfrenta a dos hermanos que han seguido rumbos distintos en la vida, y que a su manera han fracasado, a pesar de que uno de ellos es rico y famoso. No importa tanto la anécdota como la descripción de los caracteres, por lo que Miller se toma su tiempo, y los personajes van revelando su verdad a través de los acontecimientos. Quizá lo más atrayente de la pieza radique en una atmósfera que se va haciendo cada vez más obsesiva, hasta su culminación, aunque es probable que la resolución del drama no sea la más adecuada.

Miller ha tratado con mano segura la idiosincrasia de los dos personajes principales, y de sus interacciones deriva la médula de la trama, que está íntimamente relacionada con sus recuerdos. De ahí que no sólo importe lo que ocurre en el escenario, sino que se ve obligado el espectador a ubicarse en el pasado, para poder aprehender el presente, desde que el padre de los protagonistas es, aunque haya desaparecido físicamente de sus vidas, el factor desencadenante de la tragedia actual.

Por ello, la obra posee un elemento de misterio que es su mérito principal: los caracteres son movidos —de acuerdo con los cánones ortodoxos de la tragedia— por una fatalidad que los exime, en cierto modo, de su responsabilidad, pues, sobre todo en el caso de Victor, están adheridos consciente o inconscientemente a una especie de autodestrucción. Miller ratifica acá su concepto pesimista de las relaciones humanas, y un determinismo que llega a ser obsesionante.

Desde el punto de vista estrictamente formal, el autor ha revelado cierta inseguridad al insertar a un personaje, que si bien es fundamental, está demasiado tiempo en escena, sobre todo en el primer acto, mientras que en el segundo aparece esporádicamente para crear dos situaciones de anticlímax que poco favorecen al drama, porque en el momento en que la tensión llega a estremecer, la ruptura del clima trágico puede molestar a quien estaba firmemente poseído por esa atmósfera. También es un poco efectista el final, que agrega una pizca de melodrama a lo que hasta ese

Arthur Miller, EL PRECIO *"un concepto pesimista de las relaciones humanas".*

entonces era una tragedia cabal. No obstante, esta objeción no alcanza a empañar la indudable jerarquía de *El Precio,* digna muestra de que el autor sigue fiel a sus antecedentes, pues es uno de los dramaturgos norteamericanos más preocupados por el destino de los seres humanos.

"Off-Broadway"

Como este artículo pretende referirse solamente al teatro específicamente norteamericano, dejaremos a un lado algunas facetas de Broadway que me llamaron la atención como la excepcional actuación de Donald Pleasance en *The Man on the Glass Booth,* de Robert Shaw, dirigida por Harold Pinter; o el trabajo igualmente estupendo de Alec McCowen en *Adriano VII,* de Peter Luke; pero se trata de obras e intérpretes británicos. Dejaré a un lado, asimismo, a la comedia musical, cuyos exponentes más famosos eran *Hello Dolly, Fiddler on the Roof* y *Cabaret,* aunque volveré a ocuparme de *Hair* por lo que significa de renovación.

Llega, por ello, el momento de ocuparse del "off-Broadway". Hasta hace poco, era corriente referirse en los Estados Unidos al "legitimate theatre" y al "off-Broadway", que se presentaba fuera de los teatros que figuran en la cartelera que podríamos llamar oficial de los periódicos. Antiguamente, "off-Broadway" significaba experimentación, o, dicho de un modo más rotundo, lugar donde se presentaban piezas cuyo destino comercial era incierto. Lógicamente, esto no quiere decir que las mostradas en el centro de Nueva York tuvieran buenas recaudaciones aseguradas, pero los empresarios de estas salas tenían en cuenta, ante todo, los que se presumían gustos clásicos del público.

Hoy día la situación ha variado bastante, y se exhiben "off-Broadway" piezas claramente comerciales como *The Boys in the Band,* de Mart Crowley, o *Scuba Duba,* de Bruce Jay Friedmann; mientras que en Broadway se permiten los empresarios el lujo de montar piezas dirigidas por Harold Pinter, que es un director intelectual. Pero lo que llama la atención al

crítico venido de lejanas tierras son las experiencias del Living Theatre; los métodos nuevos del Open Theatre; las funciones del Café La Mama o el Café Chino (llamado así por el propietario, Joseph Chino), el trabajo de laboratorio de The Performance Group; las extravagancias de The Ridiculous Theatre; las andanzas del Bread & Puppet Theatre; y, *last but not least,* el teatro negro, con sus problemas internos.

Pero quizá sea conveniente ocuparse de *Hair,* que no solamente es uno de los éxitos mayores de los Estados Unidos, sino que ha conquistado una fama que se ha extendido a todo el mundo. Y tomemos el toro por las astas: quienquiera se refiere a *Hair* piensa de inmediato en la escena en que un grupo de mujeres y hombres quedan desnudos frente al público. Hasta ahora, no era infrecuente ver mujeres desnudas en los escenarios, sobre todo en los cabarets alemanes, ya que los franceses, a pesar de su fama, siempre han tenido una cuota de pudor; pero la desnudez masculina quedaba reservada a las estatuas y la pintura. Adelantémonos a advertir que la desnudez no es, ni de lejos, lo más importante de *Hair,* y que pueden verse en este momento en los Estados Unidos una serie de obras mucho más osadas, en materia formal.

Un Catecismo Hippie

Por lo pronto, *Hair* es una nueva propuesta en materia de comedia musical, y su característica principal es que ataca decididamente "the American way of life" y el "establishment" con jocosa ferocidad. Esto puede dar lugar a disputas y polémicas, lo que en sí es positivo, ya que tiende a despertar inquietudes. Hasta *Hair,* la mayoría —quizá la casi totalidad— de las comedias musicales, pecaban de gigantismo: decorados fastuosos, música muy pegadiza, vestuario lujoso, y una vacuidad absoluta, con escasas excepciones entre las que puede destacarse *West Side Story, The Fantasticks* y *Fiddler on the Roof.* Eran producciones típicamente industriales, que en cierto modo señalaban la prosperidad de un teatro capaz de gastar millones de dólares en brindar la posibilidad al espectador de evadirse de la realidad, fuera en las Ziegfeld Follies, o la contemporánea *Hello Dolly.*

Hair toma el camino contrario. La inmadurez de los autores de la obra es más psicológica que intelectual, cosa bastante corriente en la época contemporánea, pero tiene el mérito de una franqueza que se acerca mucho más a la realidad que los edulcorantes productos de Rodgers y Hammerstein. *Hair* es, quizá, un catecismo hippie, y entusiasmarse exageradamente con ella sería tan trivial como negarla "in limine", o darle una trascendencia que no tiene.

Quizá la aproximación más precisa a esta comedia musical sería calificarla como expresión adolescente. Estos tímidos sexuales tienen los ojos muy abiertos frente a problemas básicos de su país, y se introducen en la crítica social con agudeza. Como todos los jóvenes, tratan de escandalizar a los mayores con palabras fuertes, gestos que pueden parecerse a la obscenidad, o frases supuestamente cínicas. Cualquier estudiante de psico-

logía sabe que en el fondo de estos exabruptos yace una espantosa inseguridad, que, paradójicamente, es lo que proporciona su valor preciso a la obra, escrita con auténtico talento, por otra parte.

Nadie ignora que los Estados Unidos tienen hoy días varios problemas aparentemente insolubles, entre los que se cuenta, en primer término, la desorientación de su juventud, que se refugia en las drogas, el alcohol, o el sexo para intentar encontrar una salida. La ira de sus primos ingleses, reflejada al principio en el teatro de Osborne, y perfeccionada en las aberraciones de Orton o cualquiera de sus acólitos, se ha convertido en los Estados Unidos en algo mucho más grave como es la autodestrucción.

Lógicamente, *Hair* puede ser una diabólica hipocresía inventada por quienes han aprovechado el indudable sentido autocrítico de los anglosajones, para presentar un espectáculo que sirva, por lo menos provisionalmente, de catarsis. Pero aún así, sería una comedia musical hecha por bandidos muy sagaces, que insólitamente ayudarían a tranquilizar conciencias merced a una especie de confesión pública. Aun cuando así fuera, quedaría en pie el hecho de que se han aprovechado algunas verdades a medias para ayudar a encontrar una verdad integral. No vamos a caer en la ingenuidad de aceptar esta muestra de teatro norteamericano como una verdad absoluta, ya que en el fondo es un grito de angustia. No obstante, creemos que es una expresión muy auténtica de cierta realidad del país, y por ello digna, más que de atención, de meditación.

Otras Vanguardias

Durante mi estada en Nueva York vi *Dyonisus in 69, The Sound of a Distant Drum, Thurds in Hell,* y otras piezas menores selladas por una co-

HAIR *"un catecismo hippie".*

mún confusión, y un uso indiscriminado e innecesario del desnudo. *Thurds in Hell,* vista en un teatrucho de la calle 42 a medianoche, no va más allá de la tediosa obscenidad; como *Dyonisus in 69* es poco más que una pedantería ingenua, notable en su director Richard Schechner, director de una revista bastante insufrible llamada *The Drama Review,* cuyos redactores parecen rivalizar en oscurecer y confundir las cosas. La otra pieza posee algún valor mayor, pero es también innecesariamente obsesiva. La idea es desarrollar pasiones dentro de un clima de libertad creadora, que no pasa de desnudar gente de ambos sexos en escena.

En el fondo, todos ellos creen deber algo a Artaud y el teatro de la crueldad, y es posible que hayan leído al maestro. Su posición es estrictamente anti-intelectual, y se dirige a provocar las impresiones del espectador, abominando de todo realismo. Pero en el fondo hay acá una indigerida mezcla de Freud, Marx, Marcuse y la revista *Playboy,* con más proclividad hacia esta última que a los demás. Por lo pronto, es muy difícil que un norteamericano pueda llegar a ser marxista, por lo menos por ahora, ya que las condiciones del país hacen utópica una lucha de clases en el sentido doctrinario del término. Y tan es así que ninguna de las obras nombradas podría ser exhibida en la Unión Soviética por la sencilla razón de que el comunismo ortodoxo abomina del onanismo en materia artística. Una de las desgracias de los revolucionarios norteamericanos es que no pueden menos que ser mirados con una sonrisa despectiva por quienes conocemos de cerca la miseria. Por ello, cuando Malcolm X, en su autobiografía, anuncia como logro que en Ghana era paseado en limousine con chauffeur, o advierte que fue siempre un hombre pobre, que apenas si tenía una casa de siete habitaciones, los expertos en pobreza que somos los latinoamericanos no podemos menos que sonreír.

El Teatro Negro

Y a propósito de Malcolm X, quizá fuera bueno hablar sobre el teatro negro en los Estados Unidos. Este está dividido en dos: el de los negros "buenos", que quieren integrarse, y los negros "malos", que quieren arrasar con todo y liquidar a los blancos. Los últimos tienen a su sumo sacerdote en Ed Bullins, y el ejemplar de *The Drama Review* dedicado al teatro negro es de lectura indispensable para comprender su posición. Así como el grito hippie es "¡AMOR!", la propuesta del negro rebelde es "¡ODIO!"

Pero lo cierto es que no existen demasiados grupos negros que se dediquen constantemente al teatro en los Estados Unidos, pues si bien puede descubrirse al Concept East Theatre en Detroit, y señalarse autores como Le Roi Jones o Ron Milner, e incluso formar un catálogo con The New Lafayette Theatre, el Theatre Black, los Ed Bernard's Afro-American Thespians o los Aldrige Players / West, a los que pueden añadirse otros grupos, lo cierto es que no existe un público de color interesado en estas experiencias. La Negro Ensemble Company, que dirige Robert Hooks, trata con franqueza de enfrentar el problema, merced a un repertorio nor-

mal, pero tiene graves problemas con los extremistas, que sostienen que toda posibilidad de integración debe ser sofocada de entrada, porque parten de la base de que ni los blancos ni los negros desean la integración en los Estados Unidos.

Es este un problema sobre el que han corrido ríos de tinta, y que no se puede tratar en un artículo especializado en teatro; pero mi corta experiencia me indica a sospechar que si por integración se entiende la unión, aquélla está condenada al fracaso. Si se busca el respeto mutuo, la cosa sigue siendo difícil, pero no imposible. Creemos que una de las maneras más eficaces de cooperar a la incomunicación es mostrar películas como *¿Sabes quién viene a cenar?,* en la que Sidney Poitier (el "negro bueno"

LA GRAN ESPERANZA BLANCA *"interesante como espectáculo coral".*

por excelencia del show business norteamericano), llega a casarse con una bella blanca, hija de Katherine Hepburn y Spencer Tracy, nada menos. Lógicamente, él es una especie de Premio Nobel de medicina, lleno de virtudes, mientras a ella le basta ser bonita y un poco tonta. Tanto los blancos como los negros norteamericanos saben que el film no va más allá del cuento de hadas, no obstante lo cual ha sido un éxito de boletería.

La verdad es que los teatros negros de los Estados Unidos funcionan mejor en manos de los extremistas, que por lo menos saben qué es lo que odian, mientras que los más establecidos no saben bien qué quieren. Por ello, los espectadores negros prefieren ir a ver las comedias en las que intervienen blancos, donde siempre hay mechado algún intérprete de color, porque descuentan que allí no se intenta hacer proselitismo de ninguna clase. Un teatro burgués para negros está condenado al fracaso, porque los blancos lo hacen mejor; mientras que uno extremista tiene la ventaja de por lo menos excitar un odio, que mal que mal, existe en el temperamento de muchos negros. La conclusión no es optimista, pero es la que ha sacado un sudamericano blanco que mira el problema con objetividad, y sin ningún entusiasmo. Sin embargo, deseo mencionar dos obras de autores negros, que fueron bien recibidas por la crítica y el público, por negros y blancos: *Ceremonies in Dark Old Men,* de Lonne Elder III y *No Place to be Somebody,* de Charles Gordone, que ganó el Premio Pulitzer de 1970. En ambas se escoge la comprensión, antes que el odio.

Antes de terminar deseo referirme al Dallas Theatre Center, donde se trabaja muy en serio; el Arena Stage, de Washington D. C.; el Theatre Three, de Dallas; el American Repertory Theatre de San Francisco (donde vi el mejor espectáculo de mi gira, un Feydeau dirigido por Gower Champion); y las clases a que asistí en la Brandeis University en Massachusetts. No hay duda de que en los Estados Unidos el teatro es tomado muy en serio, pero tampoco puede olvidarse que no hay hoy día autores —con la excepción de Arthur Miller— dignos de ser tomados en cuenta. En Nueva York vi *The Great White Hope* de Howard Sackler, interesante como espectáculo coral, pero vacío de contenido, aunque con una excelente labor interpretativa de un actor negro, James Earl Jones, cuya actuación en la película fue una de las cinco nominadas para el premio al mejor actor. *The Boys in the Band,* de Mart Crowley, no va más allá de la afirmación de que la homosexualidad es muy angustiosa, lo que no obsta para que nueve homosexuales simulen estar muy divertidos durante dos horas hasta que poco antes del final se desencadena la anticipada tragedia que permitirá al espectador heterosexual salir en paz con su conciencia.

Pero la síntesis de este artículo no es optimista respecto del teatro norteamericano contemporáneo, o, por lo menos, de sus autores. Los consagrados han dejado de escribir, con excepciones, y los nuevos no alcanzan a despertar un interés digno de mención. Los nuevos movimientos se basan más en el snobismo y la desorientación que en una sincera búsqueda dramática, e incluso las comedias musicales tribales son reflejo de una situación interna nada agradable. Es cierto que los estudiantes tratan de cultivar el arte dramático en las universidades, pero pude ver poco digno de mención.

No obstante, los Estados Unidos poseen una tradición teatral que está pasando por un eclipse, lo cual terminará con la vuelta del sol. Está todo ello muy unido a la situación general del país, que es de insatisfacción, con problemas muy agudos, que han dejado a un lado el mito del "American way of life", basado en la frase de que "America is the land of plenty", para darse cuenta de que América es un continente en el que se necesita algo más que palabras altisonantes para obtener realizaciones fecundas. Hubo en el teatro norteamericano una época de oro. Quizá la opacidad actual sirva para meditar sobre la relatividad de ciertos auges que exigen perseverancia en algo más que la repetición de esquemas estereotipados.

1. ¿SON NECESARIOS LOS ESCRITORES?

Por Robert Penn Warren

Los artículos que siguen han sido tomados de conferencias dadas por tres importantes novelistas norteamericanos al recibir tres premios diferentes. Sardónicos, añorantes, filosóficos, ofrecen reveladores atisbos de diversas actitudes literarias norteamericanas.

Robert Penn Warren habló en la Biblioteca del Congreso de Washington en diciembre de 1970 al recibir la Medalla Nacional de Literatura por su obra total, que incluye ocho novelas, seis volúmenes de poesía, incontables ensayos críticos, y tres libros no literarios. Habituado ya a los galardones, es el único escritor que ha ganado el premio Pulitzer tanto por ficción como por poesía.

Como novelista sureño, Warren es considerado sólo inferior a William Faulkner en su potencia, lo extenso de su gama y la brillantez de su lenguaje. Sus tres primeras novelas —*Night Rider* (Jinete Nocturno), *At Heaven's Gate* (A las Puertas del Cielo) y *All the King's Men* (Decepción)— forman una compleja urdimbre de la vida del sur, entrelazando en intrincadas formas el conflicto de la ciudad y el campo, el aristócrata y el proletario, la búsqueda del poder y la búsqueda de la fe.

El tema subyacente en estos tres libros es la necesidad de conocerse a sí mismo y las trágicas consecuencias de no lograrlo. Todos los héroes de Warren se encuentran atrapados en la órbita de un líder poderoso y carente de escrúpulos, en la esperanza de que, como parte de un movimiento general, se encontrará a sí mismo. Sólo uno de estos jóvenes llega a una especie de autocomprensión: Jack Burden, al final de *Decepción,* se da cuenta de que nadie puede librarse de la responsabilidad moral de sus acciones o sus lealtades. Warren no está diciendo que cualquiera de nosotros puede vivir una vida "pura". Tan sólo, como lo dice en los siguientes fragmentos de su conferencia, que "después de todo tenemos que redimirnos a *nosotros mismos*".

Continuamente se nos dice que éste es el momento de la crisis: el desplome del mundo Occidental, de la tradición judeo-cristiana, de la historia del triunfo norteamericano. En tal momento, ¿qué estamos haciendo aquí, en esta ocasión literaria... o en cualquier otra? ¿Somos —para valernos de la palabra sagrada— necesarios?

Al entrar por vez primera en este edificio, en el verano de 1944, no entré sintiéndome "útil". Unos cuantos años antes, en aquella época de crisis, había yo ofrecido mis servicios a la marina, y ella había declinado cortésmente mi ofrecimiento. Vista defectuosa, se me dijo. Así, al pasar el tiempo, fui haciéndome cada vez menos útil hasta que llegue al nadir de la utilidad: llegué a ser asesor poético en la Biblioteca del Congreso.

Pero una mañana sonó mi teléfono y cierto capitán X se presentó y me preguntó si yo era el asesor en poesía. Sí, le dije. Bueno, me contestó, el general Y estaba escribiendo la letra de una canción para inspirar a nuestros muchachos y deseaba consultar a un asesor poético por una cuestión de métrica. De esta manera, el General leyó sus versos del otro lado de la línea, marcando la métrica, y mientras él leía, yo llevaba el compás con la mano.

Así lo hicimos varias veces, y le dije que dominaba la métrica de manera excelente. Mientras tanto, yo me había aprendido de memoria la mayoría de sus letras, pero ahora sólo puedo recordar dos versos, que quiero compartir con ustedes:

> Somos muchachos que no gustamos de alardear.
> Pero estamos orgullosos de nuestra gran vieja bandera.

Este episodio me fue muy reconfortante: si, en mitad de la Segunda Guerra Mundial, un general podía estar escribiendo un poema, acaso yo no fuera tan inútil, después de todo. Quizás, al escribir el poema, el general estuviera haciendo más por la victoria de lo que haría mandando un ejército. Por lo menos, podía estar haciendo menos daño.

Las Virtudes de la Utilidad Negativa

Aplicando la misma lógica a mi propia situación, decidí que yo podía ser útil en lo que llamé una manera negativa. Desde entonces me he aferrado a este concepto: la utilidad negativa. En los momentos de vanagloria, alguna vez pensé en la posibilidad de que si mi idea ganara una aceptación general, el mundo podría ser un mejor lugar para vivir. Hay muchas personas que serían mejores ciudadanos si se conformaran simplemente con ser útiles de manera negativa.

Pero en general, esta clase de contentamiento no es lo bastante confortante. La conciencia de la crisis ha penetrado en los más remotos ámbitos de la sociedad. Los más ignorantes y rústicos murmuran cosas acerca de su crisis de identidad, junto con los poetas. Los adictos a la heroína alegan alienación.

Hubo tiempo en que las malas noticias de la *Decadencia de Occidente,* de Spengler, quedaron limitadas a los alumnos más románticos de la Universidad de Heidelberg, a los sombríos pensadores de Greenwich Village y a ciertos desilusionados estudiantes, pero hoy una revista que antes fuera humorística [*The New Yorker*] difunde la marea del gran pesimismo, de acuerdo con los autores Charles Reich [*The Greening of*

America (El Reverdecimiento de América)] y Lewis Mumford [*The Pentagon of Power* (El Pentágono del Poder)]. No estoy diciendo que Reich y Mumford estén sobreestimando la gravedad de nuestra crisis: contaminación, guerra, racismo, problemas de las ciudades, malas escuelas y todo lo demás. En realidad, me inclino a pensar que están subestimando su gravedad, pues el diagnóstico no es lo bastante radical, las soluciones que proponen pasan por alto algunos importantes aspectos de nuestra relación con la tecnología, y muchas veces no están lejos del antiguo revivalismo y de ciertos remedios caseros, como el ungüento de aceite de víbora.

En resumen, parecen olvidar la naturaleza del animal humano... lo que antes llamábamos el Pecado Original. En otras palabras, la necesidad de "utilidad" es mayor de lo que nunca imaginaran ni siquiera esos profetas de la condenación. Pero, ¿qué es utilidad?

Respecto a la literatura —y de literatura es de lo que estamos hablando— la pregunta más obvia es: ¿qué tema es apropiado para nuestro tiempo?

Hawthorne vs. Emerson

Hace casi 150 años, el joven Nathaniel Hawthorne estaba sentado en una buhardilla, totalmente retirado del mundo real, y escribía historias cortas. Indudablemente, escribir tales historias, ya era bastante malo, pero, además, esas historias eran acerca de un pasado lejano.

Después, aún meditando en el pasado, Hawthorne se mudó a Concord. Y allí encontró un vecino que realmente era útil. Este vecino ciertamente no escribía cuentos. Le decía a la gente cómo debía vivir, y tenía una visión muy tétrica del pasado. Era como un profeta con una bola de cristal, y su bola de cristal, en realidad, logró hacer algunas cosas importantes respecto al futuro.

Sólo parece natural que Hawthorne no tuviera una gran opinión de ese profeta vecino suyo, así como el profeta no la tendría de él. Hawthorne y [Ralph Waldo] Emerson se encontraron en un sendero de los bosques de Concord, y siguieron adelante, Emerson con la cabeza llena de brillantes perspectivas y conceptos, Hawthorne con la cabeza llena de su inútil pasado. Y, como de ellos habría de decir Henry James: "Emerson, como una especie de adorador espiritual del sol, habría podido atribuir cierto moderado valor a la facultad de Hawthorne de ver en la oscuridad, como un gato".

Nosotros hoy reverenciamos a Emerson, el profeta cuyas profecías resultaron verdad. Pero, habiendo llegado a ser ciertas, esas profecías empezaron a parecer falsas. Cada vez más, Emerson retrocede en la historia, conforme el futuro que predijo empieza a ser el pasado. Y lo que el ojo felino de Hawthorne vio le ganó el futuro... y la utilidad. Murió hace más de cien años, pero nosotros encontramos en su obra una visión compleja, matizada y revolucionaria del alma que reconocemos como nuestra.

Emerson habló noblemente de la utilidad. Hawthorne fue *útil.*

La moraleja parece ser que resulta difícil decir en un momento dado qué es útil. La cosa así presentada probablemente tenga tan poca relación con la realidad como la longitud de la falda tiene que ver con la construcción de la anatomía femenina: es aplicable (para cambiar nuestra metáfora) simplemente a un síntoma, y no a la enfermedad. La cuestión no es acerca de la actualidad de un tema. Se refiere al enraizamiento de un autor en su época, a la relación de su sensibilidad con su tiempo y, de manera bastante paradójica, a su resistencia a su época, pues debe haber resistencia, y una buena obra siempre es el drama de la identificación y de la lucha del escritor contra su tiempo. En el sentido más profundo, John Milton fue un hombre del siglo XVII, pero al escribir *El Paraíso Perdido,* bajo el reino de Carlos II, ¿estaba Milton a tono con su tiempo?

La poesía per se —tomemos esto como el término general para la literatura de imaginación—, ¿es aplicable a nuestro tiempo? Podríamos afirmar sencillamente que la poesía es inevitable en cualquier época, que la gente inevitablemente tiene poesía, de una clase u otra, y después discute acerca de la especie de poesía que tendría sentido el día de hoy. Y, en realidad, si tomamos a la poesía en su significado más vasto, de lenguaje emotivo, nunca ha habido tanta poesía como en nuestra época de medios de comunicación en masa.

Las ondas del aire están llenas de ella; parece palpable en ciertas reuniones; cada año se venden millones de álbumes de las llamadas baladas populares (cantadas por agunas voces muy célebres); sin poesía, la máquina de escribir del escritor publicitario se quedaría muda, y la lengua del encargado de relaciones públicas se pegaría a su paladar. En realidad, la gruesa *Acta de los Debates* del Congreso se reduciría hasta la traslúcida delgadez de una ala de mosca a la luz del día.

Poesía y Realidad

Meditemos por un momento en la poesía que a veces puede oírse del otro lado de la calle desde aquí [el Capitolio, que alberga al Congreso norteamericano]. Marianne Moore ha dicho que su especie de poesía trata de soluciones imaginarias a problemas imaginarios. La clase de poesía del otro lado de la calle a veces puede parecer muy similar a la suya. Trata de soluciones reales a problemas imaginarios. No obstante, a veces, trata de soluciones imaginarias a problemas reales. Cuando el genio empieza a inflamarse, trata de soluciones imaginarias a problemas imaginarios. Pero, ocasionalmente, asciende, hasta más allá del ámbito del pensamiento mortal y trata de soluciones imaginarias a problemas imaginarios de personas imaginarias; es decir, las personas que, se supone, dan su información a los encargados de las encuestas públicas, criaturas aún más ectoplásmicas que el Hombre Económico.

Pero, si tal especie de poesía, como la de Rod McKuen y de otros poe-

tas semejantes, apenas puede alcanzarnos donde nosotros vivimos... ¿qué puede hacerlo? La respuesta es sencilla. Cualquier especie que sea "real", pues la enfermedad de nuestra época es este sentido de sentirse aislado de la realidad. El hombre siente que una cortina se ha interpuesto entre él y la naturaleza, entre él y otros hombres, entre él y su verdadero yo. Por lo tanto, tenemos las comunas hippies, la terapia de grupo, la cultura de las drogas, etc.

Pensemos ahora no en la actualidad y en el tema, sino en una cosa inherente a la naturaleza misma de la poesía, a la literatura de imaginación, cuando cumple con sus potencialidades. Para empezar, toda clase de poesía es "real" si hay una conciencia del verdadero contenido del lenguaje. En nuestra sociedad de difíciles comunicaciones, nos vemos inmersos y ahogados en marejadas de lenguaje, pero es un lenguaje rebajado, en que la palabra apenas comprensible ha tomado el lugar de la palabra adecuada. Aún peor, el lenguaje simplemente se utiliza como una manera útil de señalar algo. Resulta así diluido, hasta no ser ya una cosa expresiva en sí misma. Ha dejado de ser una parte de la experiencia y un índice de la propia realidad de quien habla, o de quien escucha o de quien lee, si siente el cosquilleo del lenguaje en la garganta, la profunda y compleja respuesta corporal.

En la más sencilla metáfora de un poema o en las más avanzadas escenas de una obra de ficción, no sólo encontramos un lenguaje verbal, sino un lenguaje primigenio de imaginería (la imagen de la metáfora o la imagen de la escena), el "lenguaje" pre-verbal que se remonta a nuestra infancia y a las primitivas tinieblas; pero aún sigue siendo el lenguaje desnudo de nuestra vida emocional por el cual consideramos el objeto de nuestro deseo, odio o temor. Al mismo tiempo, la poesía no sólo se expresa a sí misma en ese lenguaje que nos recuerda lo más profundo de nuestro ser, sino que encarna ideas y valores; y así, sus imágenes son, en una dimensión, una profunda dialéctica. El poema de la obra de ficción acontece en el "sentido"... no *como* "sentido".

Literalmente, el proceso de composición es, en un grado u otro, un movimiento hacia el sentido. El escritor (como cualquier artista) no es un carpintero que levanta el gallinero de acuerdo con unos planos. Si el carpintero tiene unos planos, sabrá exactamente la clase de gallinero que se levantará. Pero el escritor, por diáfanamente que vea su objetivo, por poderosa que sea su intuición de la obra proyectada, nunca podrá saber lo que "será" o "significará" hasta poner la última palabra... pues cada palabra, cada imagen, cada ritmo participa en el "ser", es, en última instancia, el "sentido". Y el lector habrá de participar en este proceso.

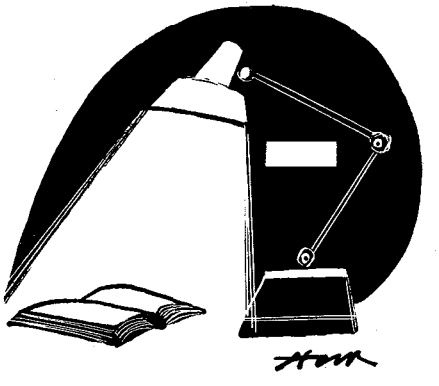
Nuestra Propia Naturaleza

Todos los días nos bombardean abstracciones, las "verdades" de los publicistas, de los políticos, de los predicadores, y de pronto nos recuerdan que cada verdad en la que se ha vivido, que no se ha ganado por la

propia experiencia, literal o imaginativamente, es una mentira. Quedamos redimidos de todos esos redentores potenciales —especialmente de aquellos que quisieran redimirnos para su propio provecho— y se nos recuerda que, después de todo, nosotros debemos redimirnos a nosotros mismos.

¿Cómo? Aprendiendo a respetar al hombre auténtico y a respetar la experiencia. Purificados por una viva conciencia de las posibilidades humanas de salvación o desastre, podremos estar un poco más seguros de los términos que habrán de determinar el destino individual. Si nuestra actual civilización nos separara de nosotros mismos así como de la naturaleza y de los demás, podríamos recordar lo que Henri Bergson dijo de las obras de ficción, y que puede aplicarse a toda literatura de imaginación: "Nos devuelve a la presencia de nosotros mismos".

¿Estoy ofreciendo mi propia versión de un anticuado revivalismo, y ungüento de aceite de víbora? No exactamente. No estoy diciendo que si leemos unos cuantos buenos libros podremos salvar al país. Sólo estoy diciendo que ellos pueden ayudarnos a despertar a la estatura íntegra de nuestra propia naturaleza, sea para bien o para mal. Despertarnos, quiero decir, del sopor en que hoy nos hallamos... de lo que Blake llamó "la visión única y el sueño de Newton".



2. ¿QUE CONSTITUYE A UN NOVELISTA?

Por John Dos Passos

Al morir John Dos Passos, en septiembre de 1970, a los 74 años, había escrito más de 30 volúmenes de obras de ficción, periodismo, biografía e historia: cronista de su tiempo de mayor variedad y persistencia que ningún otro novelista. En 1938, después de la publicación de su obra principal, la trilogía *U.S.A,* Jean-Paul Sartre escribió: "Dos Passos sólo ha inventado una cosa, una especie de narrativa. Pero eso es suficiente... Considero a Dos Passos como el más grande escritor de nuestra época".

Precisamente por sus "innovaciones del estilo narrativo" Dos Passos recibió en 1967 el Premio Feltrinelli de la Academia de Lynxes, en Roma, que dio oportunidad para la siguiente conferencia, que reproducimos, abreviada, del *National Review.* A partir de *Manhattan Transfer,* en 1925, Dos Passos perfeccionó un método de narrativa fragmentada, adaptada de la técnica cinematográfica del "montaje". Este estilo experimental, que lo capacitó a ver los acontecimientos simultáneamente desde diversas perspectivas, se muestra con su mayor audacia y poder en *U.S.A.* (los títulos por separado son *Paralelo 42, 1919* y *The Big Money* (El Gran Dinero).

En sus primeros años, Dos Passos fue un hombre de "Izquierda", simpatizador del movimiento comunista que, según esperaba, llevaría adelante la tradición libertaria norteamericana. Sus últimas novelas a partir de *El Gran Dinero* y *The Adventures of a Young Man* (Las Aventuras de Un Hombre Joven), registraron las progresivas etapas de su desencanto. Pero su perspectiva básica siguió siendo la misma: desconfianza de un estado poderoso, sospecha de todo lenguaje político ritualizado ("todas las palabras se vuelven traidoras"), y una preferencia de lo concreto sobre lo abstracto. El conservatismo que abrazó en sus últimos años tendía a la conservación de las libertades individuales, y no a la imposición de distinciones sociales o jerarquías de privilegio.

Estoy agradecido a la "Academia de Agudos Ojos", por haber elegido la técnica de la narrativa para una mención especial. Como yo he pasado toda mi vida luchando con el problema de cómo narrar una historia, me resulta reconfortante recibir esta muestra de aliento conforme me aproximo al fin de ella.

Aunque la serie de novelas que hoy llamo Crónicas Contemporáneas empezó a tomar su forma final en la década de 1930, las experiencias que les dieron vida se remontan a los años de la guerra europea de 1914-

© 1968, National Review, Inc.

1918. Como otros muchos de mi generación, yo recibí la mayor parte de mi educación en la primera guerra mundial. Algunas de las semillas sembradas en el curso de esta educación necesitaron toda una vida para germinar. Aquellos fueron años de colosales esperanzas y colosales desengaños. La civilización estaba siendo aniquilada y destrozada por todas las visiones apocalípticas del Evangelista, pero al mismo tiempo los instintos creadores demostraban cierto don de sobrevivencia. La invención y los descubrimientos en la ciencia, y hasta cierto punto en las artes, y mucho más en la tecnología, seguían adelante sin desmayar. Unos cerebros se enfrentaron al desastre con una explosión de inventiva y experimentación.

Conducir una ambulancia lejos de los combates es un empleo que suele impresionar más con los destrozos que con la gloria de la guerra. Como norteamericano, yo era un civil nato. Mi primera novela realmente terminada, *Three Soldiers* (Tres Soldados), constituyó un intento de expresar el resentimiento y la amargura del civil nato arrastrado al ejército. Desde entonces empezaba yo a separarme un poco de la novela que dependiera de un solo protagonista, con la que yo me había educado. En mi juventud había sido yo un ávido lector de Fielding y Smollett en inglés, y de Flaubert y Zola en francés. Ya entonces trataba yo de hacer algo diferente. En *Tres Soldados* traté de edificar mi historia con los contrastes entre las actitudes y el desarrollo de tres hombres muy diferentes.

Libros, Arte y Vida

Aquellos años en Europa fueron para mí un período instructivo. La guerra da una cantidad sorprendente de tiempo libre. Pasan días y días en que la compañía de uno está en algún lugar, en espera de órdenes. Yo pasé la mayor parte del tiempo libre leyendo. Desde mi niñez conocía el francés, y me había empapado de Flaubert en la escuela, especialmente de sus cartas y de su *Education Sentimentale.* Estaba bastante versado en Stendhal. Y en mi mochila llevaba volúmenes de Verhaeron y de Rimbaud. Recientemente he aprendido suficiente español para leer a Cervantes, a Jorge Manrique y a Pío Baroja, cuya versión modernizada de la picaresca del siglo XVII me resultó deliciosa.

Gracias al francés y al español me las arreglé para tener cierto conocimiento superficial del italiano y aun del provenzal. Mucho me animaron las obras de los autores italianos, llamados entonces futuristas, que encontré en una librería de la Galería de Milán, camino al Piave y al Brenta. Todo ello mezclado con Villon y Rabelais, que eran mis ídolos literarios privados.

En la escuela, algunos profesores me habían asegurado que la novela, como forma literaria, se encontraba en las últimas. Yo me negué a creer que la novela estuviera agonizando. Cuando no leía yo, me encontraba llenando pequeños libros de notas, con varias pruebas y experimentos, en mi propia forma norteamericana de la lengua inglesa.

Una combinación de copiosas lecturas con una acción vigorosa sazonada con un poco de peligro resulta estimulante para cualquiera, sea joven o viejo. Para un joven de poco más de veinte años, llegó a ser una completa transformación de las facultades mentales. Añádase a ello el estímulo lingüístico de hallarme inmerso en la manera de hablar de soldados rasos de todas clases y de diferentes países. Todo ello antes de que la radio y la televisión hubieran reducido el habla de todo el mundo a un denominador común.

Parte de mi servicio fue en el frente italiano. Llegamos poco después de Caporetto. Aparte del interés de la arquitectura —atisbos de edificios palaciegos, al conducir una ambulancia Fiat a través de Vicenza—, una deslumbrante visión de Venecia a través de una laguna cubierta por una tenue capa de hielo en un día de invierno, estaba allí la pintura. Lo menciono porque estoy seguro de que la gran pintura narrativa de los siglos XIV y XV influyó profundamente sobre mis ideas de cómo narrar en palabras una historia.

Un Fermento Cultural

Había, entre muchos de los jóvenes de mi generación, una disposición a intentar grandes cosas. Giotto y Dante y Orcagna y Piero della Francesca —para mencionar sólo unas cuantas de las influencias que nosotros absorbíamos como esponjas entre conducción y conducción de los pobres heridos de regreso de las trincheras del Monte Grappa—: estos hombres habían dado eternidad a su visión del mundo en que vivieron. De nosotros dependía tratar de describir, en colores que no se destiñeran, nuestra América, que nosotros amábamos y odiábamos.

El camino había sido ya abierto para nosotros. En los Estados Unidos, Crane y Dreiser ya habían transferido el naturalismo de Zola al escenario norteamericano. James Joyce estaba aporreando las ideas establecidas sobre la novela con su *Ulises.* La influencia de *Ulises,* mediante retacitos impresos en pequeñas revistas, ya se extendía por doquier desde antes de la publicación del libro. Los estilos artísticos, como las epidemias y las canciones populares, nacen en el aire. Atraviesan los más inmensos océanos, las fronteras más estrechamente cerradas. Después del armisticio, durante el invierno de 1918-1919, mientras aún me encontraba en el ejército —el ejército norteamericano había implantado el servicio de voluntarios mayores el año anterior— me las arreglé para ingresar en lo que entonces se conocía como el Destacamento de la Sorbona. Los hombres que habían comenzado o terminado el bachillerato tenían permiso de asistir a las universidades europeas mientras aguardaban su turno de ser embarcados a casa. A mí me había obsesionado la idea de escribir una novela acerca de los soldados. Mientras pasaba por las etapas de unas conferencias en la Sorbona, yo escribí y escribí en una pequeña habitación en la Isla de San Luis.

En aquellos años, París realmente era la capital de Europa. La llamada

pintura moderna —¡qué insípida se ha vuelto la palabra moderna!— realmente se encontraba aún fresca, recién salida de la paleta: los fauves, los cubistas, Modigliani, Juan Gris, Picasso. Aquel era también el París de las nuevas escuelas de música. Satie presidía Los Seis. Estaban allí Poulenc y Milhaud. Se empezaba a oír a Stravinsky. El ballet de Diaghilev promovía una síntesis de todas las artes.

París en 1919. Es difícil imaginar los sentimientos de bárbara alegría y enconado odio que sentimos durante aquella primavera. Creíamos conocer dos cosas acerca del mundo. Aprobábamos dos dogmas que la mayoría de nosotros después ha tenido que modificar o borrar. Estábamos convencidos de que la vida en las naciones industrializadas y militarizadas se había convertido en una cámara de horrores; y creíamos que el hombre sencillo, los de abajo que rozábamos por las calles al pasar, no eran todo lo malo que podrían ser. No se desviarían de su ruta para hacer daño a otro tan a menudo como se creía. Poseían un valor pasivo y ciertos impulsos natos hacia una cohesión social, hacia el bien común. Holgazaneando en pequeños bares llenos de las inquietantes fragancias de la historia, vagabundeando por callejas para mantenernos lejos de la policía militar, viendo el amanecer desde Montmartre, hablando mal francés con taxistas, vagabundos a la orilla del Sena, obreros en vacaciones, *petites femmes,* nosotros los jóvenes ávidamente colectábamos los llamados al bien común.

El Sueño Revolucionario

Todo esto fue hace 50 años. Ahora sabemos que el Primero de Mayo nunca llegará. Donde los trabajadores triunfaron, dejaron que los abrumaran regímenes aún más opresivos que los antiguos a los que habían derrocado. Pero en estas resentidas desesperanzas, en estos abrumadores desencantos, estos rudos entusiasmos echaron las raíces de la sátira. Para cuando yo había terminado *Tres Soldados,* el libro en que estuve trabajando en París, empecé a soñar con novelas que pondrían bajo un gran foco satírico las grandezas y miserias, el crimen y el heroísmo del mundo que yo conocía. Yo sabía perfectamente bien que la novela no había muerto.

Estoy hablando como si yo hubiera sido uno de aquellos exiliados que pasaron la vida meditando ante mesas de café. En realidad, la época más larga que haya yo pasado en París fue de tres meses. Pero resultó ser uno de los clímax de la historia, del cual todo mirón salió cambiado y fortalecido. Me alejé sintiendo que, por lo menos en las artes, todo era posible.

Después de ser licenciado del ejército encontré trabajo en España como corresponsal extranjero. La pintura, la arquitectura y los paseos por el campo me habían resultado ya tan fascinantes como la política. Por entonces, la mayoría de mis lecturas eran de la edad media: El Poema del Cid y el Arcipreste de Hita. Acaso estuviera yo tratando de escapar de esa pre-ciencia de las consecuencias de la Paz de Versalles que todos

habíamos padecido en París, y del ocaso de nuestras esperanzas en el movimiento revolucionario de la clase obrera que por entonces —para nosotros, jóvenes impacientes— nos había parecido destinado a crear un nuevo mundo.

Después de terminar *Tres Soldados,* viajé bastante por el Cáucaso y Persia, y lo que entonces se conocía como el Mespot. Me alejé obsesionado por las horribles miserias que la gente común sufre en los grandes reajustes de la historia. Más que nunca tuve un sentimiento de fraternidad hacia los hombres que, aplastados por las ruedas, lograban conservar cierta conciencia, cierta altivez, una cierta dignidad. Aún más que antes odié a los demagogos y a los políticos.

Con la cabeza llena de cuanto pude absorber en Europa y en el Medio Oriente, regresé a América. Nueva York fue la primera cosa que me asombró. Era maravillosa. Era aborrecible. Había que describirla. Las vidas de los hombres que yo había conocido tan íntimamente en el ejército, las de sus mujeres y la mía, habían de relacionarse con el sangriento panorama de la historia. El estilo de escribir había de ir haciéndose conforme yo avanzara. Todo era experimento. Al trabajar, ocasionalmente trataba de tranquilizarme con la idea de que por lo menos algunos de los personajes, escenas y sentimientos que yo estaba registrando podían resultar útiles para la historia.

Algunos de los poetas que surgieron junto con el cubismo de los pintores de la Escuela de París, habían hablado acerca de ello simultáneamente. Algo había en la poesía de Rimbaud que trataba de levantarse de las páginas. Tomas directas de la vida. El reportaje era el gran lema. El artista debe registrar el mundo transitorio como la cámara del cine puede fotografiarlo. Mediante el contraste, la yuxtaposición, el montaje, puede incluir el drama en su narrativa. En alguna parte me habían impresionado las películas de Eisenstein, su versión de la vieja técnica de D. W. Griffith. Montaje era su palabra clave.

Un Registro de los EE. UU.

Inicié un reportaje sobre Nueva York. Algunos de los personajes, que habían sido abandonados en otras obras juveniles, entraron en el libro, pero había más de la vida de la gran ciudad de lo que pudiera atiborrarse en ningún personaje. La narrativa debe brotar de las páginas. Fragmentación. Contraste. Montaje. El resultado fue *Manhattan Transfer.*

Para entonces yo estaba embarcado en un esfuerzo para sostener un comentario contemporáneo sobre los cambios de la historia, siempre como si lo vieran los ojos de algún individuo, lo oyeran las orejas de algún individuo, lo sintieran los nervios y tejidos de algún individuo. Estos libros fueron *U.S.A.* La narrativa debe llevar un gran sobrepeso. Todo debe entrar en ella. Canciones y eslóganes, aspiraciones políticas y prejuicios, ideales, esperanzas, engaños, fraudes, nociones fragmentarias tomadas de los periódicos.

Se suponía que los relatos de *U.S.A.* nunca terminarían. Fueron seguidos por otras crónicas, desde otros puntos de vista. De manera intermitente, e intentando siempre ver desde el ventajoso punto de vista de hoy, dejar que el tema modelara el estilo, mantuve esos relatos rodando en varias formas a lo largo de los años.

Envejecer es, en parte, un proceso de superar los engaños. Un hombre descubre que no puede explicarse a sí mismo cómo adquirió algunas de sus convicciones más caras y apasionadamente defendidas. Unas parecen haber aparecido, fortuitamente, por *imprenta.* Todo el mundo conoce la historia del pequeño ganso que seguía por todos lados a Konrad Lorenz, porque el barbado naturalista fue lo primero que el animal vio al salir del huevo. Hoy los naturalistas llaman *imprenta* a ese proceso. Los hombres jóvenes, especialmente, recogen dogmas de manera tan irracional y errónea como ese ganso tomó la imagen de su madre. Los viejos tampoco están libres de ese proceso. Los engaños recibidos por impacto muy gradualmente pueden ir deshaciéndose a la luz de la razón.

Para el novelista o el historiador que está tratando de escribir, en términos que tengan cierta permanencia —la permanencia del *Infierno* de Dante, o el techo de la Capilla Sixtina, por ejemplo— el problema de la imprenta resulta crucial. Como es humano, no puede quedar eximido de los dogmas y las pasiones políticas de su época. Las pasiones, buenas o malas, aportan un combustible que mantiene en movimiento el proceso artístico. Los resentimientos y amarguras personales del escritor, y sus entusiasmos, constituyen el vapor que mueve la máquina. Pero para obtener la objetividad esencial a toda buena obra, debe mantener sus propios procesos mentales, así como los de aquellos que está describiendo, dentro del enfoque de sus lentes satíricos.

Pasión y Objetividad

Durante los últimos 50 años hemos escuchado incontables argumentos sobre este tema. El artista debe ser *engagé* (comprometido). El artista debe ser *degagé* (no comprometido). Debe liberarse a sí mismo de la propaganda y de la demagogia de su época. La discusión es infructuosa. Las obras artísticas que serán de valor permanente pueden ser a la vez comprometidas y libres. Deben estar a cierta altura, a cierta distancia de las obsesiones de la hora. Al mismo tiempo, deben abarcar (por modestas o fragmentarias que sean) toda la gama del espíritu humano.

El objetivo de la escritura narrativa, o la poesía o la pintura o el dibujo abstracto, ha sido el mismo desde los tiempos de Aristóteles y aun desde mucho antes. Ha sido causar ese placer que todos los hombres sienten ante la expresión de un dominio y, por medio de ese placer, darnos la catarsis que viene de una elevada comprensión, una simplificación, una formalización del intolerable torbellino de la vida que ensordece los oídos del hombre. Sea cual fuere el método del narrador, es su objetividad, a veces oculta, a veces aparente, la que da valor humano a la na-

rrativa. Keats tenía razón cuando exclamó que la belleza era verdad, y la verdad belleza.

Para el novelista, su obra es una interminable lucha entre sus pasiones y prejuicios y su necesidad de aprovecharlos con un propósito en la descripción objetiva de la vida que lo rodea. La objetividad exige una especie de virginidad de la percepción. Cada vez que se sienta ante su escritorio, un hombre debe limpiar su cabeza de todas las nociones preconcebidas.

El Escritor como Cazador

La sensibilidad de la percepción del hombre no aumenta por limpiarse los ojos o ansiosamente aclararse las orejas. El estado de espíritu del observador desapasionado es un tanto análogo al del cazador. Un cazador experto en un apostadero, o caminando tras sus sabuesos por los linderos de un campo sembrado, o aguardando en un sendero de los bosques, no piensa en nada. Se olvida de sí mismo. Permite que todos sus sentidos se pongan alerta para responder a las más débiles intimaciones que lleguen a sus ojos o sus oídos por los movimientos de la caza. Los cazadores realmente buenos, esos hombres que realmente derriban las piezas, son quienes logran olvidar quiénes son, y durante algún momento, son sólo un ojo, un oído, un fusil.

Para dar un informe objetivo de alguna escena, alguna persona, los gestos que dos hombres hacen al encontrarse en una calle, el movimiento de algún animal, la forma de algún organismo bajo el microscopio, el escritor debe caer durante un momento en ese estado del cazador, de alerta despreocupada de todo.

El cazador debe saber lo que está buscando. Durante años tiene que haber estado acumulando un cúmulo de experiencias. Un experto ornitólogo echa una sola ojeada a unos arbustos. Donde yo sólo veo unos gorriones, él notará un reyezuelo en su nido y tres diferentes especies de cerrojillos. Como resultado de toda una vida de observación, un cazador puede decir, por la más ligera perturbación o movimiento de las ramas en un sendero de los bosques, si fue un ciervo o un tejón el que acaba de pasar por el camino. El novelista experimentado debe desarrollar esta clase de capacidad.

El Poder del Asombro

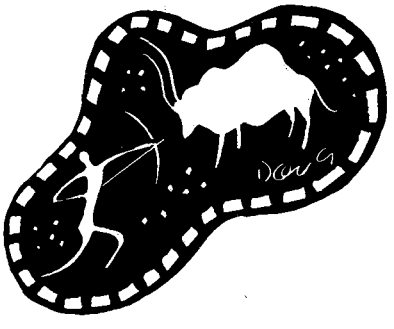
El escritor debe superar sus propias deformaciones profesionales. Por la naturaleza de su ocupación, el hombre de letras suele ser un hombre de palabras, no de acciones. Probablemente su atención se fije más en el nombre de una cosa que en la cosa en sí. El literato tiende a creer que cuando ha nombrado, etiquetado y clasificado algún acontecimiento, algún asunto, alguna manifestación de las múltiples extrañezas de la vida, ya ha dispuesto de él. Probablemente aplique el marbete antes de haber observado realmente al objeto. Para observar objetivamente, el hombre ha de conservar algo de esa ingenua e ignorante disposición de ánimo de

los niños. Por propia experiencia sé que los niños y los hombres iletrados a menudo ven las cosas más exactamente que los hombres cultos. El novelista de primera, como el científico de primera, ha de estar obsesionado por su propia ignorancia. Esta convicción de ignorancia es el primer paso hacia la comprensión. El asombro, de una extraña manera, despierta los sentidos.

Curiosidad es la clave. A veces me pregunto si la curiosidad que hace que un hombre desee ver cada vez más claro no está relacionada con la alerta del cazador o del rastreador, que bien puede ser la cualidad que más se necesitara para sobrevivir allá en los principios de la historia de nuestra especie.

El estado de la mente que favorece la descripción objetiva, como cualquier otro estado de la mente en que el hombre olvida quién es, lleva consigo una especie de primigenia felicidad. Se mira al mundo con el ojo fresco, como si se tratara de la alborada del primer día de la creación.

Ver claramente y expresar claramente lo que ve sigue siendo la meta del escritor, pero, aun con la mejor técnica narrativa del mundo, ¡cuán difícil es de alcanzar!



3. EL SEÑUELO DE LA ALIENACION

Por Saul Bellow

En 1965, Saul Bellow ganó el Premio Nacional del Libro con *Herzog,* su quinta novela, y en esa ocasión hizo un llamado a los escritores para que resistieran a las doctrinas de moda que no brotan de su propia experiencia. Esta charla ha sido reproducida de *Book Week,* con autorización de Russell and Volkening, Inc. Después Bellow recibió el Premio Internacional Literario, patrocinado por los editores de 13 países europeos, y en 1971, su tercer Premio Nacional del Libro por *Mr. Sammler's Planet* (El Planeta del Sr. Sammler).

Muchos críticos y autores consideran a Bellow como el más grande novelista norteamericano de la generación de la postguerra. Mereció tan alta opinión por una mezcla de audacia intelectual y energía verbal; sus obras de ficción combinan la especulación filosófica con un lenguaje de poder y frescura coloquial. Los lectores de *Facetas* recordarán una anterior entrevista con Saul Bellow ("Las Ideas y la Novela") en el Vol. 2, No. 3.

El hecho de que tantas novelas y cuentos insípidos, pobres y aburridos se escriban y publiquen en los Estados Unidos ha sido atribuido por nuestros rebeldes al horrible atraso de nuestras instituciones, a la estupidez del poder, al rebajamiento de los instintos sexuales y al hecho de que los escritores no logran alienarse suficientemente. Los poemas de estos mismos espíritus rebeldes, y sus declaraciones teóricas, son sucios y confusos, y también muy aburridos, además de resultar absurdos, y hoy es ya evidente que esa polimorfa sexualidad y esas vehementes declaraciones de alineación tampoco van a producir grandes obras de arte.

A nosotros los novelistas no nos queda más que pensar. Pues, a menos que pensemos, a menos que logremos hacer una clara evaluación de nuestro estado, seguiremos escribiendo puerilidades, y no cumpliendo con nuestras funciones; perderemos todo interés serio y dejaremos de estar al día. Aquí deben compartir esta censura los críticos, pues tampoco ellos han logrado describir la situación. Durante varias generaciones la literatura ha contenido su propia fuente, su propia provincia, ha vivido según sus propias tradiciones y ha aceptado una romántica separación o alienación del mundo común. Esta alienación, aunque produjo algunas obras maestras, para hoy ha debilitado la novela.

Copyright © Publishers Newspaper Syndicate 1965.

El separatismo de los escritores va acompañado por la aceptación, más o menos consciente, de una teoría de la civilización moderna. En realidad, esta teoría dice que la moderna sociedad de masas es temible, brutal, hostil a todo lo que es puro en el espíritu humano, que es una tierra yerma horripilante. El artista nunca podrá reconciliarse con su fealdad, sus regímenes burocráticos, sus robos, sus mentiras, sus guerras, sus crueldades sin paralelo. Esta es una de las tradiciones según las cuales la literatura contemporánea ha vivido, sin ponerla jamás en duda. Pero es labor de los artistas y los críticos, en su día, mirar con sus propios ojos. Acaso llegarán a ver males aún peores de los que suponían, pero por lo menos los estarán viendo por sí mismos. No pueden ni deben permitirse a sí mismos, generación tras generación, sostener opiniones a las que no hayan llegado independientemente. Al negarnos a mirar a la civilización con nuestros propios ojos perdemos el derecho de llamarnos artistas; hemos aceptado lo que nosotros mismos condenamos: las opiniones repetidas, el profesionalismo, el snobismo y la formación de una casta.

El escritor es admirado, el escritor es envidiado pero, ¿qué tiene que decir por sí mismo? Bueno, él dice, así como los escritores han venido diciendo desde hace más de un siglo, que ha sido apartado de la vida de su propia sociedad, que es despreciado por aquellos de quienes depende, los cuales han adoptado una actitud cínica ante los intelectuales, sólo sienten desprecio por el artista, y que él se encuentra aislado, carente de un verdadero público. Sueña con épocas en que el poeta o el pintor expresaban una perfecta unidad de tiempo y lugar, tenían verdadera aceptación y gozaban de una armonía vital con su medio... sueña con una edad de oro. En realidad, sin la edad de oro no hay tierra yerma.

Bueno, ésta no es una edad de oro. Es sólo lo que es. ¿No podemos hacer más que quejarnos de ello? Nosotros los escritores tenemos mejores oportunidades. Podemos callarnos la boca porque los tiempos son demasiado malos, o seguir escribiendo porque nuestro instinto nos lo pide, porque tenemos un talento que desarrollar, que ni siquiera estos tiempos innobles pueden suprimir.

La mecanización y la burocracia se han quedado permanentemente con nosotros. No podemos sostener que no se ha efectuado la revolución tecnológica. Nosotros somos sus beneficiarios; también podemos llegar a ser sus esclavos. Por lo tanto, la primera necesidad es luchar por la justicia y la igualdad. El artista, junto con cualquier otro, puede luchar por su vida, por su libertad. No estoy aconsejando al novelista que corra a la arena política. Pero, para empezar, debe valerse de su inteligencia, durante largo tiempo en receso. Si va a rechazar la política; debe comprender lo que está rechazando. Debe empezar a pensar y no pensar solamente en sus estrechos intereses y necesidades, sino en el mundo común que durante tanto tiempo ha dejado de ver.

UN ESTUDIO DEL SEPARATISMO NEGRO

Por Carl Gershman

El crítico es director de investigaciones del A. Philip Randolph Institute, organización de dirigentes sindicales negros dedicados a movilizar el movimiento laboral que pugna por una absoluta igualdad racial. El artículo se ha reproducido de *The New Leader*.

The Rediscovery of Black Nationalism (El Redescubrimiento del Nacionalismo Negro). Por Theodore Draper. Nueva York: Viking. 211 pp.

El nacionalismo negro, a pesar de todas las energías intelectuales derrochadas explicándolo, sigue siendo uno de los fenómenos menos comprendidos de la vida norteamericana. Para quienes lo consideran literalmente, es la afirmación de que los negros norteamericanos constituyen una nación individual. (Esto, desde luego, implica una base territorial, y ya se han hecho varias proposiciones para establecer un estado negro en Africa o en ciertos territorios que hoy forman parte de los Estados Unidos). Para otros, el nacionalismo negro es cierta especie de orgullo e independencia que a últimas fechas ha encontrado una poderosa expresión política y cultural, a partir de las demandas de separatismo y retórica anti-blanca, hasta las modas "afro" y un nuevo interés en la historia negra.

La confusión causada por las muchas formas del nacionalismo negro se ha complicado más aún por la característica incapacidad norteamericana de ver los asuntos desde una perspectiva histórica. Por ejemplo; la mayoría de la gente considera que el separatismo negro carece de precedentes, y sin embargo los precedentes datan de más de un siglo.

Por lo tanto, nos consideramos muy afortunados de contar con el nuevo libro de Theodore Draper. *El Redescubrimiento del Nacionalismo Negro.* Además de ofrecernos una excelente historia, sondea las ambigüedades y antinomias que han caracterizado toda moda nacionalista negra. Los análisis de Draper son especialmente poderosos, porque rechaza las abstractas formulaciones teóricas, y en cambio permite que las intrínsecas contradicciones del separatismo surjan de sus análisis de situaciones concretas.

La amarga historia del nacionalismo negro está permeada de un elemento patético, pues su doctrina no es producto de la esperanza, sino que en cambio se ha alimentado de la desesperación y la derrota. A diferencia de las luchas anticoloniales de los pueblos asiáticos, africanos y latinoamericanos, donde la nación ha constituido un objetivo irresistible y realista, el nacionalismo negro —a pesar de toda su actividad— en realidad representa una retirada de toda acción política. Draper acertadamente lo identifica como un escape del problema fundamental de eliminar la injusticia racial de esta sociedad norteamericana. Obviamente, es una protesta contra la injusticia racial, y su existencia misma constituye una severa acusación a los Estados Unidos. Pero el separatismo nunca puede proceder más allá de un repudio total; es impotente en la lucha para "desfacer los entuertos" en los Estados Unidos.

Algunos Predecesores

La colonización, una de las primeras formas del nacionalismo negro, ni siquiera fue una idea negra. Draper apunta que fue "la fantasía de un hombre blanco para los negros". Jefferson y Lincoln se encontraron entre los eminentes norteamericanos que sostuvieron la idea de un "retorno" a Africa como solución al problema moral de la esclavitud, sin presentar también el reto de la integración racial. Por entonces, los negros resistieron vigorosamente, exigiendo libertad e igualdad en su patria nativa.

La naturaleza contradictoria del nacionalismo negro queda dramáticamente ilustrada en algunos de sus principales defensores. Martin Delaney, a quien

© 1970 por the American Labor Conference on International Affairs, Inc.

frecuentemente se considera el padre del nacionalismo negro, dedicó la mayor parte de su carrera a la lucha por la igualdad en los Estados Unidos, llegando tan lejos que incurrió en la ira de los Reconstruccionistas negros de Carolina del Sur en su breve período de influencia después de la guerra civil, al apoyar a un blanco moderado para moderador. Como observa Draper, Delaney "representaba la reconciliación racial, antes que la emigración".

Marcus Garvey, el activo líder del movimiento "Retorno al Africa" de la década de 1920, nunca visitó Africa. Su fe en la pureza racial le permitió tener buenas relaciones con los segregacionistas blancos del Ku Klux Klan; y su atracción por el principio de la auto-ayuda negra hizo de él un admirador de Booker T. Washington, el famoso dirigente negro de las décadas de 1880 y 1890, quien defendía una perspectiva de lento y paciente progreso hacia una integración económica y política.

El cambio ocurrido en el pensamiento de Malcolm X a fines de su vida es bien conocido hoy. Rechazando su opinión de que todos los blancos eran culpables de opresión, reconoció también la importancia de la acción política "en tanto que sea inteligentemente dirigida y planeada para obtener resultados". Aunque muchos de los seguidores de Malcolm se valen de su frase "por cualquier medio necesario" como llamado a la revolución violenta, su posición era demasiado compleja para poder resumirla en ese lema. Draper observa que el propio Malcolm dejó su mejor epitafio: "Toda mi vida ha sido una cronología de... *cambios*".

Musulmanes y Panteras

La coexistencia de sentimientos separatistas e integracionistas entre sus dirigentes se ha reflejado en los diversos movimientos nacionalistas. Por ejemplo, los Musulmanes Negros han exigido un estado separado, sea en los Estados Unidos o en el extranjero. Pero Elijah Muhammad declara en su Programa y Posición: "Mientras no se nos permita establecer un estado o territorio propio, no sólo exigimos igual justicia según las leyes de los Estados Unidos, sino iguales oportunidades de empleo... ¡AHORA!"

Las Panteras Negras han tratado de equilibrar sus fuertes tendencias separatisas con un análisis "socialista" pero, según Draper, esto los ha dejado indefensos ante ataques por ambos lados "de aquellos que desean un nacionalismo negro que no dependa, para su éxito final, de una revolución social blanca, y de quienes desean una revolución social libre de todo nacionalismo negro". El movimiento de los Estudios Negros, según demuestra Draper, ha ofrecido a los jóvenes negros una "soberanía de repuesto" y al mismo tiempo es una "soberanía subsidiada", ya que sus miembros "exigen todas las características de la 'auto-determinación' excepto la capacidad de pagar por sí mismos". Los capítulos que Draper dedica a las Panteras Negras y los Estudios Negros son los más agudos y penetrantes estudios de estos movimientos que se hayan realizado hasta la fecha.

De manera significativa, las diferentes encuestas cuyos resultados he visto indican que no más de un 15 por ciento de la comunidad negra (y a menudo bastantes menos) se han identificado con las metas nacionalistas. La mayoría de los negros reconocen que la exigencia de "control de la comunidad" es, en última instancia, una exigencia hecha por una facción para controlar toda la comunidad, y que las facciones nacionalistas probablemente luchen entre ellas por su dominio, así como han luchado contra los integracionistas. En rigor, la abrumadora mayoría al parecer está de acuerdo con Draper en que hay un "potencial totalitario" en el Movimiento Nacionalista Negro, que compromete la lucha por la justicia y la igualdad. En los escritos y la oratoria de los separatistas negros y sus partidarios blancos "liberales" surge una pregunta: ¿cómo puede una mayoría del pueblo norteamericano (90 por ciento de blancos) ser movilizada en apoyo de programas que eliminarán las injusticias que produjeron inicialmente el nacionalismo negro? El nacionalismo negro en los Estados Unidos no se ha consagrado a este problema, y en ello está su futilidad.

EL ATLETA Y EL FILOSOFO

Por John C. Smith

El crítico es un periodista que habitualmente trabaja para el *Baltimore Evening Sun*. Su comentario ha sido reproducido de *National Review*.

Sport: A Philosophic Inquiry (El Deporte: Un Análisis Filosófico). Por Paul Weiss. Carbondale: Southern Illinois University Press. 274 pp.

"La acción violenta es una función del espíritu animal. Exhibe al músculo de manera explosiva. El hombre violento lanza golpes con su hacha, pero el hombre controlado busca las coyunturas. El hombre violento ejerce presión continuamente, en tanto que el hombre controlado cambia de posición una y otra vez, y a veces hasta retrocede para poder avanzar mejor. La acción controlada demuestra la fuerza de maneras más sutiles, capacitando al hombre para aprovechar cualquier abertura y debilidad que pueda encontrar, cualquier oportunidad que le dé el curso de los acontecimientos".

Esto no lo escribe un atleta ni cronista deportivo, sino un notable profesor de filosofía de la Universidad de Yale, autor de libros como *Nature and Man* (La Naturaleza y el Hombre) y *Modes of Being* (Los Modos del Ser). El Dr. Paul Weiss, preocupado por los significados, observa que los filósofos, desde la época griega, hurgaron en el espíritu, y olvidaron las actividades terrenas del hombre: su vida sexual, su trabajo, sus juegos. Aplicando el método filosófico al deporte, afirma que hay algo en todos nosotros que aspira a la excelencia, aunque se enfrente al sacrificio, la derrota y la humillación. El deporte es tragedia porque uno gana y otro pierde, aunque ambos se han esforzado por igual hasta los límites de su propio potencial. La formación del carácter es un viejo clisé en los círculos deportivos. Incluso ya desapareció de los rituales de la crónica deportiva. No obstante, la formación del carácter es la causa adecuada para la introducción del deporte en la academia, según el Dr. Weiss. Las universidades no hacen ningún negocio, en su opinión, creando técnicos para un espectáculo profesional que se desplaza continuamente.

© 1969 National Review, Inc.

Antes bien, el deporte puede abrir puertas a la autoexpresión de los jóvenes, expresión de la que carece en gran parte nuestra sociedad. Dice el Dr. Weiss: "Quienes son jóvenes no pueden hacer gran cosa para mantener la cultura o contribuir a ella; no están suficientemente experimentados o desarrollados para ver o hacer las cosas en conjunto". Y, en otra parte: "Rara vez puede atribuirse a los jóvenes más que unas cuantas habilidades, un poco de visión, inteligencia episódica y ocasional buen juicio". Tomen nota, señores Estudiantes para una Sociedad Democrática. Podrá notarse que los atletas generalmente han sido enemigos de los tumultos universitarios, algunas veces interviniendo activamente en su contra, y han sido blancos de los sarcasmos izquierdistas. Acaso se deba esto a que el atleta trata con la realidad, en tanto que el activista está ofuscado por la abstracción.

La mayoría de los atletas escolares no llegan siquiera a acercarse a un título profesional, aunque el deporte pueda significar una manera de salir de las barriadas para algunos jóvenes afortunados dispuestos a someterse a una rigurosa disciplina y a posibles pesares. Estos "siervos mimados", dice el Dr. Weiss, no son hombres del Renacimiento, pues se super-especializan a sí mismos. "...no son en realidad mejores atletas. Son tan sólo mejores jugadores. Donde antes compitieran como aficionados, interesados en el esfuerzo y en lograr un gran rendimiento, hoy intentan tan sólo tener un desempeño de artesano. No hay nada desdeñable en ello, como no lo hay en los esfuerzos de los marinos y los vendedores. El trabajo que efectúan es deseable, envidiado y bien considerado, pero es el trabajo como un medio. El aficionado se interesa por un fin".

Pero el aficionado tampoco queda muy bien parado. Observadores del Comité Olímpico Interna-

cional y otras dependencias reguladoras tendrán motivo de discutir un buen rato. Las reglas que establecen quién es aficionado y quién no lo es "...no sólo son arbitrarias, injustas y mal concebidas, sino que son imposibles de aplicar". Aquí el Dr. Weiss se muestra devastador; ahora es el profesional —de mayor edad, mayor temperamento y activo en una sociedad que desesperadamente busca héroes— quien domina los titulares de los periódicos, con relatos de sus negocios, totalmente ajenos al campo deportivo.

La cuestión de los problemas financieros y emocionales de los atletas —que los mantienen a la vista del público por razones erróneas— es una de la que se ha hablado mucho, se ha escrito mucho y se ha dicho muy poco. El Dr. Weiss ha abierto un claro en la niebla, por acogedora que tal niebla sea durante gran parte del tiempo.

¡ADIOS A LA VANGUARDIA!

Por George Woodcock

El comentarista es profesor de inglés en la Universidad de la Columbia Británica, en Canadá. Ha escrito estudios biográficos de Oscar Wilde, Peter Kropotkin, Pierre-Joseph Proudhon, George Orwell y más recientemente, Aldous Huxley. Entre sus libros se encuentran también *Asia, Gods and Cities* (Asia, Dioses y Ciudades), *Anarchism: A History of Libertarian Ideas and Movements* (El Anarquismo: Historia de las Ideas y los Movimientos Libertarios) y *Canada and the Canadians* (Canadá y los Canadienses). Su comentario se ha abreviado del que se publicó en *The Nation.*

Social Radicalism and the Arts (El Radicalismo Social y las Artes). Por Donald Drew Egbert. Nueva York: Alfred A. Knopf. 821 pp.

El radicalismo social y el radicalismo en las artes son hermanos que gozan de una incierta armonía. Los escritores y pintores-avanzados a menudo son políticamente indiferentes, en proporción con su total dedicación al trabajo experimental; es aún más frecuente entre los revolucionarios sociales ser conservadores en sus gustos artísticos, o bien indiferentes a las artes. Los líderes revolucionarios que, como Mao, son pasables poetas o, como Trotski, agudos críticos, son verdaderamente raros. La falta de percepción estética de Lenin, el mal gusto, positivamente reaccionario de Stalin, son lo más fácil de encontrar entre revolucionarios de profesión, y hay pocos signos de que, a este respecto, la Nueva-Izquierda sea mejor que la vieja. El apoyo, bastante constante, que los dirigentes revolucionarios mexicanos dieron a los grandes pintores experimentales de su país, es un episodio casi único en las relaciones entre las artes y la política de izquierda.

No obstante, las similitudes entre estos dos diferentes radicalismos son evidentes y, sobre todo donde participan grupos políticos menos autoritarios, bastantes artistas son atraídos por los movimientos revolucionarios. En rigor, hay una significativa periodicidad en la simpatía que entre los círculos artísticos ha despertado el revolucionismo social. La época revolucionaria francesa, los años que condujeron a 1848, la década de 1890, cuando el anarquismo llegó a ser la doctrina favorita de las vanguardias literaria y artística, la década de los treintas, y el actual período de fines de los sesentas y principios de los setentas: cada cuarenta o cincuenta años, desde 1789, ha habido una renovada radicalización de las artes, en un sentido político.

El Enajenamiento del Artista

Si hemos de aceptar los argumentos de Donald Drew Egbert, en el primer volumen de su monumental obra *El Radicalismo Social y las Artes,* este proceso ha llegado a su fin al cerrarse un ciclo histórico. En opinión de Egbert, la vanguardia artística, tal como la hemos conocido en los siglos XIX

© 1970 por The Nation Associates, Inc.

y XX, surgió en la época de la Revolución Francesa, cuando el viejo mundo aristocrático, donde el artista podía acomodarse en un sistema de mecenazgo, llegó a su fin. Habiéndose hecho inseguro su empleo, y marginal su lugar en la sociedad, empezó a experimentar una sensación de profundo enajenamiento del nuevo mundo dominado por la burguesía. De este enajenamiento brotaron el concepto y el hecho de una *avant-garde* artística literaria, que marchaba paralelamente a la *avant-garde* social (el nombre fue originalmente empleado por Saint-Simon, en su sentido político). En ocasiones concertaban ambas una alianza, básicamente inestable, puesto que las metas últimas del revolucionario social y el de las artes siempre son diferentes, y las demandas que la revolución hace al artista siempre resultan inaceptables. "En gran parte, es una intervención en sus artes", como muy justamente dice el profesor Egbert, "la que, tarde o temprano, hace que los artistas radicales en lo social... se desilusionen del movimiento político radical al que se han unido".

El Crepúsculo de la Vanguardia

Como hemos visto, el profesor Egbert sostiene que esta inestable relación entre el revolucionario social y el de las artes está llegando a su fin. Pese a las manifestaciones de extremo radicalismo en los círculos artísticos durante los sesentas, dice el profesor, el artista experimental, en realidad está siendo aceptado por la sociedad burguesa, lo que significa que está desvaneciéndose su sentido de enajenamiento, y la vanguardia, en el viejo sentido de una élite bohemia de artistas experimentales que desafían a la mayoría de la sociedad, está caducando. Los conocidos poderes de absorción de la sociedad occidental contemporánea están neutralizando las viejas corrientes de rebelión en el mundo artístico e intelectual. Esto no sólo está sucediendo en los Estados Unidos y en la Gran Bretaña sino en el bastión mismo de la vanguardia artística, Francia, donde, según Egbert, el brillo revolucionario de los acontecimientos de 1968 es mucho menor del que le atribuyen otros comentadores, pues en la reforma del sistema académico francés efectuada por Malraux y sus asociados después de las luchas de París en ese año, ve la efectiva supresión de las causas que condujeron a dos siglos de conflictos entre los artistas y la comunidad filistea.

Desde luego, ésta es una conclusión sumamente debatible. No hay duda de que en años recientes los productos de las artes plásticas en particular han venido convirtiéndose en artículos, oportunidad de hacer inversiones sin relación alguna con el grado de capacidad de apreciación del inversionista, y que los artistas hasta cierto punto han pasado a ser empleados de esos poderosos empresarios y dictadores de la moda: los tratantes y directores de los museos. Es cierto también que los más radicales (socialmente) de los artistas y escritores hoy en actividad —los bardos y porta-estandartes de la Nueva Izquierda— en general han limitado su radicalismo artístico a tristes imitaciones de pasados movimientos experimentales.

Pero indudablemente resulta demasiado simplista atribuir una finalidad a esta situación. La esclavización al mercado del arte y a las modas artísticas probablemente conducirá, tarde o temprano, a un nuevo enajenamiento, a un nuevo radicalismo de las artes, a una nueva vanguardia. El proceso parece inevitable, hasta que evolucionemos hacia una sociedad más orgánicamente integrada que la que parece probable en el futuro previsible.

No obstante, la teoría de Egbert presta a *El Radicalismo Social y las Artes* una magnífica coherencia formal. Pero aun dejando de lado el sentido de seguridad que da un plan tan limpiamente trazado, ha escrito un libro impresionante. Para cuando los posteriores volúmenes sobre Rusia y las Américas hayan sido escritos, contaremos con una pintura asombrosamente completa de las artes radicales, desde David en la Revolución Francesa hasta la Nueva Izquierda de la década de 1960.

Marxismo y Anarquismo

Una extensa primera sección de este volumen está dedicada a examinar las breves y un tanto desconcertantes declaraciones de Marx y Engels sobre las artes. En realidad, la principal contribución hecha por Marx a la opinión radical de las artes en el siglo XIX fue su adopción del concepto de enajenamiento, ya formulado por pensadores franceses durante la Ilustración, y su desarrollo de tal concepto, de manera tal que después pudiera aplicarse a la vanguardia artística.

Pero, haciendo un balance general, la aportación de Marx, Engels y sus seguidores, al desarrollar un

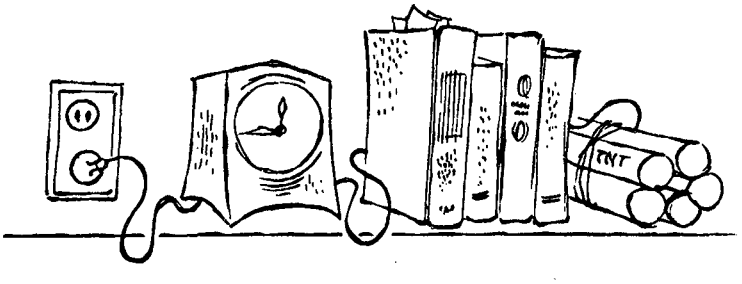
concepto del arte durante el siglo pasado, ha sido negativa: la presuposición marxista de que las artes deben servir a la revolución ha conducido, de manera mecánicamente inevitable, a la casi completa esclavización de las artes a la propaganda en Rusia y en China y, en menor grado en otros países comunistas. En la práctica, es la tradición anarquista que se desarrolla desde Proudhon, Bakunin y Kropotkin la que más ha atraído a los artistas, y les ha causado menos amarguras... en gran parte porque los anarquistas se han visto menos tentados a determinar un papel al radicalismo artístico y más inclinados a aceptar el arte por lo que es cuando sale de las manos del artista.

En país tras país, Egbert examina su historial. dedicando su sección más larga a Francia, con su rica variedad de radicalismo político y artístico, y su lugar preeminente en la tradición revolucionaria. En segundo lugar en importancia coloca a Inglaterra, con su propia tradición radical disidente y su contribución, por medio de Ruskin, Morris y sus seguidores, a la teoría de la aplicación social del arte y al desarrollo de sus formas más "colectivas", como la arquitectura, el urbanismo y el diseño de objetos utilitarios. Precisamente en tales campos es donde puede verse la clara influencia del radicalismo social sobre la práctica del arte. Egbert sigue admirablemente el papel desempeñado por los socialistas utópicos, con sus planes de ideales comunidades y ciudades, allanando el camino para arquitectos como Le Corbusier y Sullivan y para el movimiento británico de ciudades-jardines, con sus extensas ramificaciones. Aquí intercala el capítulo sobre Alemania, con una excelente discusión de la Bauhaus, su influencia y sus nexos políticos. El único país injustificadamente olvidado es España; Egbert se refiere a los años pasados en España por Picasso y a algunas de las corrientes vanguardistas de Barcelona, pero no tiene nada que decir sobre la influencia del radicalismo social en la literatura española de principios del siglo, o en el surgimiento de la poesía y las formas más públicas de las artes plásticas durante la Guerra Civil.

La Sociedad y el Artista

Acaso la pregunta más importante que el libro deja en la mente del lector es hasta dónde se ven realmente afectados los artistas por las ideas sociales radicales que provocan sus simpatías. Arquitectos, diseñadores de muebles, urbanistas y artistas gráficos evidentemente han sido muy afectados, puesto que tratan, en primer lugar, con el hombre en un marco social. Aun el escritor, siempre prisionero de su contenido, a menudo recibe gran influencia.

Pero el pintor, el músico... ¿Hasta dónde han sido sus rebeliones artísticas provocadas o sostenidas por la rebelión social? ¿No se habrían revelado ni habrían experimentado en sus artes sin el estímulo del radicalismo social? Muy a menudo, la simbiosis entre los órdenes social y artístico es muy difícil de analizar, pero quizás la mayor parte de los casos sean como el de Courbet, lleno de entusiasmo por las teorías de Proudhon sobre el arte y la sociedad, pero sólo porque expresaban en literatura lo que él independientemente había desarrollado como radicalismo artístico en su pintura.



Créditos: página 3, foto de Irwin Gooen; página 27, dibujo de Saul Steinberg, tomado de **The Labyrinth** (Harper & Row, Publishers, Inc.), originalmente en **The New Yorker**; página 28, foto de Fabian Bachrach; página 39, foto cortesía de Rappoport Studies, Inc.; página 74, foto de Herb Weitman, cortesía de Washington University Magazine; página 89, dibujo de Saul Steinberg, reproducido de **The Art of Living** de Saul Steinberg, con autorización de Harper & Row, Publishers,
© 1945, 1946, 1947, 1948, 1949 por Saul Steinberg.

4R-3-MEX-78-309-(100.5) 7-31-71